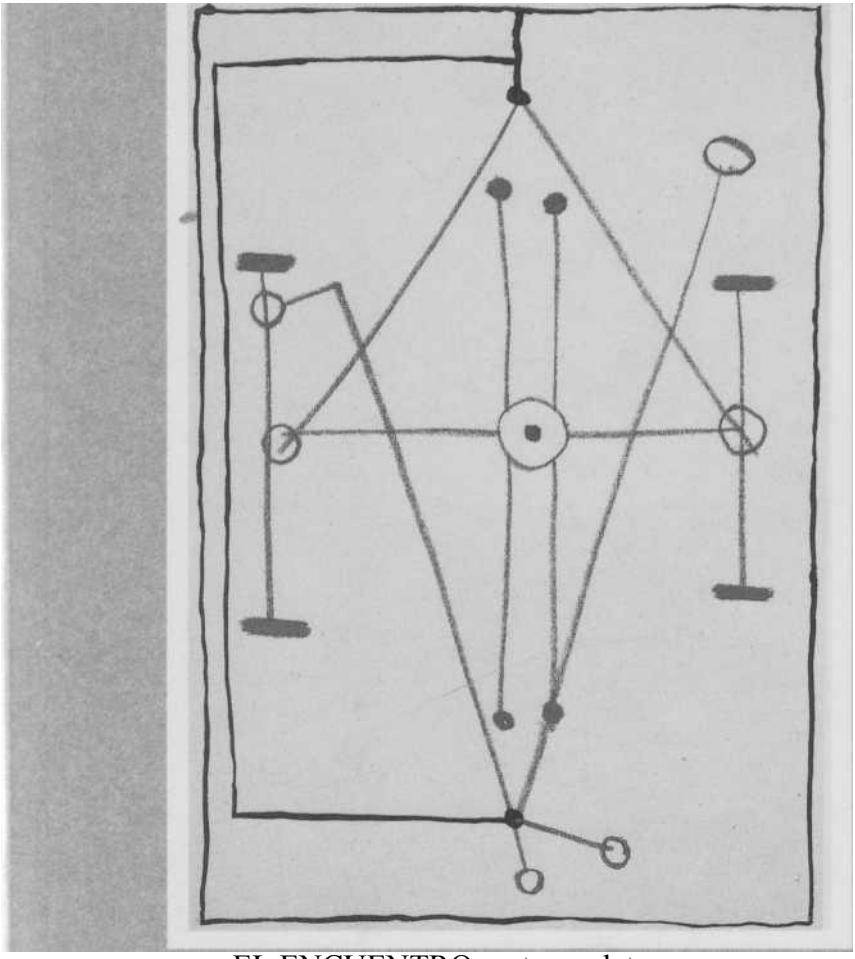
MARVEL MORENO



EL ENCUENTRO y otros relatos

EL ÁNCORA EDITORES



E

n 1980, Marvel Moreno sorprendió a los lectores de literatura latinoamericana con una obra titulada *Algo tan feo en la vida de una señora bien,* un libro de relatos que, "con minuciosidad implacable", según palabras de Juan Goytisolo, puso en la picota "los pequeños vicios y vanidades, las grandes injusticias y defectos de una ciudad colombiana que ama y aborrece al

mismo tiempo: una ciudad contemplada con esa objetividad que sólo conceden la intimidad y la distancia". El libro fue traducido al francés y publicado en 1982 por Editions des Femmes, y a él pertenece "Oriane, tía"

El encuentro
y otros relatos
MARVEL MORENO

El encuentro

y otros relatos

EL ÁNCORA EDITORES

Primera edición: El Áncora Editores Bogotá, 1992
ISBN 958-9012-76-0

Portada diseño de Camila Cesarino Costa Ilustración: dibujo de Pablo Picasso
[1] Derechos reservados: 1992. Marvel Moreno El Áncora Editores Apartado 035832 Bogotá, Colombia
composición y artes Grupo Editorial 87
Fotocomposición Fololito Villalobos
Impreso en los túlleles de Tercer Mundo Editores
Printed in Colombia

CONTENIDO

UNA TAZA DE TÉ EN AUGSBURGO	9
SORTILEGIOS	21
EL ENCUENTRO	31
EL VIOLÍN	43
EL HOMBRE DE LAS GARDENIAS	53
EL ESPEJO	61
EL DÍA DEL CENSO	79
LA SOMBRA	88
EL PERRITO	98
LA PEREGRINA	114
BARLOVENTO	125

xUNA TAZA DE TÉ EN AUGSBURGO

A la memoria de Darío Morales

Miranda Castro fue en su tiempo una de las modelos más cotizadas de los Estados Unidos. Pese a su apellido latino, tenía el aspecto de una muchacha nórdica con sus cabellos rubios

que resplandecían como el trigo en la luz del verano y unos ojos más azules que el mar de las islas del Caribe. Su fotografía apareció varias veces ilustrando la portada de *Vogue*. Cuando entraba en un restaurante la gente enmudecía de inmediato, siguiéndola con una mirada de deslumbrado asombro. Su presencia en Park Avenue creaba problemas de circulación porque los automovilistas, encandilados por su belleza y la tranquila insolencia de su paso, disminuían la velocidad. Sin embargo, observándola de cerca, se percibía en sus pupilas un destello metálico que asustaba a los hombres. No había en ellas el más leve rastro de afecto, pero sí de desdén.

Miranda no amaba a nadie. Se había casado por despecho con un millonario norteamericano aficionado a las obras de arte, quien, a su turno, la consideraba como un objeto de colección.

Sólo dos hombres habían contado en su vida: Lucio Castro, su padre adoptivo, y Peter, un profesor de matemáticas de la Universidad de Massachusetts que había visto en ella algo distinto de la maniquí de moda. Ambos le habían brindado un afecto profundo, ayudándola a olvidar el pasado. Ambos le habían dado la cálida sensación de tener un apoyo cuando la tristeza le oprimía el corazón. Miranda no estaba segura de haberlos querido, pero su recuerdo se volvía más intenso a medida que pasaban los años y en torno a sus párpados aparecían los primeros hilos de la vejez. La muerte de su padre era previsible; el abandono de Peter, en cambio, se le antojaba, aun entonces, un enigma. A veces le parecía que el amor de Peter se había enfriado cuando ella le contó su viaje a Alemania, pero no llegaba a comprender las razones de su rechazo, silencioso y definitivamente irremediable.

Diez años contaba Miranda al llegar de Augsburgo a Caracas, por el antojo de Lucio Castro, quien, ya entrado en años y no habiendo tenido nunca hijos de su mujer ni de sus

numerosas queridas, resolvió un buen día adoptar a una niña, con la condición de que fuera rubia y de ojos azules. Lucio Castro era un hombre riquísimo, acostumbrado a imponer su voluntad. Las ramificaciones de sus negocios se extendían a muchos países y le fue fácil encontrar en Alemania a un abogado influyente y capaz de satisfacer su capricho. La pequeña Greta se transformó así en Miranda y pasó del sórdido orfelinato donde vivía desde su nacimiento al camarote de lujo del trasatlántico que la condujo a Venezuela. Creía vivir un sueño, un cuento de hadas. Tenía vestidos muy finos, zapatos de charol, montones de juguetes. Los camareros se inclinaban a su paso y el capitán la invitaba a cenar a su mesa. Asimismo, la institutriz enviada por Lucio Castro para servirle de dama de compañía y empezar a enseñarle el español la trataba como si fuera una princesa. Todo deslumbraba a Miranda: el mar, los delfines, el color del cielo a medida que el barco se adentraba en las aguas tropicales. Porque se sentía torpe, intentaba imitar los gestos y modales de las personas que la rodeaban. Hacía esfuerzos enormes para contener su voracidad: ella, que siempre había pasado hambre, veía desfilar aquellos platos abundantes y deliciosos con la impresión de que, de un momento a otro, podían ser remplazados por la insípida sopa del orfelinato. Una noche guardó cautelosamente en su bolsillo uno de los bombones colocados sobre la mesa después del postre. Al día siguiente el capitán le hizo llegar a su camarote una inmensa caja de chocolates. Fue entonces cuando Miranda tuvo la certeza de haber dejado atrás y para siempre el pasado, entrando en un mundo donde sus deseos se volvían realidad apenas los formulaba.

La agradable impresión de ser importante se confirmó al llegar a Maracaibo y conocer a su padre adoptivo. Lucio Castro se prendó de ella, quedó fascinado por la hermosa niñita de cabellos rubios que lo miraba con devoción, pero no sin

arrogancia.
Desde su salida del orfelinato, Miranda había descubierto que poseía algo raro y de valor: la belleza. Eso le daba ahora una gran confianza en sí misma y la hacía mirar el mundo de modo diferente. Aunque no podía expresarlo con palabras, su orfandad empezaba a parecerle un error en el orden natural de las cosas, que Lucio Castro había reparado ai adoptarla. Nunca más la promiscuidad de los dormitorios, los largos inviernos sin calefacción. Jamás volvería a vivir la pesadilla de los bombardeos con el chillido de las sirenas y el asfixiante olor a humo y a cosas quemadas que entraba en el sótano. Debía, no obstante, responder a las aspiraciones de su padre adoptivo, que la quería inteligente y con carácter. Ella, considerada por sus profesoras del orfelinato como retrasada mental, aprendió a leer y a escribir el español en menos de seis meses. Cada lección comprendida le quitaba un peso del corazón. Del mismo modo, venciendo su terror por los caballos, que le hacía ensuciarse los pantalones, se convirtió en una amazona irreprochable y acompañaba a Lucio Castro en sus cabalgatas cuando se le antojaba recorrer sus haciendas. El miedo nunca la abandonó, pero nadie lo supo. Antes de montar a caballo solía protegerse los pantalones con un pañuelo que después lavaba a escondidas. En Alemania había conocido la desolación, en Venezuela descubrió la angustia. Todo le resultaba un desafío. Tirarse del trampolín a la piscina le daba una sensación de vértigo, y cuando se zambullía en el mar los oídos le zumbaban de dolor. Arañas y lagartijas le producían náuseas. Temía perderse entre la gente si acompañaba a su madre a hacer compras y temía más aún quedarse a solas con esa mujer que la miraba sin el menor asomo de confianza. Por fortuna Lucio Castro la protegía. El ignoraba quizás sus dificultades para adaptarse a esa nueva existencia, pero tenía muy presente que había pasado su infancia en un orfelinato. Así, había decidido

que Miranda no pisaría jamás un colegio. El desfile de profesores comenzaba por la mañana y terminaba a la caída del sol. Además de las materias corrientes, Miranda estudiaba griego y latín; a los trece años se sabía de memoria la vida de Bolívar y a los quince hablaba correctamente el inglés. Sabiendo que a su muerte sus hermanos abrirían un proceso contra ella, Lucio Castro colocó a su nombre la mayor parte de sus bienes en los Estados Unidos. Por la misma razón empezó a presentarle a sus abogados, a ponerla al corriente de sus negocios, a mantenerla al tanto de transacciones especulativas. Miranda descubrió que tenía un talento particular para ganar dinero y, cuando Lucio Castro falleció, conocía a fondo la trama de sus asuntos y supo librarles un combate sin cuartel a los parientes de su padre que intentaban anular el testamento.

Una vez ganada la batalla jurídica, Miranda se fue a Nueva York y se inscribió en una agencia de modelos. Había cumplido veinte años y tenía conciencia de ser lesbiana. Siempre había ocultado esa particularidad para no chocar a su padre ni darles motivos de crítica a quienes reprochaban a Lucio Castro el haberla adoptado. Volverse maniquí acariciaba su narcisismo y le ofrecía un terreno de caza ideal. Le gustaban las mujeres, pero no podía establecer con ellas ninguna relación afectiva. El contenido de la palabra amor le era desconocido y bastaba con que una de sus amantes se mostrara posesiva para que la dejase en el acto. Las manifestaciones de ternura se le antojaban ridículas. A Miranda la excitaba seducir, allanar las resistencias, vencer el pudor. Dejaba de lado a las mujeres demasiado fáciles o a las que tenían un carácter similar al suyo. Al cabo del tiempo encontró a Joan, una periodista infinitamente maliciosa que gozaba excitando a las lesbianas y luego, a la hora de la verdad, se escurría como una anguila con el pretexto de un nuevo amor o de su pasión por un hombre. Miranda conocía la dureza y la mentira, pero no la perversión.

Cayó en la telaraña de Joan sin ninguna defensa y salió de ella con el alma maltratada y la penosa impresión de conocer muy poco los misterios del corazón humano. Como el modelaje empezaba a aburrirla, decidió irse de Nueva York y estudiar psicología en la Universidad de Massachusetts.

Nada le fue más fácil que cobijarse bajo la protección de Peter. Como Lucio Castro, él se mostraba afectuoso y parecía saber muy bien lo que quería. Era un hombre fino y delgado, de cabellos prematuramente encanecidos. La primera vez que se acostaron juntos quedó sorprendido al ver que para poder dormirse, Miranda golpeaba un pie contra el otro. Así le habían enseñado a hacer en el orfelinato cuando era apenas un bebé a fin de luchar contra el frío. Eso, su condición de huérfana, de niña adoptada por el color de sus ojos, conmovía profundamente a Peter. El había tenido una infancia feliz: un padre diplomático, lo que le había permitido conocer las grandes capitales del mundo, una madre cariñosa, y cuatro hermanos que habían sido siempre sus mejores amigos. Todos los domingos se reunían y pasaban las tardes hablando de arte, de historia y de los acontecimientos políticos del momento.

Al lado de ellos, Miranda se sentía ignorante. De nada le servía haber aprendido el griego y el latín si no podía distinguir entre una estatua sumeria y una escultura romana. Nombres como Goya y Tiziano le eran desconocidos. Ignoraba todo sobre las dos últimas guerras mundiales y no tenía ninguna cultura musical. Decidida a afrontar ese nuevo desafío, Miranda empezó a frecuentar la biblioteca de la universidad y, al mismo tiempo, se compró todos los discos de música clásica que encontró en un almacén. Leyendo la historia del nazismo descubrió con asombro que no era una huérfana de guerra, como Lucio Castro le había hecho creer, pues había nacido a comienzos del 38, lo que significaba que su madre la había concebido antes del comienzo de las hostilidades. A partir de

ese momento, Miranda quiso saber quién había sido su madre. Poco a poco su deseo se transformó en obsesión y, desoyendo los consejos de Peter, que la incitaba a olvidarse del pasado, se fue a Alemania y se puso en contacto con el abogado que catorce años atrás la había sacado del orfelinato. Al principio el abogado se mostró reticente, pero los dólares ofrecidos por Miranda terminaron acallando sus escrúpulos. Lo más difícil era introducirse en el orfelinato y consultar los archivos. Contrató detectives privados que recibieron por misión comprar a cuanta persona pudiera dar informaciones precisas. Finalmente, una vieja enfermera se dejó convencer ante la enorme suma de dinero prometida, que representaba la mitad del salario ganado a lo largo de toda su existencia, y con el pretexto de reunir a una hija y a su desdichada madre puso a los detectives sobre la pista de Frieda Pfeiffer.

Frieda salía apenas de la adolescencia cuando tuvo a Miranda y ni siquiera pudo verla porque sus padres llevaron de inmediato a la recién nacida al orfelinato de Augsburgo. El señor Pfeiffer era un comerciante acaudalado que nada quería saber de bastardos destinados a poner en duda la virtud de su única heredera. Una antigua sirvienta de la familia, refugiada en un asilo de ancianos, contó que la señorita Frieda jamás se había repuesto de la pérdida de su hija. Lloraba contemplando sus senos cargados de leche y los pequeños baberos cosidos a escondidas durante el embarazo. Hasta el último momento creyó que su familia se echaría para atrás y abandonaría el proyecto de separarla de su bebé. Nunca reveló quién había sido el padre, posiblemente un extranjero conocido en Garmisch durante las vacaciones de Pascua.

En vano el señor Pfeiffer se empeñó tanto en resguardar la reputación de su hija. Frieda no quiso casarse nunca. Se volvió taciturna y sólo salía de la casa para asistir a los servicios religiosos. Con el tiempo se fue secando como una flor

marchita, y cuando sus padres desaparecieron era una solterona de humor lánguido que no le encontraba ningún gusto a la vida. Había programado sus días con precisión maniática: en invierno o verano se levantaba a las once de la mañana y todavía en la cama se hacía servir un vaso de leche acompañado de galletas. Bañarse y vestirse le tomaba dos horas y luego se sentaba a mirar la televisión. Al atardecer se iba a un salón de té que quedaba cerca de su casa y bebía varias tazas observando a los paseantes a través de sus gruesas gafas de miope. Estaba abonada a una revista de historia y leía hasta muy tarde memorias y biografías.

Miranda resolvió abordarla en el salón de té. Sabía que Frieda ocupaba siempre el mismo lugar y se instaló en la mesa contigua a la suya. La vio llegar un poco encorvada y canosa, con una expresión de irremediable melancolía. Miranda esperó a que terminara de tomarse su primera taza de té para pedirle permiso de sentarse a su mesa. Los ojos de Frieda parpadearon de asombro detrás de las gafas. Con manos torpes encendió un cigarrillo. Parecía trastornada. Los labios le temblaban ligeramente y en vano intentaba sonreír. Daba la impresión de ser un niño que ha visto un pájaro posarse sobre su hombro. Y cautelosamente, como si temiera espantar al pájaro, lanzaba de vez en cuando una mirada furtiva.

—Hace muchos años —dijo al fin en voz muy baja—, conocí a, bueno, alguien que se parecía a usted.

No obtuvo respuesta. Miranda había comprendido que se refería a su verdadero padre y se sintió aliviada. No se reconocía en esa mujer abrumada por la vida.

—Es su vivo retrato —insistió Frieda con precaución, como asustada de que el pájaro echase de pronto a volar.

—Yo soy idéntica a mi madre —dijo Miranda—, y ella no ha venido nunca a Alemania.

—Pero usted habla perfectamente nuestra lengua —comentó

Frieda.

—Mi abuelo era de Berlín y muy joven se fue a Venezuela. Sus hijos aprendieron el alemán con profesores y nosotros, sus nietos, también.

De implorante, la mirada de Frieda se volvió abatida. El mesero se acercó para servirle una nueva taza de té. Frieda apagó el cigarrillo en un cenicero y se encorvó más aún, como si la vejez le hubiera caído encima de repente.

—Eso de los parecidos es muy raro —murmuró.

—Así es —dijo Miranda.

En ningún momento le vino la idea de revelarle a su madre la verdad, de darle la alegría de saberla viva y gozando de una situación privilegiada. Para Frieda habría sido maravilloso descubrir que su hija había escapado al trágico destino de los niños abandonados y que era inteligente, bella y rica. Cuántas veces habría soñado con reconocerla en la calle, entre las muchachas que pasaban frente al salón de té. Frieda había imaginado probablemente varios escenarios: su hija convertida en prostituta, trabajando como mesera; y ella le daba el dinero necesario para construirse una vida mejor. O al contrario, bien acomodada, llevando una existencia feliz; y ella, Frieda, se retiraba en puntas de pie a fin de no perturbarla. Habría supuesto todo, salvo creer encontrarla en el salón de té que solía frecuentar, hierática y dura, pidiéndole permiso de sentarse a su mesa con el pretexto de practicar el alemán. Pero la muchacha instalada frente a ella, que tanto le recordaba a su único amor, tenía una familia y había nacido en otras tierras. El parecido era simple coincidencia y una lápida caía de pronto sobre sus esperanzas.

Miranda adivinaba los pensamientos de su madre, pero le importaban muy poco. Solamente se preguntaba si Frieda representaba un peligro para ella. Después de observarla un rato se dijo que no; dada la timidez de su carácter, Frieda nunca

intentaría imponerle su presencia. De conocer su identidad, habría murmurado una frase afectuosa, habría derramado tal vez algunas lágrimas. Y eso sería todo. Quizás le habría pedido que le contara un poco su vida o que le enviara cada año una tarjeta de navidad para tener noticias suyas y saber si estaba bien. Con esas migajas Miranda podía aligerar el corazón de Frieda y permitirle envejecer en paz. Pero no lo hizo; en realidad no veía razones para hacerlo, le dijo a Peter cuando regresó a Massachusetts y Peter quiso saber si le había contado a Frieda que ella era su hija.

La pregunta de Peter y su aire consternado dejaron a Miranda perpleja. No entendía su reacción ante un relato tan banal. Había viajado a Alemania para conocer a su madre, la había visto y sopesado. No había más vueltas que darle. Peter, sin embargo, la miraba con una expresión de inexorable tristeza, como si ella no perteneciera ya a este mundo. Se volvió cada vez más evasivo y distante. No respondía a sus llamadas telefónicas y nunca más la invitó a pasar los domingos con su familia. Finalmente, Miranda se vio obligada a reconocer que Peter había dejado de amarla. Pero ni entonces ni después, a medida que los años iban acartonando la fina piel de su rostro, comprendió por qué Peter, así como otros hombres y algunas mujeres que la amaron, se ponían tan extraños, tan ariscos cuando ella les contaba aquel encuentro con su madre en un salón de té de Augsburgo.

A Luis Caballero

Todo era muy bello en tomo a ella, pero no podía pintarlo: los olivares y los pinos, las colinas con sus casas de piedras centenarias y postigos azules, los cipreses del cementerio desde el cual llegaba a verse el mar. Y la montaña: la montaña que se erguía frente a la ventana del salón donde había colocado el caballete y cuyos contornos intentaba en vano reproducir. Estaba allí, imperturbable, y entre la quieta bruma del invierno se percibían los pliegues de la ladera y el hilo plateado del arroyo que a veces aparecía serpenteando una roca. Para Adelaida aquel paisaje correspondía perfectamente a sus inclinaciones: era fácil de dibujar porque durante horas la luz parecía inmovilizarse y ningún rayo de sol venía a alterar la nitidez de las líneas ni la dorada transparencia del aire. Pero el lienzo estaba cubierto de esbozos imprecisos, de torpes pinceladas, y con desasosiego empezaba a preguntarse si las gracias no la habrían abandonado. Las cosas cambiaron cuando

descubrió en el verano aquel pueblito de ensueño que parecía un pesebre y, después de alquilar la casa donde ahora vivía, logró terminar seis óleos que se habían vendido en París por intermedio de una galería cuya propietaria admiraba su pintura y la incitaba a proseguir su búsqueda de paisajes escondidos y un poco secretos, como si hubieran permanecido siempre al resguardo de toda mirada. Había dibujado también varias acuarelas y tomado multitud de apuntes. Esa euforia, sin embargo, esa ráfaga creativa se había esfumado apenas reparó en los hombres que vivían camino de la montaña.

Eran muy altos, de un rubio casi albino. Salían únicamente a la llegada de la noche y se desplazaban con la cautela de un gato, pero sin el menor asomo de temor; antes bien, había en su expresión una actitud de poder consciente de sí mismo, de desafío soterrado. Nunca sonreían; hasta los cinco niños que formaban parte del grupo se mostraban distantes y como imbuidos por el mismo espíritu de soberbia que se advertía en los adultos. Sólo para cenar bajaban al restaurante de Jaime, el único de Deya, y cuando aparecían en la puerta los acogía un silencio incómodo: los otros clientes de Jaime, en su mayoría ingleses que habitaban en el pueblo, fingían ignorarlos, pero era evidente que la presencia de aquellos individuos vestidos de *hippies* les producía disgusto. Al principio Adelaida no les había prestado atención porque era verano y se confundían con los turistas; luego vino el otoño, Deya quedó vacío y los hombres de la montaña comenzaron a cobrar una dimensión inusitada. Sus ojos, de un azul tan pálido que les daba un une de ciegos, se clavaban en ella apenas entraba en el restaurante: sin insolencia, más bien con una terrea y tranquila curiosidad. De regreso a su casa, subiendo la empinada callejuela que conducía al Puch, se seguía sintiendo observada; el susto la hacía caminar de prisa y sin mirar atrás; una vez creyó oír un ruido de pasos a su espalda y al voltearse vio a uno de los niños

acechándola en la oscuridad. Pero aun entonces se dijo que era víctima de su imaginación y hasta pudo darle los últimos toques a la más hermosa de sus acuarelas.

De confusa, la situación se volvió inquietante con la aparición de Frank, el jefe de los hombres de la montaña. Así lo llamaba la inglesa con quien Adelaida había trabado relación. Antiguo mercenario, le contó, vivía de los ingresos que le procuraba la venta de heroína a jóvenes herederas que drogaba a la fuerza después de seducirlas. Al parecer Frank llegaba al pueblo casi siempre acompañado de una muchacha que llevaba al restaurante la primera noche y luego encerraba en su casa. A partir de ese momento la muchacha permanecía oculta y al cabo de dos meses se la volvía a ver, esquelética y con los ojos sonámbulos, convertida en ruina; a veces se le notaba en los tobillos y muñecas la marca de una correa, como si hubiese permanecido amarrada sobre una cama. Aunque la inglesa se daba a la bebida y su relato contenía aspectos extravagantes, Adelaida lo creyó sin vacilación, pues le venía a punto para explicar su ansiedad cuando sentía fijos en ella los ojos de aquel hombre, voraces y demoníacos, que la buscaban en todas partes, en el restaurante o en el estanco, o surgían con una apariencia de bárbara desesperación entre los olivares que bordeaban la carretera por donde ella solía caminar al anochecer para ir a saludar a un poeta amigo suyo. Si en vez de salir se quedaba en casa, Frank subía a medianoche a la plaza del Puch y se ponía a mirar su ventana hasta hacerla despertar con sobresalto. Sin embargo, en ningún momento había intentado hablarle; simplemente se limitaba a seguirla adonde fuera, como un cazador observa el comportamiento de un animal antes de atacarlo. A veces Adelaida se sorprendía a sí misma dibujando refugios, escondites o garras abiertas al aire con acerada ferocidad. Para colmo, un día, pasando delante de dos ancianas que conversaban junto a un portón, oyó que una le

decía a la otra, señalándola: “Es ella”. La frase, en realidad anodina, se prestaba a diferentes interpretaciones, pero estaba cargada de un tono tan conmiserativo que Adelaida la creyó relacionada con la persecución de que era víctima. Ya entonces había advertido que un viernes de cada mes, si había luna llena, ardía un gran fuego muy cerca de la cima de la montaña. Aquella fogata no tenía ninguna explicación coherente, pues los pastores no llevaban sus ovejas a pastar tan lejos del pueblo. Allí había un enigma asociado probablemente a los hombres de la montaña. La hija de la inglesa, Tess, que había venido a pasar diciembre en Deya, se propuso dilucidarlo.

Tess estudiaba lenguas antiguas y modernas y de tanto viajar sola los veranos por el mundo entero había adquirido una sólida cultura y no poco de confianza en sí misma. También a ella los hombres de la montaña le producían interés, pero lejos de compartir la aprensión que suscitaban, los consideraba farsantes de poco vuelo. En el fondo, Tess quería demostrar su impostura y fue al encuentro de la extraña fogata enfundada en su chaqueta y su bonete de lana roja y llevando en la mano una simple linterna. Lo que vio modificó ligeramente su opinión: escondida detrás de un árbol había presenciado una escena que parecía salida de un cuento del medioevo: desnudos, a pesar del intenso frío, los hombres, mujeres y niños del grupo oscilaban frente a un círculo de fuego entonando encantaciones pronunciadas en un idioma desconocido, mientras Frank sacrificaba, en medio del círculo y sobre una mesa improvisada, un corderillo robado probablemente a uno de los pastores del pueblo; apenas terminó la ceremonia, los participantes se habían librado a una danza salvaje antes de ponerse a hacer el amor unos con otros sin tener en cuenta distinciones de sexo y edad. Frank era el único que no había participado en la orgía.

Aquel relato dejó a Adelaida transida de miedo: todo podía

ocurrirle en cualquier momento, hasta ser secuestrada para participar en ceremonias diabólicas. Tess, en cambio, se reía de sus temores: cierto, esos estrafalarios pensaban como los magos que perdían el tiempo recitando letanías mientras removían el contenido de una marmita en ebullición, pero nunca se arriesgarían a raptar a una persona echándose encima a la policía franquista, cuyos métodos represivos debían inspirarles pavor, por muy brujos que fueran. Sus argumentos no convencieron a Adelaida, que en los días siguientes compró en el estanco varios cartones de cigarrillos y cantidades de latas de conserva para atrincherarse en su casa. La inquietud le impedía dormir y hasta comer, y entre el insomnio y la debilidad terminó enfermándose de veras con fiebres vesperales acompañadas de escalofríos. Preocupada por su estado, Tess aplazó su regreso a Inglaterra y se puso a darle unos calmantes que lograron sacarla de su postración. Bajo el efecto de los sedativos y de las palabras de Tess, llenas de afecto y sentido común, Adelaida empezó a comprender que durante todos esos meses había vivido un delirio ajeno a la realidad. Más alentada pudo suprimir los calmantes, volvió a salir y, cuando Tess partió, era ya capaz de ir a visitar a su amigo el poeta sin que la constante persecución de Frank la alarmara demasiado. Pero no podía pintar: se sentía aletargada y densa, más objeto que persona, invadida por otro yo para el cual la actividad creativa carecía de interés; a veces le parecía estar a punto de descubrir algo que había buscado sin saber a lo largo de su vida. De esas elucubraciones vino a sacarla un acontecimiento banal, pero tan determinante, que confirmaría el curso de su destino.

Todos los domingos, después de la misa de once de la mañana, Adelaida recibía la visita de los propietarios de su casa, una pareja madura que la trataba como a una hija y le hacía mil preguntas sobre su salud y su trabajo. Sentados a la

mesa del salón, frente a las tazas de café, Adelaida se disponía esa vez a comunicarles su decisión de regresar a Cartagena de Indias y abandonar definitivamente la pintura, cuando de repente y sin darse cuenta cambió de tema y les refirió algo que le había ocurrido la noche anterior: camino del restaurante de Jaime, dos desconocidos la habían detenido para ofrecerle una inyección de heroína. El relato produjo una reacción desmesurada: la señora colocó su taza sobre la mesa lanzando un ligero quejido, mientras que su esposo, don Luis, se ponía de pie, trémulo de indignación, como si hubiera recibido un agravio: él sabía, dijo, que en su pueblo vivían unos *hippies* degenerados, pero de allí a tratar de corromperla a ella, Adelaida, una niña inocente, huésped de España y del Generalísimo, había una escalada que no estaba dispuesto a tolerar. Aturdida, desarmada ante tanto furor, Adelaida se encontraría al día siguiente caminando junto a don Luis por las calles de Palma hasta el despacho del gobernador de las Baleares, quien los recibió entrechocando los talones y, con voz persuasiva, intentó convencer a Adelaida de presentar una denuncia en regla, sin que ella se atreviera a hacer otra cosa que repetir lo dicho a don Luis, haber sido abordada por unos desconocidos cuyas caras difícilmente había percibido en la oscuridad. El gobernador, que parecía muy pequeño junto al enorme retrato de Franco, le ofrecía la protección de dos guardias civiles instalados día y noche frente a la puerta de su casa en Deya, perspectiva que Adelaida contemplaba con las vísceras contraídas por el espanto de delatarse así a los hombres de la montaña y ser víctima de sus represalias apenas los guardias se hubiesen ido. Finalmente, el gobernador decidió actuar por cuenta propia y al otro día Deya estaba lleno de policías en civil que se pretendían discretos, pero cuyas gabardinas de corte idéntico y sus falsas maneras reposadas los traicionaban de inmediato. Resultaba cómico verlos en grupos

de dos leyendo periódicos en las diminutas plazas del pueblo, de ordinario desiertas, o almorzando todos juntos, con un aire de resignada disciplina, en el restaurante de Jaime. Cuando partieron, ya los hombres de la montaña habían juzgado más sensato irse a vivir a Ibiza y el pueblo recuperó su calma de siempre. Frank se quedó y Adelaida siguió sin pintar.

Pasaron los meses. El aire de enero llegó perfumado por una flor desconocida. En abril empezó a sentirse el olor de los pinos. Vino el verano y el poeta decidió celebrar sus ochenta años de edad con una fiesta al aire libre, alrededor de una fogata, en la cual el vino se servía en grandes copas de plata y racimos de uvas moradas y verdes desbordaban de las fuentes colocadas en manteles sobre la hierba. Sonaban flautas, la gente reía. A lo lejos se oía fluir el arroyo cargado por las últimas lluvias. El poeta se puso a recitar en voz alta un poema destinado a celebrar la vida. Parecía como si Pan, recuperado del olvido, volviese a retozar entre los árboles. Abandonando su reserva, Adelaida bebió y conversó con los otros invitados. Sabía que Frank la espiaba desde alguna parte, pero en lugar de aprensión, sentía la nostalgia de su ausencia. Por una vez le habría gustado tenerlo junto a ella, menos marginal y perdido en sus extraños sueños de mago solitario. De pronto lo vio, al resplandor de la hoguera, muy alto y delgado, con su perfil de halcón y sus ojos afiebrados horadando la oscuridad. Una oleada de calor le subió por el cuerpo y le quemó las mejillas. Confusa se puso de pie y lentamente fue a su encuentro. Le parecía caminar entre velos dorados y serpentinas de colores: sus senos se endurecían, sus dedos se enfriaban, su sexo se abría como los pétalos de una flor. En silencio le tendió la mano y sin decirse nada se dirigieron hacia la casa del Puch. Adelaida sacó una enorme llave medieval de su bolsillo que, luego de entrar y cerrar la puerta, guindó en un clavo enterrado en la pared. Y sigilosas, ávidas, palpitantes, se alzaron sobre

ellos las alas del deseo.

Cuando Adelaida se despertó al día siguiente, Frank había desaparecido y el sol brillaba en la ventana de su cuarto. Bajó al salón y, consternada, contempló el torpe dibujo esbozado en la tela del caballete. Preparó óleos y pinceles y con mano firme se puso a trabajar. No pintaba la montaña como aparecía ahora ante sus ojos, sino como la había visto en el invierno, iluminada por un sol muy pálido bajo una tenue bruma azulada. El campanario de la iglesia fue anunciando las horas sin que Adelaida se levantara ni siquiera para prepararse una taza de café. Hacia el crepúsculo el cuadro estaba terminado y Adelaida se sentía feliz: las gracias protectoras habían vuelto y el mundo la esperaba.

Con el tiempo su pintura cambió: de paisajes pasó a naturalezas muertas y retratos; tuvo un pe-
ríodo abstracto y otro figurativo. Frank se había esfumado de la memoria de Adelaida. Pero cuando diez años después presentaba su obra en la Bienal de Sao Paulo, se acordó de él y de un misterio que nunca había querido abordar: aquella mañana, al descender del cuarto al salón, embriagada aún por el recuerdo de una noche que jamás se repetiría, había visto la llave medieval colgada como de costumbre en el clavo de la pared; y la puerta y la ventana estaban cerradas desde el interior, como si Frank no hubiera salido de la casa.

EL ENCUENTRO

A Jacques

Lucía tuvo la impresión de existir por primera vez el día en que Robert Harrinson, el célebre actor norteamericano, la besó en un corredor del Hotel del Prado en Barranquilla. Ella contaba apenas trece años y hasta entonces había vivido como si formara parte de todo cuanto la rodeaba: su madre, por quien sentía un profundo cariño; las religiosas del colegio, cuyas órdenes nunca se había atrevido a desobedecer; sus amigas íntimas. Pero le ocurría ser también la brisa entre los árboles, una hoja transportada por hormigas negras o la lluvia cuando se descuajaba sin clemencia abriendo agujeros en la tierra del patio. El beso de Robert Harrinson le reveló en un instante que era única y diferente de los demás, dejándola abrumada ante el abismo de soledad que acababa de abrirse frente a ella. Porque no podía seguir siendo la misma ni volver a confundirse con los otros si de repente su cuerpo había cobrado vida y la abrasaba como una lengua de fuego; si su mente, de ordinario

adormecida entre imágenes momentáneas y difusas, se veía asaltada por pensamientos audaces, de una insólita tenacidad. Aquel beso la arrancó de la infancia. Y, sin embargo, todo lo que Lucía quería del actor era un simple autógrafo.

La llegada de Robert Harrinson y de la famosa Milena O'Hara, su pareja en varias películas de capa y espada, resultó un acontecimiento en la ciudad. Habían sido recibidos por el alcalde y los periodistas los seguían adonde fueran. Asistieron a la presentación de "El corsario indomable" entre calurosos aplausos no merecidos, visitaron las playas de Puerto Colombia y casi atrapan una insolación, se bañaron en un mar que para desdicha estaba esa tarde infestado de medusas venenosas. Al cabo de tres días de sol, aguaceros y mosquitos, tenían la piel enrojecida y una expresión crispada que a duras penas lograban disimular. Amenazaron con regresar a Hollywood interrumpiendo su gira por las otras ciudades latinoamericanas y obtuvieron el permiso de encerrarse en sus cuartos con aire acondicionado un día antes de lo previsto hasta tomar el avión que debía liberarlos de aquel infierno. Sin embargo, sus admiradores exigían su presencia a gritos y armaron tanto alboroto que las autoridades debieron intervenir enviando veinte agentes de policía para proteger la entrada del Hotel del Prado. A Lucía le fue fácil franquear la barrera de los policías y, cuando subió al segundo piso, encontró a una empleada que, sin hacerse de rogar, le dio el número de la habitación ocupada por el actor. Golpeó la puerta con los nudillos, trémula de excitación y asustada por su propia osadía. Robert Harrinson le abrió envuelto en una bata de noche carmesí. Era más bello que en las películas. Tenía los ojos de un azul acerado y los cabellos negros como la obsidiana. Eso alcanzó a ver Lucía antes de que el actor la tomase entre sus brazos y, alzándola del suelo, la besara en la boca. "Entra", le dijo luego en inglés con una voz desafiante y exasperada. Pero en ese instante Lucía

tuvo miedo y, zafándose del abrazo, echó a correr por el pasillo, bajó los peldaños de la escalera de dos en dos y salió del hotel como perseguida por un demonio. Sólo después, regresando a su casa en compañía de su amiga Sofía, cayó en el vértigo de la emoción. Supo que de allí en adelante amaría a Robert Harrinson hasta el fin de su vida. Decidió estudiar en serio el inglés y escribirle a una tía suya radicada en Miami para que la suscribiera a todas las revistas de cine norteamericanas.

Gradualmente cambió. De expansiva se volvió discreta, de desaplicada se convirtió en buena alumna porque quería terminar cuanto antes el bachillerato para luego obtener cualquier diploma que le permitiera instalarse en los Estados Unidos.

Aprendió a aislarse. Apenas terminaba sus tareas encendía la radio y se ponía a soñar sentada en una mecedora de mimbre. No tenía necesidad de cerrar los ojos para ver el jardín donde una orquesta interpretaba la música que justamente la radio estaba pasando. Algunas parejas danzaban en la pista de baile, otras hablaban y se reían entre las mesas dispuestas alrededor de la piscina. Había bombillos de colores, estrellas en el cielo. Los sirvientes circulaban con bandejas de plata. De pronto ella aparecía en lo alto de la escalera que conducía al jardín. Su presencia pasaba inadvertida para los demás, pero Robert Harrinson se volteaba a mirarla con ojos fascinados. En la mecedora, Lucía sentía que su corazón le latía de un golpe. Sus diminutos senos se endurecían y un aguijón ardiente le entreabría las piernas. Robert Harrinson caminaba hacia ella y al llegar a su lado le tendía la mano para saludarla. Sus dedos le acariciaban la muñeca y, aprovechando su desconcierto, le besaba la palma. Lucía se estremecía de turbación. Detenía el vaivén de la mecedora y, concentrándose, guardaba esa imagen en la mente hasta que la radio pasaba un bolero. Entonces

Robert Harrinson y ella bailaban ante la mirada admirativa de los invitados. Forman una pareja maravillosa, decían. Lucía oía los comentarios, sentía el aliento de Robert Harrinson en su frente y era feliz.

La vida real de Lucía estaba dominada por los problemas económicos. Carecía de dinero y no podía comprar las cosas que le gustaban. Su padre había muerto sin dejarle un centavo y su pobre madre se mataba trabajando como profesora de inglés para sostener la casa. A veces tenía pocos alumnos y Lucía pasaba hambre. No contaba ya las noches que se había acostado sintiendo un hueco en el estómago después de haber tomado por comida una simple taza de leche. Afortunadamente lo esencial estaba asegurado. Los cursos que dietaba su madre en el colegio donde Lucía estudiaba le pagaban la mensualidad y, como era semi-inter- na, tenía derecho al almuerzo. Su tía de Miami le enviaba de vez en cuando algunos dólares y así podía comprarse coca-colas en los recreos y ver todas las películas de Robert Harrinson. Por unos pesos el portero del Teatro Metro le vendía las fotos del actor que, ya en su casa, Lucía envolvía religiosamente en papel celofán antes de esconderlas en un viejo armario. Al cabo de cinco años tenía tantas que le habría sido posible empapelar con ellas las paredes de su casa. Pero nadie conocía su secreto. Si su madre había descubierto alguna vez los paquetes de fotografías, se había abstenido de hacerle comentarios. Tampoco estableció una asociación entre el culto que Lucía le rendía al actor y su curiosa decisión de matricularse en una escuela de contabilidad y secretariado con la plata que su tía le había mandado para que se comprara el vestido de su presentación en sociedad. Los pocos muchachos que Lucía frecuentaba no podían ni de lejos compararse a Robert Harrinson. No tenían su apostura, ese aire resuelto de hombre acostumbrado a imponerse en el mundo. No sabían acariciar a las mujeres con la mirada ni parecían capaces de

afrontar cielo y tierra para seducirlas. A Lucía le interesaba muy poco una vida mundana de la cual Robert Harrinson estaba excluido. No era en los bailes y fiestas del Country Club donde lo encontraría, sino más tarde, en los Estados Unidos, cuando convertida en secretaria de ejecutivo viajaría durante las vacaciones a los lugares frecuentados por el actor.

Mientras tanto se refugiaba en sus sueños. La escena del jardín había adquirido infinitas variaciones. De la pista de baile, Robert Harrinson y ella se iban a una playa iluminada por un claro de luna. El aire traía vapores de jazmín y de lejos venía la música de la orquesta. Lentamente Robert Harrinson la desvestía, y con la yema de sus dedos le recorría despacio, muy despacio, el cuerpo. Los pezones de Lucía se erguían adoloridos y en lo más recóndito de su intimidad se agitaba una mariposa apremiante cuya avidez calmaba entrecruzando bruscamente las piernas. El sudor le corría por la frente y sin embargo tenía las manos heladas. Cada uno de sus poros llamaba a Robert Harrinson a gritos y a veces una tímida lágrima temblaba en sus párpados. Le parecía un escarnio ser tan joven y linda para vivir el amor soñando en una mecedora. Pero la música de la radio la devolvía a un salón en penumbra donde Robert Harrinson la esperaba con impaciencia. Regresaba a sus besos y sus caricias, la mariposa se despertaba aleteando de desamparo. Sin transición pasaban de la playa a una cueva llena de objetos preciosos: collares de esmeraldas, anillos de perlas, pulseras de rubíes se derramaban de un viejo cofre español; monedas de oro brillaban bajo la luz de un candelabro. Robert Harrinson le ofrecía vestidos de seda y tul. Acostados sobre la arena tibia se amaban poseídos por un deseo afiebrado y sin fin. Su ardor no conocía los límites del tiempo ni el desgaste de los años. Aunque cambiaran de escenario y la cueva se transformara en hotel de lujo o gruta submarina, su necesidad de amarse hasta la locura seguía

siendo la misma. Se buscaban con ansia en el fondo del mar, entre peces plateados. Desfallecían de pasión en un desierto de dunas amarillas. Cansados de tanta voluptuosidad, dormían juntos a la sombra de una palmera.

Era casi siempre en esos momentos cuando su madre la llamaba. Su madre estaba enferma desde la menopausia y una artritis muy grave la mantenía paralizada en su lecho. Con su salario, Lucía le pagaba una enfermera para que se ocupara de ella. Ya entonces ganaba bien su vida. Era la secretaria personal del director de una gran empresa y durante las vacaciones de Pascua viajaba regularmente a San Francisco, donde residía Robert Harrinson. Siempre llegaba al mismo hotel y conocía de memoria el trayecto que la llevaba al enorme parque detrás del cual se escondía la casa del actor. Por lo pronto, Lucía no quería encontrarlo. Le resultaba imposible hacer planes mientras su madre tuviese necesidad de ella. Además, aspiraba a casarse y fundar una familia, y la vida amorosa de Robert Harrinson, con sus cinco matrimonios y otros tantos divorcios, indicaba que no había adquirido aún la estabilidad necesaria para ser un buen marido. Nada de eso inquietaba mayormente a Lucía. Le parecía normal que el actor tuviese tanto éxito con las mujeres y estaba segura de que con ella se comportaría mejor. Porque Robert Harrinson se hallaba en su destino. Se lo había dicho una vidente: en su bola de cristal aparecía mucha agua, una isla, un velero y un hombre rico que se enamoraría de ella en el momento mismo de conocerla. Justamente el actor había comprado un velero rojo y en verano viajaba por el Mediterráneo. Tan pronto como atracaba en un puerto hacía fiestas a las que asistían personalidades del mundo cinematográfico y artístico. Siempre había un periodista para fotografiarlo en compañía de mujeres bellas, suntuosamente vestidas. Como se había vuelto muy miope, Lucía se calaba sus lentes y con una lupa observaba la ruta seguida por el velero

rojo: Saint-Tropez, Antibes, Monaco, Puerto Andraitx. Era allí donde lo encontraría. Su amiga Sofía se había casado con un español, propietario de una cadena de almacenes de lujo de Palma de Mallorca, y varias veces le había escrito ofreciéndole la dirección de uno de sus almacenes. Pero Lucía no podía dejar a su madre y seguía amando a Robert Harrinson en sueños, cada vez más eróticos a medida que pasaba el tiempo y sus aprensiones virginales caían como el polvo sobre una telaraña abandonada.

Cuando su madre murió, Lucía tenía cuarenta y cinco años y Robert Harrinson había pasado de moda. Nadie se acordaba de sus películas de capa y espada. Sólo a veces las revistas mencionaban la presencia de su velero en Puerto Andraitx, con asombro, pues lo creían arruinado. Tantas fiestas había ofrecido, tantos procesos le habían hecho sus antiguas esposas, que le había tocado vender su colección de automóviles y hasta su casa en San Francisco. Menos rico, Lucía lo sentía más cercano, más accesible. Forzando su imaginación se había encontrado un parecido con Bárbara Vamer, su última aventura conocida, una viuda que llevaba los largos cabellos anudados en una trenza. Lucía se peinaba del mismo modo y pasando hambre se mantenía delgada. Había conocido el hambre en su adolescencia y ahora se la imponía para guardar la línea. Quedarse en cincuenta y cinco kilos le parecía la mejor manera de conservar su juventud. Y a pesar de su edad, Lucía seguía siendo joven. Con su trenza y sin maquillaje se le habría dado a lo sumo treinta años. Bonita, llena de entusiasmo, desembarcó en Palma de Mallorca un día de invierno decidida a conquistar su felicidad.

No le fue difícil acomodarse a aquella ciudad de viejas casas amarillas. Muy pronto se granjeó la confianza del marido de Sofía y después de unos meses de aprendizaje fue nombrada directora del almacén de la Avenida Jaime III. Allí empezó a

conocer a las personas ricas que vivían en la isla o la frecuentaban. Los domingos iba a Puerto Andraitx, donde residía Tadé, un pintor rumano compañero de parrandas de Robert Harrinson, para quien la fiesta había terminado. Tadé pintaba mal, consumía mucha droga y sólo quería a Julius, su perro. Aceptó la presencia de Lucía cuando Julius la adoptó. Además, Tadé era ya viejo y le gustaba referir historias de mejores épocas. Lucía no se cansaba de oírle contar cómo Robert Harrinson y él habían bebido tres días enteros vaciando las reservas de whisky del velero rojo o de qué modo se habían comido unas hojas de papel impregnado de L.S.D. afrodisíaco y se vieron forzados a hacer el amor con sus compañeras hasta la madrugada. Ese era su recuerdo favorito, la noche del frenesí erótico provocado por aquellas papeletas aparentemente inofensivas que al fin lograron sacar a Robert Harrinson de su apatía sexual. A Lucía le parecía
un escándalo imaginar al actor indiferente a los placeres del amor. Tadé no lo decía de manera explícita, pero hacia las seis de la tarde, cuando había terminado de beberse las cinco botellas de vino rojo que Lucía le llevaba cada domingo con un jamón serrano, volvía a la misma anécdota y divertido celebraba las virtudes de la droga contra las inhibiciones de los seductores fabricados por el cine. Sólo se refería a eso bajo el efecto del alcohol y sin sospechar las zozobras que sus revelaciones provocaban en Lucía, pues Tadé le había cobrado afecto. Ahora estaba acostumbrado a verla aparecer los domingos a mediodía con sus botellas de vino y su jamón, sin preguntarse claramente por qué esa mujer linda y todavía joven se interesaba en él. No obstante, tenía la impresión de deberle algo, su gentileza, la atención que les prestaba a sus palabras, y para mostrarle su agradecimiento solía invitarla a los yates de sus amigos cuando arribaban a Puerto Andraitx. Así fue como Lucía conoció a George Stedes, un hombre de sesenta años,

muy rico, que quería casarse con ella y poner el mundo a sus pies. Lucía vaciló: era la primera vez que le proponían matrimonio y Robert Harrinson había vendido ya su velero. Pero renunciar a encontrarlo un día y descubrir a su lado el amor, incluso despojado de su aspecto físico, significaba volver irrisorio su pasado, quitarle a su vida toda razón de ser. Si Robert Harrinson estaba abandonado y solo, si los reflectores de la fama se habían apagado a su alrededor, ella lo esperaría para darle su apoyo y acompañarlo en los días de su vejez.

Tadé se enfermó gravemente y antes de morir le pidió a Lucía que se ocupara de su perro. Julius resultó ser un compañero muy cariñoso que apenas la veía entrar en el apartamento le hacía toda clase de monerías. A su lado, Lucía descubrió la dicha de compartir un afecto. Los domingos solía sacarlo a pasear por la Avenida del Generalísimo, pensando que si Robert Harrinson lo reconocía se acercaría a hablarle. Y era imposible que no lo reconociera, pues él mismo se lo había regalado a Tadé. En el fondo, Julius le servía un poco de lazarillo porque Lucía no veía nada y no se ponía los lentes por vanidad. Sólo los usaba en su casa y en el almacén, pero nunca en las calles cuyo recorrido conocía de memoria.

El tiempo pasó y para conservar una apariencia de juventud, Lucía se vio obligada a hacerse una cirugía estética. De golpe recobró la bonita cara de sus veinte años. Cuando caminaba hacia el almacén algunos hombres se volteaban a mirarla. Lucía no les prestaba atención. Se había operado únicamente para seducir a Robert Harrinson el día que el destino los reuniera. Una tarde, saliendo del trabajo, un hombre muy alto y canoso la invitó en inglés a tomar juntos una copa. Era de noche y a través de la niebla de su miopía, Lucía tuvo la impresión de haber visto esa cara alguna vez. Pero no iba a dejarse importunar por un desconocido y Julius, ya muy viejo, la esperaba con impaciencia en el nuevo apartamento que había comprado. Así que le dio la espalda y echó a andar por la avenida en busca de un taxi.

Al día siguiente, al entrar en el almacén, encontró a las empleadas en plena agitación mirando algo que aparecía en la primera página del periódico local. Lucía se acercó a ellas con el corazón anudado por un mal presentimiento. Adivinó, un segundo antes de verla, que era la fotografía del hombre encontrado la víspera, y no se sorprendió cuando, al ponerse los lentes, leyó bajo la foto el nombre de Robert Harrinson.

EL VIOLÍN

A Helena Araújo

Alice enhebró en la aguja un hilo rosado y calándose los lentes empezó a bordar. Su almuerzo le había quedado excelente: la entrada de huevos con gelatina, la carne al curry acompañada de arroz y el postre cuya preparación le había exigido más de dos horas en la cocina. Sentados en la terraza, frente al jardín, bajo un rojo parasol, sus invitados bebían ahora una taza de café mientras ella bordaba los pétalos de las flores indicadas en la carpeta que pensaba colocar en su mesa de noche. Un radiante sol de primavera calentaba su cuerpo de ordinario encogido por el frío, pero las ráfagas de brisa que de repente empujaba el mistral la hacían acordarse del invierno pasado: negro, helado, y ella, acostada en su cama, con las cortinas corridas e incapaz de comer, yacía bajo las garras de la depresión. En París su hija había conocido a un australiano, se casaría dentro de poco, se iría; eso, saber que perdería a Nicole, le había producido una pena tan hiriente que ninguno de sus

calmantes había logrado disipar: meses de dolor, meses de silencio, a nadie le había comentado su intolerable sufrimiento al imaginar a Nicole lejos de ella, más allá de tierras y mares, viviendo en el confín del mundo con un descendiente de forzados. Aunque lo mismo habría sentido si fuera millonario americano o lord inglés; desde cuando nació y la tuvo entre sus brazos había temido aquel momento. Duro había sido enviarla a un internado en París apenas se volvió adolescente porque su médico se lo había aconsejado: Nicole no debía verla postrada en una cama, a oscuras, atiborrándose de somníferos. Y así pasaron los años mientras Nicole terminaba sus estudios de bachillerato y, más tarde, los de derecho.

Pero se iba el invierno, cesaba la lluvia, el cielo resplandecía y en el jardín se encendían de amarillo las mimosas. Con la luz su depresión se disolvía, salía de las tinieblas a una bruma transparente en la cual le era posible alimentarse, limpiar la casa, poner flores en los jarrones. Cuando Nicole regresaba a pasar vacaciones la encontraba dinámica y, en cierto modo, feliz. Era la época en que invitaba a sus pocos amigos y preparaba aquellos almuerzos que la hacían acordarse de sí misma treinta años atrás, joven y decidida a ser dichosa con Cyrille, abandonando su vocación y las ariscas soledades de la independencia. Instalada en el Midi se había convertido en el ama de casa que ninguna de las mujeres de su familia había sido; fregaba los pisos y lavaba la ropa, cosía y arrancaba las malas hierbas del jardín. El nacimiento de Nicole había colmado sus aspiraciones y terminado definitivamente su frustrante vida sexual, pues desde ese instante, y sin dar explicaciones, Cyrille se había instalado en otro cuarto y nunca más había intentado buscarla. Sin embargo, las depresiones habían comenzado pocos meses después de su matrimonio, envolviéndola en vientos de locura, precipitándola en abismos de sepulcro, dejándola maltratada y sola como un guijarro

reventado por las olas sobre la playa. Cyrille se comportaba muy bien con ella, debía reconocerlo; le traía cada día las escasas compotas que su anorexia toleraba, y él mismo le daba sus raciones de somníferos y calmantes para evitarle la tentación de un suicidio: que, en el fondo, todos, hasta su propio médico, sabían inevitable.

Sintió sobre ella la mirada inquieta de su madre y tuvo la impresión de que una vez más había captado sus pensamientos. Su madre poseía antenas con las cuales sondeaba su mente: tantas veces la había escuchado hablar durante sus delirios depresivos que un ligero rictus en su boca, un fruncimiento de ceño o el incontrolable tic que ahora brincaba bajo su párpado derecho le permitían seguramente adivinar las congojas de su espíritu. Sí, su madre sabía: desde el momento mismo en que tomó aquella decisión definitiva y secreta, viendo a aquel hombre, al novio de Nicole, musculoso y deportivo, pero con un cerebro de legumbre, anunciarles que cada tres años vendrían a visitarlos: le oyó decir cada tres años, y su corazón se contrajo como mordido por los colmillos de una fiera; entonces, pensó, nada podrá detenerme, ninguna razón me queda para seguir aquí: pues su vida se reducía a una lucha permanente contra las ideas lúgubres y los recuerdos tristes, las preguntas cuyas respuestas le confirmaban que el mundo carecía de sentido. Había pensado aquello y su madre comprendió en el acto que ya nada podría detenerla.

Alice se quitó los lentes para ofrecer a sus invitados otra taza de café. Le gustaba imaginarse así: vestida con un sastre de jersey tejido por ella misma, con las uñas sin pintar y el rostro sin maquillaje a fin de demostrarle a todo el mundo su indiferencia ante los primeros asaltos de la vejez; le gustaba dar la impresión de ser equilibrada, serena; y sentirse admirada por sus almuerzos, su servicio de café, el orden perfecto de su casa. Aunque allí, entre sus invitados, había alguien que no la

admiraba en absoluto: Martine, su amiga de infancia, su compañera de estudios en el conservatorio, que la observaba como si la creyese jugando una comedia; había sentido su mirada perspicaz y ligeramente irónica cuando, al sentarse bajo el parasol, ella abrió su canastilla de costura; podía seguir las etapas de su razonamiento: eso es, se habría dicho, ayer sacudió tapices y enceró muebles, limpió a fondo su cafetera de plata; esta mañana se levantó temprano para preparar salsas y postres; y ahora, convencida de habernos maravillado, se pone a bordar una carpeta para dar el toque final a su representación de burguesa feliz. Martine no podía comprender que aquellos actos, al parecer anodinos, le ayudaban a ejercer un control sobre su mente. a ofrecerle a Nicole una imagen de paz mientras terminaban las vacaciones de verano; tejer la adormecía, bordar le calmaba los nervios, y su hija podía irse a estudiar a París o casarse con un australiano sin sentirse culpable de abandonarla. No obstante, admitía que había algo de ridículo en eso de ponerse a coser después del almuerzo.

Miró a Martine: a pesar de tener su misma edad parecía diez años menor que ella. Martine era el primer violín de una orquesta sinfónica americana y su carrera se había desarrollado sin contratiempos. En el conservatorio no parecía muy brillante, pero a fuerza de paciencia y tenacidad obtuvo lo que, desde su juventud, ya quería: trabajar en los Estados Unidos, ganarse su propia vida. A pesar de su reserva, Martine debía quererla un poco, o de lo contrario no se tomaría el trabajo de venir a verla cada vez que viajaba a Francia. Volvió a mirarla de reojo: llevaba, cruzado sobre los hombros, el chaleco violeta que ella misma le había tejido ese año en los breves momentos de tregua que la depresión le dejaba; desde el principio se había hecho cargo de la situación aceptando con humor al resto de sus invitados: la vieja alemana Gertrud, viuda de un general de la Wehrmacht, que adoraba secretamente el orden y la

disciplina del régimen nazi; Jean, antiguo profesor de filosofía, fascinado aún por la gran fiesta de mayo del sesenta y ocho; Philippe, cuyo título nobiliario remontaba hasta los tiempos de las Cruzadas, voluntariamente silencioso porque sólo podía hablar de cacerías y a ella, Alice, le mortificaba que se matara por placer a los pobres animales; y su madre, cubierta por un sombrero de paja y flores de seda ya desteñidas, los ojos y párpados enrojecidos por el dolor de cabeza que la atormentaba desde la noche anterior y del cual su pudor le impedía quejarse. Pero Martine adoraba a su madre. Siempre había respetado su estoicismo y la dignidad con la que había soportado los avatares de la vida. Sólo ella, Alice, sabía cuántas lágrimas y noches en vela habían forjado aquel decoro. Sólo ella la había escuchado sin cesar lamentarse de su suerte, condenar la conducta de su padre, que las había abandonado para casarse con una latinoamericana. Habían sido tiempos muy duros: ella si acaso tenía doce años y era la sola confidente de su madre. Ese drama le había impedido conocer la adolescencia, pasando sin darse cuenta de la infancia a la edad adulta. El violín le había servido de refugio. A veces se le ocurría pensar que su madre no habría debido colocar sobre sus hombros una carga semejante; finalmente era entonces una niña y los problemas de los mayores le resultaban confusos y dolorosos; bastante había sufrido cuando su padre se fue, para escuchar día tras día, apenas regresaba del conservatorio, las quejas y reproches de una mujer desesperada. Por momentos tenía la impresión de que todos aquellos años de sufrimiento la habían desviado de su destino y que su matrimonio con Cyrille había sido un modo de permitirle a su madre realizar, a través de ella, una unión feliz. Sin embargo, su madre había cambiado, los papeles se habían invertido; de mujer atormentada por el abandono, se convirtió en una persona tranquila, capaz de mirar de lejos y con indulgencia los alborotos humanos; y ella, la niña, la joven

que durante años había intentado arrancarla de su pena, entró en los lóbregos laberintos de la depresión, de donde jamás saldría, como no fuera para ser enterrada en el cementerio de Nice.

Pero Nicole había terminado de lavar los platos y entraba en la terraza: bella, con las mejillas sonrosadas y el cuerpo de una muchacha en perfecta salud; llevaba un pantalón y un jersey negros y se había puesto un sombrero de fieltro, negro también, que había pertenecido a su marido. En lugar de sentarse bajo el parasol, se quedó detrás de ellos, recostada sobre la pared. Nunca participaba en sus reuniones; quizás le parecían disparatadas, demasiado heterogéneas: la generala medio nazi y el profesor izquierdista, ¿qué tal? Nicole, que había heredado el buen juicio de su padre, tenía que juzgarla un poco excéntrica. ¿La querría? Sí, sentía por ella afecto y un poco de piedad; aunque jamás la mencionara, debía acordarse con espanto de su niñez, de aquella madre deshecha arrastrándose por los corredores, dando tumbos y tropezándose con muebles y sillas para ir a buscar un simple vaso de agua. Alice recordó de pronto los ojitos aterrados de su hija suplicándole volver al cuarto y, maquinalmente, se pasó la mano por la cara como si espantara un insecto. Se volteó a mirarla: su hija le sonrió. Con esa sonrisa, pensó Alice buscando en su costurero una nueva hebra de hilo, Nicole lo esquivaba todo, se mantenía al margen de todo, le presentaba a ella aquel novio imposible sin pestañear. Pero las angustias de la vida la alcanzarían tarde o temprano: no se abandonaban así no más los proyectos asociados a seis años de universidad para convertirse en la esposa de un comerciante australiano, que ni siquiera había leído a Flaubert y afirmaba, categóricamente, que la música de los Beatles superaba la de Beethoven. ¿Un provocador? No, un pobre tipo satisfecho de sí mismo y de su fortuna. Ella nada había dicho; para Nicole, le parecía, sus palabras eran el eco de

un cerebro enfermo, incapaz de controlar las emociones, que por cualquier tontería se extraviaba en la depresión; a veces, al escuchar su voz en el teléfono, Nicole adivinaba su estado de ánimo y al instante enmudecía como un animal asustado y dispuesto a huir a la primera ocasión; por eso ella se abstenía de llamarla y hasta evitaba responder cuando se encontraba mal: entonces se sentía más desdichada que nunca: no podía hablar con su hija, amargaba los últimos años de su madre y le imponía a Cyrille una existencia injustamente odiosa. Todo eso, sin embargo, no duraría mucho tiempo, pensó de repente aliviada, dos meses a lo sumo, tres, quizás. ¿Qué sentido tenía, pues, bordar aquella carpeta? Ninguno, se dijo a sí misma dejando de coser. Colocó su labor en el costurero y miró a su alrededor.

Más allá de la terraza el sol refulgía sobre las ramas del añoso ciprés que se elevaba en el jardín, y una ligera brisa agitaba la copa de las palmeras. Piaban los gorriones, se oía el suave arrullo de las palomas; todo el invierno le había hecho comprar a Cyrille bolsas de granos para alimentarlas y ahora había montones que volaban en bandadas o se posaban sobre sus hombros cuando descendía al jardín; bebían en el estanque de aguas fangosas donde nadaba un pececillo rojo que había sobrevivido al frío de milagro; ella lo creía perdido y su sorpresa había sido grande al verlo aparecer muy contento entre una rima de hojas muertas. Pensándolo bien, Cyrille era capaz de haberlo traído sólo para darle esa alegría. Porque Cyrille hacía cualquier cosa con tal de demostrarle que la vida valía la pena, y si aquel pececito había logrado atravesar el invierno, ¿no podía ella vencer sus crisis a fuerza de voluntad y encontrarse una razón de existir? No, no podía; de nada servía contarle que una puerta se había cerrado detrás de ella cuando, deslumbrada todavía por su propia interpretación de la sonata a Kreutzer, en medio de los aplausos de un público en delirio,

había tomado la inexplicable decisión de nunca más volver a tocar el violín: ella, destinada por su talento a convertirse en la primera violinista de Francia, de genio, hablaban sus profesores, de don, de gracia. Viéndolo de lejos, aquello no tenía sentido, como no fuese un castigo que se hubiese infligido a sí misma sin razón alguna. Sí, sin razón alguna se había mutilado, cortando los lazos que la unían a la vida. Un error, la primera manifestación de su locura. Sintió en su cuerpo una corriente de frío.

—Nicole —dijo sin voltear a mirarla—, ¿le das de comer al pez del estanque?

La oyó entrar en la casa y descender luego las gradas que conducían al jardín. Sobre el césped brillaban flores amarillas y el aire tenía reflejos plateados. Envuelta en aquella luz, Nicole se veía maravillosamente hermosa. Un grupo de palomas echó a volar hacia el penacho de las palmeras. Al fondo del jardín las vides aparecían cubiertas de puntos color púrpura, y reflejos verdes salían de las aguas del estanque frente al cual Nicole se había detenido absorta en una secreta contemplación. De pie, la cabeza inclinada bajo el sombrero negro, parecía una estatua encontrada entre los restos de un naufragio muy remoto. Así la recordaría, pensó, su silueta oscura en el jardín bañado de luz. Y de repente tuvo la certeza de que aquella imagen vendría a su memoria cuando sus ojos se cerraran para siempre. Su corazón se inmovilizó un segundo; luego, lentamente, volvió a latir.

EL HOMBRE DE LAS GARDENIAS

Renata murió como mueren los pájaros, replegándose sobre su cuerpo frágil. Desde hacía horas ningún médico la había visto y sólo una enfermera sin experiencia había venido a tomarle la temperatura. Ya entonces agonizaba: su cabeza, inerte, hundida en el largo cuello, parecía la de un títere abandonado después de la función. De nada habían servido mis protestas para que volvieran a llevarla al servicio de cuidados intensivos. El director de la clínica se había mostrado categórico: Renata se recuperaba de su operación normalmente y mis inquietudes eran injustificadas. Con un frío en el corazón volví a su lado, convencida de que la acompañaba en los últimos momentos de su vida. La misma sensación de impotencia había tenido veinticinco años antes, el día de su presentación en sociedad, cuando dejando atrás el ruido de las conversaciones abrí la puerta de su cuarto y la vi sentada en una silla, llorando frente al espejo: pálida, con su bello vestido de gasa azul, sollozaba como un niño. Estuve a punto de decirle que el hombre de las gardenias no la había olvidado,

que una nueva caja de flores había llegado esa misma mañana, pero la presencia de su madre, Teresa Haddad, me lo impidió. Así se selló el destino de Renata. A las pocas semanas se anunciaba su matrimonio con un hombre elegido por su madre, un bogotano de buena familia pero insignificante y tan mezquino que, después de imponerle una existencia de estrechez económica para la cual no estaba preparada, terminó internándola en aquella clínica infecta, la más paupérrima de Bogotá.

Renata era linda y ligera como una mariposa. Siempre me abstuve de criticar su frivolidad, porque el afecto me volvía tolerante. Teresa Haddad, en cambio, me inspiraba antipatía: era mi madrastra y había convertido la infancia de Renata en un infierno; tenía ideas curiosas —por decir lo menos— sobre la manera de educar a los niños; apenas su hija dejó el tetero se puso a prepararle unas mazamorras de carne molida, legumbres y cereales que la pobre Renata debía comer tres veces por día como único alimento; si lo trasbocaba, Teresa Haddad recogía el vómito del piso y se lo hacía tragar a la fuerza. Mi abuela, con quien yo vivía, afortunadamente, había predicho que aquel régimen acabaría enfermando a Renata y, en efecto, así ocurrió. Sólo entonces mi padre osó intervenir y las mazamorras fueron reemplazadas por una comida normal. Pero los problemas continuaron: a Renata le estaba prohibido todo, desde jugar con las chicas del vecindario hasta comer golosinas, y por un sí o un no Teresa Haddad le imponía la penitencia de permanecer de pie durante horas frente a una pared. Al fin, y quizás exasperado, mi padre la envió a un internado en Medellín y luego a pasar una temporada en México, con sus parientes Haddad, de donde regresó pitra ser presentada a la sociedad de Barranquilla. Desde su llegada empezó a recibir día tras día unas cajas de gardenias que su madre se apresuraba a mandar a casa de mi abuela y de cuya existencia Renata nunca supo

nada. Según Teresa Haddad, el hombre que las enviaba estaba casado y su hija debía olvidar aquel amor. Mi abuela y yo no le creíamos, pero como nos había amenazado con armarle una trifulca a mi padre, que había tenido ya su primera alerta cardíaca, preferimos guardar silencio. Y así nuestra casa fue invadida por el lancinante perfume de las gardenias hasta la víspera del matrimonio de Renata.

Viéndolo a distancia, el comportamiento de Teresa Haddad podía explicarse. Tenía veinte años cuando su familia abandonó el Líbano por razones políticas: una muchacha muy bella, de nariz aquilina y verdes ojos rasgados, que hablaba varios idiomas y por su educación y sus orígenes creía pertenecer a la élite de la sociedad. Grande fue su furor al descubrir que en Barranquilla, donde se habían instalado, su pasaporte hacía de ella una ciudadana de Turquía, el país aborrecido; más aún, aquel documento la condenaba a deslizarse en la clase media, pues la ignara burguesía de la ciudad desconocía la historia de los países dominados por
el Imperio Otomano y conservaba, en cambio, una oscura reminiscencia de las luchas de la cristiandad contra los moros. Sin amilanarse, Teresa Haddad hizo una lista de los hombres de alcurnia disponibles en la ciudad y, valiéndose de una treta, se hizo presentar a mi padre, viudo desde mi nacimiento y completamente inerme ante el esmeralda de sus ojos y la aparente dulzura de su trato. Creyendo casarse con una odalisca, mi padre se unió a una fiera herida en su amor propio que lo obligó a abandonar sus apacibles lecturas nocturnas para llevar una vida social febril a través de la cual Teresa Haddad se vengaba de los desdenes sufridos y, al mismo tiempo, se imponía como una gran dama de la burguesía local. Pero adoraba a su marido y, como era posesiva, sentía celos de Renata, por quien mi padre parecía embobado. Teresa Haddad pertenecía a esa clase de mujeres que aman más a los hombres

que a los hijos. Aunque tenía un servicio numeroso, ella misma le preparaba a mi padre las comidas y le sacaba en máquina las páginas de los libros que escribía sobre jurisprudencia.

Teresa Haddad no tenía relaciones con los otros libaneses que vivían en la ciudad. A la larga llegó a detestar su propio apellido, suprimiéndolo de sus tarjetas de visita y de las invitaciones que enviaba cuando daba una fiesta. Asimismo, le exigió a mi padre recuperar los retratos de sus ancestros para colocarlos en su casa y se aprendió de memoria la vida y milagros de cada uno de ellos: se los repetía con orgullo a los extranjeros que visitaban a mi padre y, como al hablar empleaba un plural confuso, todos quedaban convencidos de que pertenecía también a la familia. De ahí su reacción al saber que Renata se había enamorado en México de un pariente suyo: destrozar las cartas, ocultar las gardenias, hacerle creer a su hija que aquel hombre la había traicionado.

De haber sido Renata más madura, yo habría terminado contándole la verdad, pero en el conflicto que la enfrentaba a su madre se habría servido de mis revelaciones para crear una crisis sin salida: llantos, recriminaciones, a eso se habría reducido su oposición. Renata era incapaz de rebelarse contra la voluntad de Teresa Haddad; tampoco tenía el coraje para asumir sus deseos. Siempre me pareció marcada por el convencionalismo: prueba de ello, apenas se casó y tuvo los hijos de rigor, se lanzó a la conquista de la aristocracia bogotana y se le fue la vida en asistir a fiestas y cocteles, siempre desesperada por su falta de vestidos apropiados y la necesidad de repetir atuendos pasados de moda. Quizás Renata no merecía al hombre de las gardenias.

Lo conocí en París, muchos años después, en una recepción ofrecida por la embajada de México. Cuando nos presentaron y oyó pronunciar mi apellido, me miró primero con estupor y luego, despacio, con una remota nostalgia. Fuimos a tomar una

copa al bar del hotel George v, donde estaba alojado, y conversamos hasta muy tarde. A pesar de que su padre y su abuelo se habían casado con europeas, tenía las hermosas y austeras facciones de un nómada del desierto. Aun entonces no comprendía por qué sus relaciones con Renata habían terminado de manera tan abrupta; se habían amado sin reservas y ella había partido para anunciarle a su familia un compromiso celebrado en secreto. Desde ese instante él le había enviado cada día una carta acompañada de gardenias, sus flores preferidas, pero Renata no le había respondido y al cabo de tres meses alguien le había hecho llegar una tarjeta de participación de su matrimonio con otro hombre. Me costó trabajo explicarle que, en los tiempos de Teresa Haddad, los mal llamados turcos de Barranquilla eran considerados socialmente inferiores. El no podía comprenderlo: dirigía una firma industrial, tenía amigos por todas partes, políticos y hombres de negocios, pero también, deduje de su conversación, millonarios y aristócratas europeos que lo invitaban a sus mansiones donde asistía a fiestas suntuosas y cacerías. Desde su posición, los prejuicios de Barranquilla se le antojaban tan nimios como el vuelo de una mosca. Le asombraba que Renata hubiera sucumbido a tanta mediocridad. La recordaba independiente y bella, con un ansia de vivir igual a la suya, decidida a entrar en la universidad después del matrimonio. Yo a duras penas lograba creerlo: la personalidad de Renata parecía haberse transformado al contacto de aquel hombre, pero sobre todo, pensaba, lejos de la mala sombra de Teresa Haddad. Tal vez su inteligencia había brillado un instante como una estrella fugaz antes de ser absorbida de nuevo por los espejismos del ajetreo social y los sinsabores de la penuria. De su penuria yo tenía una prueba en mi cartera: un billete de cien dólares economizados difícilmente por Renata durante cuatro años para que le consiguiera en París un vestido aprovechando la

temporada de liquidación de mercancías. Al saberlo, el hombre de las gardenias palideció. No es posible, dijo como si se sintiera ultrajado; no es posible, me repitió. Y después de reflexionar un momento quiso saber si le permitía abrirme una cuenta ilimitada en el almacén de uno de los grandes costureros de París a fin de que le comprara a Renata todo cuanto pudiera desear. Acepté sin la menor reticencia y mi hermana tuvo al fin los atavíos con los que había soñado a lo largo de su vida hojeando las revistas de moda. Nunca supo cómo un simple billete de cien dólares había podido transformarse en tantos sastres, vestidos de coctel, carteras y abalorios de lujo. Para ella debió ser el milagro de los peces y de los panes. Para mí un desquite de la tacañería de su marido. Años después me escribió anunciándome su próxima operación, y corrí a Bogotá invadida por un mal presentimiento.

Cuando la sacaron de cuidados intensivos, Renata estaba despierta y se expresaba con claridad. Sólo entonces, y por primera vez, me habló del hombre de las gardenias, de aquel amor vivido en su juventud y cuyo recuerdo jamás la había abandonado. Muy temprano, me contó, salían a montar a caballo por la zona central de los carriles de la Avenida Insurgentes, envueltos en largas capas negras con botones de plata. De noche iban a la Zona Rosa y bebían champaña. Se amaban, me dijo, y aquellos habían sido los únicos días felices de su vida. Fueron sus últimas palabras antes de hundirse en el coma que precedió su muerte.

la mañana siguiente se celebraron los funerales de Renata. Cuando me disponía a salir del hotel para asistir al entierro, un botones me entregó una caja de gardenias que acababa de llegar de México. No contenía tarjeta alguna, pero venía dirigida a mí y estaba anudada con una cinta negra.

EL ESPEJO

A Jacques

Estimado doctor:

Con inmensa tristeza me dirijo a usted para hablarle del drama que agobia a nuestra familia y suscita esos infames comentarios en los periódicos de la región. Usted ha aceptado defender a mi sobrino Mario ante los tribunales con la condición de conocer la verdad. Mario no se la dirá nunca, así le toque pasar el resto de su vida en una cárcel, pero yo puedo explicarle a usted esa actitud que permite además comprender su reacción cuando encontró a su esposa Cecilia en el suelo de la cocina bañada en sangre por los quince cuchillazos que había recibido en el vientre unos minutos antes. Como lo hacen notar los periodistas, en vez de correr a buscar a un médico, Mario se limitó a rellenar las heridas con algodones y gasas, conducta incomprensible de parte de un farmacólogo y que se revelaría fatal para la víctima. Unos lo imaginan enloquecido por el dolor de hallar a su esposa agonizante; otros piensan que perdió

lil.espejo 71
todo control sobre sí mismo después de haberla asesinado. Yo concibo, sin embargo, una hipótesis diferente: al entrar en la cocina, Mario creyó que Marina, su hermana gemela, era la autora del crimen y a fin de protegerla trató de contener de cualquier modo las hemorragias mientras escondía el cuchillo y, ¿por qué no?, rompía desde afuera el vidrio de una ventana para hacer creer que un drogadicto había penetrado en la farmacia en busca de morfina y, al no encontrarla, se había dirigido a la cocina atraído por los ruidos que hacía Cecilia preparándose un jugo de limón. Según la versión de los periodistas favorables a Mario, el asesino habría acuchillado a Cecilia en un momento de locura, cuando ella se negó a darle las drogas que exigía. Dese cuenta, doctor, de que sólo sugiero una interpretación de la conducta de mi sobrino, pero que en ningún momento acuso a Marina de ser la responsable del crimen.

Mis afirmaciones pueden resultar un poco enigmáticas si no le explico a fondo las relaciones que existen entre los gemelos y las circunstancias de su educación. Nacidos poco antes de la muerte de mi hermano, Mario y Marina fueron tratados de manera diferente desde la infancia por mi cuñada Graciela. Cierto, nada les fue negado. Tenían ayas que se ocupaban únicamente de recoger las cosas que tiraban al suelo; podían romper los juguetes o ensuciarse los vestidos; comían a la hora que fuera y se acostaban cuando les venía en gana. Pero era evidente que mi cuñada prefería a Mario y se interesaba muy poco por Marina. Debía sentirse culpable de su desafecto, porque después de pasar semanas sin reparar en su hija, sin dirigirle apenas la palabra, le entraban de repente unas crisis de amor por ella tan excesivas como lo era su indiferencia. Así también, cuando los gemelos se excedían en sus travesuras infantiles, Mario recibía una simple reprimenda mientras que a Marina le tocaban los porrazos y castigos. Esas injusticias le

perturbaron la personalidad. Se volvió una niña insolente, que no aceptaba disciplina alguna. La falta de seguridad afectiva y la ausencia de lógica en el comportamiento de su madre la condujeron muy pronto a tener accesos de rabia y a cabrearse si no se satisfacían de inmediato sus caprichos. En esos momentos era capaz de todo, desde rasgar los álbumes de Graciela hasta reventar contra el suelo sus porcelanas más valiosas. Finalmente mi cuñada se declaró vencida, pero el mal estaba hecho. Marina se había acostumbrado a no soportar el menor estorbo a sus deseos y a actuar como si el mundo le perteneciera. Odiaba a su madre y detestaba cualquier forma de autoridad. Sin embargo, de su mundo de rencores y tinieblas Mario estaba excluido. Lo adoraba, y él sólo veía por sus ojos. Jugaban todo el día juntos y dormían en la misma cama. De nada había servido que Graciela insistiera en darle a cada uno su propio cuarto. Los gemelos esperaban a que su madre se durmiera para reunirse. Parecían vivir en estado de completa fusión, como si cada uno se amara en el otro o encontrase en el otro su reflejo. No lo sé explicar, pero una primera tentativa de enviarlos a colegios diferentes produjo en ambos la más alarmante anorexia. Se enfermaron de verdad y tuvieron que guardar cama varios meses. Es necesario decirle, doctor, que ni siquiera frecuentaban a los niños del vecindario, porque Graciela vivía acosada por el temor de que pudiera ocurrirles algo, así salieran apenas al jardín. Para ella, mientras estuviesen encerrados permanecían al resguardo de todo peligro. No se daba cuenta de que en aquel viejo caserón se ocultaban amenazas más sutiles y perniciosas. De noche las sirvientas recibían a sus amantes a escondidas, y los gemelos, disimulados en la oscuridad, contemplaban sus retozos amorosos. En la biblioteca había libros con imágenes poco recomendables y las soledades de inmensos salones dejados al abandono se prestaban para juegos prohibidos. De todo me

enteré con espanto gracias a Honoria, una cocinera que yo misma había recomendado a mi cuñada. Imagínese, doctor, descubrir de golpe que los hijos de mi hermano tenían relaciones incestuosas. Y sólo contaban cinco años de edad.

Desde entonces comenzó mi larga noche. Sé que los faraones se casaban entre hermanos y supongo que durante milenios los hombres primitivos vivieron sin establecer entre ellos el tabú del incesto. Tampoco soy muy religiosa que digamos, pero estoy convencida de que más vale respetar las costumbres de la sociedad en la cual nos tocó nacer, sobre todo si el riguroso cumplimiento de sus reglas justifica nuestros privilegios. A mi edad no se trata de cinismo sino de lucidez. Usted estará de acuerdo conmigo en que de haberse conocido la historia de los gemelos en la ciudad, nuestro apellido habría rodado al fango. Decidida a preservar las apariencias reforcé la fidelidad de Honoria, regalándole una casita para su vejez, y convencí a mi cuñada para que contratara a una profesora, pensando que así los gemelos estarían entretenidos durante el día. No me atreví a revelarle la verdad a Graciela, pues la depresión que le desgarraba el alma desde la muerte de mi hermano había adquirido para entonces proporciones inquietantes y saber lo que hacía su hijo adorado, su único consuelo, como lo llamaba en sus crisis, habría podido suscitar en ella una tentativa de suicidio. Graciela aceptó mi propuesta, pero los gemelos se mostraron tan insoportables que una tras otra las profesoras renunciaron a la faena antes de cumplir un mes de trabajo. Sólo una joven de origen inglés, muy dulce y tenaz, logró interesarlos en las cosas de la inteligencia. Como la Scherezada de *Las mil y una noches,* les contaba al atardecer una historia que dejaba sin terminar y cuya continuación prometía referirles al día siguiente con la condición de que hicieran las tareas que les había preparado. Para mi gran sorpresa, los gemelos aprendieron a leer y a escribir con

rapidez y al cabo de dos años conocían muy bien la gramática, calculaban de memoria y eran capaces de resolver los problemas de aritmética. Sabían tanto como los alumnos que terminan la primaria. Se mostraban sagaces y receptivos, parecían ávidos de conocimiento. Leían las novelas que yo les regalaba y, como la inglesa les había dado lecciones de urbanidad, tenían excelentes modales. Era un placer verlos bien vestidos, hablando con viveza de lo habido y de lo por haber. A veces se me antojaba imposible que esos niños tan luminosos durante el día se deslizaran de noche en las lujurias del incesto. Pero contra eso, doctor, yo no podía hacer nada.

Así pasó el tiempo y la inglesa habría continuado educándolos como es debido si no se hubiera presentado el incidente que voy a relatarle. Las sirvientas solían acoger en el patio de la casa a un bobo maligno que recorría las calles profiriendo groserías. Esa tarde había llovido y un zorrito que habitaba con su familia en el espacio formado entre el cielo raso y el techo había rodado por un desagüe. Marina lo había encerrado en una caja de zapatos y, cuando oyó la voz trabada del bobo que entraba por la puerta del servicio, se levantó y como un autómata, me dijo la inglesa, con una expresión malévola que ella nunca le había visto, tomó la caja y se dirigió al patio. Al llegar junto al bobo sacó al indefenso zorrito y lo puso a sus pies. Lanzando una carcajada, el idiota se apoderó de un rastrillo y con el mango empezó a aporrear al zorrito hasta matarlo. Al parecer el espectáculo fue abominable. El animalito chillaba de dolor y con sus paticas partidas se arrastraba por la tierra tratando de huir mientras el bobo seguía golpeándolo entre las carcajadas de las sirvientas y ante la mirada complacida de Marina. Sin lugar a dudas la escena le causó placer. Ese aspecto de su carácter, la propensión a la crueldad, dejó a la inglesa enferma de horror. Ahí mismo se despidió, anunciándome que nunca más pondría los pies en esa

casa, y yo me precipité a ver a mi cuñada para persuadirla de que debía matricular a los niños en colegios religiosos donde al menos oirían hablar de compasión y caridad. Contra todo lo esperado, Mario aceptó muy contento su nueva situación: con amigos y juegos viriles escapaba al fin de ese universo femenino que posiblemente lo había inhibido desde su nacimiento. En cuanto a Marina, le fue mal: expulsada de dos colegios religiosos, se resignó a estudiar en una escuela laica de segunda categoría donde apenas aprendía lo necesario para pasar el año escolar aguardando las vacaciones que le devolvían del todo a su hermano durante dos meses Había comprendido que debía seguir el ritmo de Mario si quería acompañarlo a la capital cuando él viajara a realizar sus estudios universitarios. Al entrar en la adolescencia estaba ya en la condición de la mujer que espera y sufre. Aunque Mario la amaba y no podía vivir separado de ella, le fascinaba darle celos. Así fingió un día enamorarse de una sirvientica ahijada de mi cuñada y llevó la broma hasta el punto de hacerle la corte. Furiosa, Marina hurtó las joyas de su madre y acusó a la pobre muchacha de haberlas robado. Graciela presentó una denuncia y después de poner la casa boca abajo, la policía terminó metiendo a la criadita en la cárcel de menores. Lo más curioso, doctor, fue la conducta de Mario. No sólo se hizo cómplice de esa injusticia, sino que encima de todo vendió a escondidas las joyas tres años después para darle regalos a Marina y gastarse el resto del dinero en los prostíbulos. Porque desde muy joven mi sobrino había comenzado a frecuentar esos lugares de perdición, no obstante llevar al paroxismo sus relaciones incestuosas. Honoria me contaba cómo él y Marina se miraban en la mesa, cómo se perseguían riendo por los corredores. Y lo demás, los gritos y quejidos que venían del cuarto donde dormían juntos y otros detalles que prefiero callar por decencia. Jamás pude comprender, doctor, qué buscaba

Mario en la calle cuando lo tenía todo en la casa. Pero se había convertido en un desenfrenado juerguista. La plata que su madre le daba con profusión la disipaba invitando a sus amigos a los burdeles y armando parrandas descomunales. Al parecer, hasta organizaba orgías. De allí le vino su fama de corrompido y, por la misma razón, le atribuyeron esa odiosa historia de la que tarde o temprano oirá usted hablar y que prefiero contársela ahora mismo, advirtiéndole que se trata de una calumnia.

Según los comadreos de la gente, Mario se habría encaprichado en seducir a una joven de origen modesto que trabajaba como secretaria en uno de los negocios de la familia, exactamente en la fábrica de mi primo Antonio, un verdadero disoluto que a pesar de su edad acompañaba a Mario en sus parrandas y lo instigaba a llevar su vida licenciosa. La joven, Gloria, se llamaba, aspiraba al matrimonio y no a convertirse en banal querida. Siempre según los chismes, Mario habría convencido a su tío de que la botara y, valiéndose de sus influencias, hizo que el padre de Gloria perdiera su empleo. Padre e hija quedaron, pues, reducidos a la miseria. Cada vez que intentaban encontrar un trabajo, Mario o su tío intervenían para que no los contrataran. Mientras tanto Mario le enviaba a Gloria ramos de flores acompañados de misivas en las cuales le declaraba su amor y le prometía mares y tierras si consentía en pasar al menos una noche con él. Después de varios meses de pobreza y amargura la joven aceptó su proposición y, ¿qué hizo Mario? Llevarla a un hotelucho de mala muerte y, apenas terminó de hacer el amor, descorrer una cortina detrás de la cual se escondían sus amigos, que celebraron con risotadas la situación. Cuando Gloria regresó a su casa se bebió una botella de raticida y murió en medio de sufrimientos atroces.

Usted me dirá, doctor, que si el río suena, piedras lleva. Pero yo estoy convencida de que el autor de esa fechoría fue mi

primo Antonio. No puedo imaginar a Mario capaz de semejante vileza. A los dieciocho años era un hombre encantador que seducía a todas las personas que lo trataban. Atento, simpático, hablaba con gracia y siempre tenía historias divertidas que referir. Parecía un *dandy* y como era buen mozo las mujeres se volvían locas por él. Nunca se olvidaba de mi cumpleaños: que si una cajita de nácar, que si un broche de oro, en fin, los detalles que la hacen sentir a una menos vieja, todavía con vida. Esa fue la época dorada de Mario. Después murió su madre, viajó a la capital con Marina y en cinco años dilapidó su herencia. Quería ser médico, pero sólo consiguió un diploma de farmacólogo. Marina, por su lado, se graduó de enfermera, al menos de algo que le permitía poner inyecciones sin causar demasiados estragos.

Cuando regresaron les presté una casa situada en el barrio moderno de la ciudad, donde Mario instaló su farmacia, y empezaron a vivir una existencia opaca y desprovista del fausto al que estaban acostumbrados. No más la nube de criadas destinadas a servirles, los cuadros antiguos, los muebles de calidad, no, sino un trabajo monótono y poco lucrativo. Pagada por mí, Honoria seguía preparándoles la comida y espiando sus relaciones, que no habían cambiado en nada. Mario aceptaba con disgusto una situación económica que le impedía llevar el tren de vida de antes y se esforzaba por hacer durar sus elegantes vestidos de hilo y sus corbatas de seda. Como no podía permitirse el lujo de un dependiente, debía atender la farmacia él mismo y a medida que pasaba el tiempo se le iba afianzando en el alma un sentimiento de derrota. Yo lo notaba en su expresión, doctor, cada vez más taciturna. A Marina, sin embargo, se la veía radiante. En apariencia no echaba de menos su antigua fortuna. Dejó de lado la posibilidad de una elevación de espíritu capaz de llevarla a mirar con desdén las cosas materiales y optó mejor por la dicha que debía sentir de tener a

su hermano para ella sola. El orgullo impedía a Mario presentarse como un don nadie en los prostíbulos donde antes reinaba como dueño y señor. Terminado el dinero, sus amigos se habían volatilizado y Marina, su deseo de Marina, su pasión por Marina eran su único polo de interés. Volvían a vivir en estado de osmosis, compartiendo dificultades y alegrías. Juntos atendían la farmacia, juntos iban al cine. Se parecían tanto, que de no llevar Marina los cabellos largos, se les habría confundido uno con otro. En cierta forma, doctor, habían regresado a sus amores de infancia.

Fue por entonces cuando Marina quedó embarazada y le tocó abortar. Ese incidente los dejó marcados. Contra todo sentido de las conveniencias sociales, Marina quería guardar el bebé y Mario debió obligarla a renunciar a su deseo. Usted sabe, doctor, cómo se realizan los abortos aquí y en qué condiciones higiénicas. La infección mantuvo a Marina acostada dos meses. Cuando se levantó tenía en la cara un rictus de amargura. Se puso a leer libros de moral comparada y después de la cena pasaba horas hablando de la relatividad de los principios éticos y tratando de convencer a su hermano de que se fueran a vivir como primos en un país donde nadie los conociera. Al menos eso deduje de lo que Honoria me contó. Inventarse una identidad distinta en otra parte habría sido finalmente la solución más adecuada. Porque habían llegado a ese momento en que el amor no se basta a sí mismo y busca proyectarse hacia el futuro a través de un hijo. Debo confesarle, doctor, que en mi fuero interno estaba de acuerdo con la idea. Bien podían vivir como demonios y tener niños bicéfalos siempre y cuando no provocaran un escándalo en la ciudad. La experiencia del aborto le había dado un matiz más intenso a sus relaciones, más trágico, también. Debían sentirse víctimas de una sociedad opresora y unidos en un mismo sentimiento de rebelión contra el mundo entero. Por desafío empezaban a

hacer locuras: se bañaban solos en el mar de noche, y alguien los vio una vez con las manos cogidas en un cine. Y justo, doctor, cuando yo empezaba a temer que la verdad sobre sus amores se divulgara a los cuatro vientos,

surgió Cecilia, o mejor dicho, el espejismo de su dote.

El padre de Cecilia, un comerciante muy rico, como usted sabe, había hecho correr la voz de que le daría a su hija dos millones de pesos el día de su matrimonio. Apenas salió graduada de un internado de monjas, Cecilia se puso a frecuentar los lugares de moda y a asistir a las fiestas en compañía de los mejores partidos de la ciudad. Un día fue a la farmacia para mal de sus pecados y se enamoró de Mario, decidiendo al instante que se casaría con él. Tuvo el coraje de decírselo, provocando en mi sobrino el más total desconcierto. Él no estaba acostumbrado a ese tipo de mujeres. Desenvuelta, segura de sí misma, Cecilia no se parecía en nada a las infelices conocidas en los prostíbulos. Por un lado excitaba su vanidad, por el otro lo atraía con el anzuelo de su dote. Había que verla entrando en la farmacia, las caderas forradas en una faldita corta, lamiendo el helado de un barquillo como una niña. Se sentaba en el sillón destinado a los clientes enfermos y desde allí se ponía a mirar fijamente a mi sobrino hasta ofuscarlo. Era difícil saber si se trataba de coquetería o de travesura, si buscaba seducirlo o quería simplemente divertirse un poco. En todo caso, su presencia en la farmacia resultaba un soplo de aire fresco. Entre una Marina envuelta en los velos de la pesadumbre y un Mario abrumado por las vicisitudes de la vida, Cecilia representaba la alegría, el feroz dinamismo inherente a la juventud. Quizás eso, doctor, y la promesa de su dote condujeron a mi sobrino a desposarla. En sigilo, claro está, porque no podía imponerle a su hermana el escarnio de un noviazgo ni las ceremonias del matrimonio. Así que se inventó un viaje a la capital y, al cabo de una semana, regresó casado con Cecilia.

Imagínese, doctor, la consternación de Marina, su rabia, su sufrimiento. Estuvo días encerrada en el cuarto que de allí en[7] adelante debería ocupar sola, llorando de dolor. Mario

intentaba consolarla, pero la pena de Marina era infinita. Se negaba a comer y no podía conciliar el sueño. Cuando todos dormían se levantaba a recorrer la casa como ánima en pena, me decía Honoria. No recuerdo ahora cuánto tiempo pasó en esa postración, pero una tarde la encontré atendiendo a los clientes en la farmacia, muy pálida y serena. La aflicción parecía haberle limpiado el alma. Miraba de otro modo, hablaba de manera diferente. Se había cortado los cabellos y se vestía con más coquetería. Ya no estaba como antes aletargada por la pasión, indiferente a las cosas que la rodeaban. Se mostraba amable con la gente y una vez la vi sonreír. Ella, que nunca había despertado el interés de los hombres, empezaba a tener pretendientes. Su nueva actitud le daba un aire reposado y grácil, con algo de ninfa. Un joven viudo, perteneciente a una de las grandes familias de la ciudad, se dedicó a hacerle la corte. Marina aceptó acompañarlo a cines y restaurantes los fines de semana con la condición de que Mario no lo supiera. Para ello inventaba el pretexto de ir a ocuparse de mí, pues en esos días yo había tenido algunos problemas de salud. Llegaba a mi casa hacia las seis de la tarde, me ponía la inyección prescrita por el médico y luego salía con su novio hasta medianoche. ¿Lo quería? Tal vez un poco, pero en el fondo de mí misma yo estaba convencida de que su pasión por Mario permanecía intacta. Un amor mantenido desde la niñez no podía desaparecer así no más, un incesto consentido crea vínculos profundos que no llegan a ser reemplazados por la banalidad de las relaciones corrientes. Eso me decía yo esperando que a pesar de todo la nueva situación echara raíces y borrara un poco el pasado. Error. No sólo Mario se enfurecía de que sus deberes conyugales le impidieran acercarse a Marina, sino que el padre de Cecilia se había negado a entregarle la codiciada dote alegando que sin invitados ni fiestas aquel matrimonio no valía mayor cosa. Se decía

ultrajado por el comportamiento de Mario, que le había sonsacado a su hija de su casa como si fuera una vulgar sirvienta. Sin dote, Cecilia carecía de interés para mi sobrino. Pasado el dudoso encanto de la luna de miel, la veía tal como era, mimada y particularmente inculta. Una vez se jactó delante de mí de no haberse leído jamás un libro. Perezosa, sólo se levantaba para ir a visitar a su madre o pasar al salón de belleza. El resto del tiempo se le iba oyendo las novelas de la radio o hablando por teléfono con sus amigas. Si todo se hubiera limitado a eso, no habría habido mayor problema, pero Cecilia tenía mal carácter y no se resignaba a la estrechez económica de su nueva vida. Le exigía a Mario vestidos y objetos de valor y, como él no podía comprárselos, le armaba verdaderas trifulcas. Entonces se ponía a llorar, renegando de haberlo conocido. A gritos lo trataba de incapaz, a él justamente, que en el fondo se sentía fracasado. Una noche lo agravió de tal manera que Mario se fue de la casa y vino a dormir en la mía. No me dijo nada, pero por sus ojos comprendí que había llegado al borde de la exasperación. Con aire torvo regresó al día siguiente a la farmacia y, poco tiempo después, Cecilia le reveló que esperaba un bebé.

El anuncio de aquel embarazo, doctor, debió ser para mi sobrino una sentencia. Ya no podía consolarse con la idea de anular su matrimonio para recuperar el amor de su hermana. Y Marina, ¿qué podía sentir Marina viendo crecer en el vientre de su cuñada un hijo de Mario cuando a ella le había tocado abortar el suyo? Además, el comportamiento de Cecilia no hacía más que agravar las tensiones de los gemelos. Se había vuelto realmente insoportable, creía que el embarazo le daba todos los derechos del mundo y se permitía tratar a mis sobrinos con desprecio. Hasta la propia Honoria quería abandonar el servicio y tuve que aumentarle el salario para que se quedara. Los antojos de Cecilia eran extravagantes.

Despertaba a Honoria a medianoche porque quería comer una cosa u otra. A la hora de la cena se abstenía de probar un plato alegando que su aspecto le desagradaba, y mi sobrino se veía obligado a ir a buscarle comida en un restaurante. Había descubierto que podía herir a Mario insultando a Marina y no se privaba de hacerlo. Con sarcasmo la trataba de solterona y le reprochaba vivir a costillas de su hermano. La acusaba de ser la responsable de sus privaciones económicas. Llegó al extremo de afirmar que la botaría a la calle cuando naciera el bebé. Esa vez, doctor, Mario reaccionó de manera brutal. Ella y su hijo, le gritó, podían irse al diablo, pero Marina no se iría jamás de su casa.

Fue el primer altercado violento entre los esposos. A partir de entonces empezaron a cubrirse de insultos en cada cena, ante la mirada impasible de Marina. Aun si ella no decía nada, puedo imaginar su desconsuelo: había pasado por alto las vagabunderías juveniles de Mario y hasta había terminado aceptando su matrimonio. Pero de allí a vivir separada de él era otra cosa. A lo mejor le dolía ver a su hermano injuriado por una intrusa que nada sabía de la cálida intimidad de sus amores, del sentimiento de compartirlo todo y formar un frente común ante la vida. Como un caballo salvaje, Cecilia pisoteaba una relación tejida con hilos de seda, y cada vez más agresiva, cometía actos de extrema vulgaridad. Una vez arrojó el contenido de la sopera sobre el mantel, y otra noche tiró a la cara de Marina un vaso de agua. Con su cabeza de chorlito, Cecilia no podía advertir la gravedad de la situación. Quizás intuía vagamente el afecto que unía a los gemelos, pero nada más. En todo caso quería alejar a Marina, y no por celos, sino para hacer sufrir a Mario. Así, apenas descubrió, vaya a saberse cómo, las salidas secretas de Marina, pensó haber encontrado la manera de crear la discordia entre los hermanos.

Esa noche, la de su muerte, entró en el comedor con un

resplandor de triunfo en los ojos. Se sentó a la mesa y rechazó la sopa sin pronunciar una palabra. Cuando Honoria le ofreció la bandeja de arroz, empezó a servirse y lentamente, articulando muy bien cada sílaba, anunció que al terminar de comer regresaría a casa de sus padres porque no estaba dispuesta a seguir viviendo en compañía de una puta. Los gemelos se inmovilizaron y Honoria retrocedió con la bandeja. Feliz del efecto que había producido, Cecilia le afirmó a Mario que su hermana era la amante del viudo Góngora. Marina se puso de pie y se dirigió a la sala seguida de Mario. Primero hubo un silencio. Luego llegó hasta el comedor un murmullo de voces sofocadas y como enfurecidas. Aunque Honoria no alcanzaba a entender lo que se decían, le pareció que reñían con desesperación. Pasó el tiempo y Cecilia se fue a dormir. Los gemelos estuvieron encerrados varias horas y, cuando salieron, Honoria advirtió que el perro de la casa le aullaba a la luna. Asustada por aquel presagio se encerró en su cuarto, pero le fue difícil dormirse. Tuvo una pesadilla en la cual creyó oír un ruido de vidrios rotos. Algo la hizo despertar con sobresalto, un vago estertor que venía de la casa. Se puso sus chancletas y atravesó el patio. Lo primero que vio al entrar en la cocina fue la sangre, me diría después, un río de sangre que corría por el piso cubriendo de escarlata los cuadrados negros y blancos de las baldosas. Mario estaba arrodillado junto al cuerpo de Cecilia y le metía en las heridas del vientre los algodones que Marina le pasaba con calma. El, en cambio, parecía trastornado. Le pidió a Honoria que limpiara el piso. Pero Honoria lo pensó mejor y a toda carrera se fue en busca del médico más cercano. Luego, cuando la policía se llevó el cadáver y partieron los últimos curiosos. Honoria cogió un balde y un
trapo y se puso a lavar las baldosas. Le llevó mucho tiempo hacerlo, porque la sangre empezaba a coagularse entre los

intersticios y los zapatos de los policías habían dejado manchas de barro. A las cinco de la madrugada todo estaba limpio y Honoria preparó el café. Llevando en una bandeja la jarra y dos pocilios, caminó en puntillas hasta la sala donde los gemelos se habían retirado. Entreabrió la puerta. Los vio sentados en el sofá, dormidos. La cabeza de Marina reposaba sobre el hombro de Mario y ambos tenían una expresión serena, me dijo Honoria, como si el ángel de la paz los cubriera con sus alas.

EL DÍA DEL CENSO

A Fabio Rodríguez Amaya

Los sentimientos de Gregorio Ribeira eran tan imprevisibles como lo fue el accidente que le costó la vida. A los diecisiete años se había enamorado de Matilde Campo, una amiga nuestra cuya familia había venido a menos, y le hizo una corte apasionada con visitas, ramos de flores y serenatas a medianoche. Todas las tardes, apenas salía del Biffi, Gregorio iba a buscarla en su automóvil y, acompañados de la madre de Matilde, bajaban al centro de la ciudad hasta la Heladería Americana, donde se les veía mirándose en silencio el uno al

otro como si nadie más existiera en el mundo. Los mayores observaban con simpatía a aquella pareja que, respetando las más antiguas tradiciones del noviazgo, daba un buen ejemplo a la juventud. De Matilde no cabía esperar otra cosa: era una de las
mejores alumnas de La Enseñanza y cada año le correspondía el honor de llevar el estandarte del colegio en las procesiones de Semana Santa. Matilde daba la impresión de querer mantenerse en el nivel social que su familia había perdido: se mostraba cortés y discreta, no fumaba ni se maquillaba, y su única debilidad consistía en enarbolar, no sin orgullo, su respeto por las convenciones. Quizás percibía el noviazgo con Gregorio como una recompensa por sus esfuerzos para encamar a la muchacha ideal, la que asistía a misa todos los días y ayudaba a su madre en los trajines domésticos.

De su madre, justamente, Matilde había heredado el gusto por las buenas maneras, pues doña Rosa del Campo había recibido una perfecta educación y sólo la pobreza la llevó a unirse a un hombre de condición inferior a la suya. Desde niña Matilde había captado aquel conflicto y sin vacilaciones tomó el partido de su madre, tratando en lo posible de parecerse a ella: imitaba sus gestos, sus modales distinguidos; se vestía con la misma pulcritud y, al igual que ella, se recogía los cabellos en una trenza destinada a formar un moño. Peinada así parecía tan bella y nostálgica como las abuelas de los daguerrotipos.

El noviazgo no hizo más que acentuar el aspecto juicioso de la personalidad de Matilde. Convencida de que se casaría apenas Gregorio terminara el bachillerato, abandonó los estudios y se puso a arreglar su ajuar de novia. Bordaba cosas muy lindas, sábanas y carpetas y manteles con las iniciales de ambos. Mientras tanto su madre le tejía medias y gorritos para el niño que seguramente tendría después del matrimonio. A Gregorio le encantaban esos preparativos. Su familia era tan

acaudalada como para permitirse el lujo de enviarlo a estudiar a los Estados Unidos acompañado de una esposa y un bebé. A la sorna de sus condiscípulos del Biffi respondía declarando que amaba locamente a Matilde y por nada del mundo aceptaría vivir sin ella. A fin de solemnizar la situación hizo que sus padres pidieran la mano de Matilde y se celebró una ceremonia de compromiso bendecida por el obispo en persona. Yo estaba entre los invitados y nunca antes había visto a Matilde tan serena y feliz: llevaba un hermoso vestido de satín rosado y un collar de perlas regalado por el padre de Gregorio, al parecer signo de mal agüero. Pero Gregorio y Matilde daban la impresión de haber aprisionado el amor: eran tan intensas sus miradas y tan imperiosa su necesidad de estar juntos, que no había cabida para ninguna superstición.

Poco después del compromiso tuvo lugar el censo. Los ciudadanos de todo el país debían permanecer aquel domingo en sus casas con el fin de permitirle conocer al gobierno el número de habitantes de la nación. Las fuerzas del orden habían acudido a los alumnos mayores del Biffi para hacer el censo de las personas de El Prado. A Gregorio y sus amigos les había correspondido nuestro sector y vinieron a vernos poco antes de mediodía. Gregorio, de ordinario locuaz, nos hizo las preguntas correspondientes en voz baja y como cohibido, mirando de soslayo a Eliana, una prima mía llegada la víspera de Miami. La turbación de Gregorio me llamó la atención, pero dejó a mi prima indiferente.

Ella no se parecía en nada a las otras muchachas de su edad. Se vestía con bluyines y mocasines y llevaba el cabello peinado de cualquier modo en una cola de caballo; como a mí, le gustaban los juegos masculinos y habíamos organizado para esa tarde un encuentro de béisbol en el jardín de mi casa. Si la proximidad de la partida excitaba su imaginación, los sentimientos que despertaba en un estudiante desconocido la tenían sin cuidado.

Hacia las dos aparecieron los otros primos y con bates y cachuchas empezamos a jugar. Eliana servía de *pitcher* y tiraba su cuarta pelota cuando cruzó por la calle Gregorio en su Buick color acero, muy despacio y, en apariencia, sin reparar en nosotros. Lo vimos pasar una segunda y una tercera vez. En un momento dado me tocó ir a buscar una pelota que había volado mucho más allá de los límites del jardín y, para mi gran asombro, sorprendí el Buick detenido en el extremo de la calle, tan metálico que bajo la reverberación del sol parecía haber surgido del asfalto. Yo estaba intrigada, pero en ningún instante me vino al espíritu la idea de que Gregorio pudiera interesarse seriamente en mi prima. No era su tipo: demasiado independiente, ajena a los formalismos latinoamericanos, Eliana tenía la desenvoltura de los gringos y su honestidad también. Fue ella la más chocada cuando, apenas terminada la partida de béisbol, Gregorio aparcó su Buick frente al jardín y la invitó a subir al automóvil para hacerle una insensata declaración de amor. Le habló poco de Matilde, a quien describió como una muchacha posesiva que quería a todo precio casarse con él. Le dijo, además, que estaba dispuesto a romper su compromiso esa misma noche y viajar a los Estados Unidos a fin de conocer ;i sus padres y formalizar el nuevo noviazgo. Eliana. que nada sabía de Matilde, parecía bien perpleja: consideraba incorrecto que un hombre se atreviera a hablarle de ese modo cuando no había terminado aún sus relaciones con su novia. Pero Gregorio debía sentirse feliz. Dio en su automóvil varias vueltas alrededor de la casa, pitando alegremente en la esquina y aumentando a cada pasada la velocidad. Molesta, Eliana terminó sugiriendo entrar a refrescarnos con los jugos preparados por mi madre.

Me acuerdo de eso como si fuera ayer: jugábamos a las cartas en el salón cuando de pronto la radio pasó la noticia: Gregorio Ribeira se había matado en un accidente. Sí, en

aquellas calles desiertas por las necesidades del censo, había encontrado la manera de estrellar su Buick contra un poste de electricidad muriendo en el acto. El locutor insistía sobre el hecho de que aparte de los vehículos de las fuerzas del orden, ningún otro automóvil circulaba en la ciudad. Parecía obra del destino, como si estuviera escrito en alguna parte que a Gregorio debía llegarle la hora aquel día preciso, a las cuatro y media de la tarde. Para Matilde, en cambio, las cosas eran muy distintas: el destino se había ensañado contra ella destruyendo su vida. Fui a verla al anochecer y la encontré recostada en su cama mirando fijamente la pared con ojos alucinados. No lloraba, pero tenía los párpados inflamados y enrojecidos. Gotas de sudor le perlaban la frente y una ligera convulsión le estremecía de vez en cuando el cuerpo. Parecía aletargada por un dolor infinito, frente al cual me sentía desarmada. Tenía la impresión de que cualquier palabra de consuelo o de solidaridad resultaría irrisoria. Ante aquel sufrimiento ciego más valía retirarse en puntas de pie y esperar que el tiempo lo mitigara.

Pero el tiempo no arregló nada. Matilde pasó meses enteros encerrada en su cuarto llorando la muerte de Gregorio. Quizá lloraba también por la pérdida de sus proyectos: el bebé, el viaje, la elevación social que el matrimonio le habría procurado. Sólo cuando yo iba a visitarla aceptaba salir al salón, muy pálida y anémica, vestida de luto riguroso. Nuestras conversaciones eran difíciles porque Matilde no se interesaba en mayor cosa y todo lo que de lejos o de cerca aludiera al drama provocaba en ella una crisis de llanto. Hubo un día en que las lágrimas cesaron para dar paso a una expresión sombría y desesperada que no la abandonaría jamás. Matilde no volvió a pisar una iglesia, pero cada domingo iba con su madre al cementerio para poner flores sobre la tumba de Gregorio. Por lo demás, nunca salía, ni al cine, ni a casa de sus amigas.

Rechazaba sistemáticamente las invitaciones que recibía y se negaba a responder al teléfono. Tampoco soportaba la radio, y la música o la voz de los locutores la sumía en un estado de postración. Sus hermanas menores se fueron casando, muy contentas de abandonar aquella casa lóbrega, habitada por la tristeza. Finalmente, su padre murió de una embolia cerebral y a Matilde le tocó buscar un empleo para sostener a su madre. Trabajaba en el almacén de una parienta suya, donde se vendían cosas traídas de San Andrés, muchas veces de contrabando. Allí se la veía, siempre de negro hasta los pies vestida, atendiendo amablemente a los clientes, pero sin perder ese aire trágico que intentaba disimular con lentes negros y una vaga sonrisa. Cada objeto vendido, unos pañales, un cenicero, debía hacerle pensar en el hogar que el accidente de Gregorio había descartado de su vida. Lejos de atenuarse, el recuerdo de sus amores se había vuelto más lacerante con el tiempo. De regreso del trabajo, Matilde releía las cartas que le había escrito, acariciaba los objetos que él le había dado, el anillo de compromiso, una flor ya seca y acartonada. Dormía abrazada a un viejo saco que una vez Gregorio le había prestado para protegerse de la lluvia y, en un rincón del cuarto, sobre una mesa, había una fotografía suya frente a la cual Matilde encendía todas las noches un cirio.

Gregorio se había transformado en su objeto de culto y veneración. Una vez, dejando de lado su reserva, Matilde me confió que cuando se sentía muy triste o muy sola le hablaba a aquel retrato y era como si Gregorio la escuchara. Los pensamientos que entonces cruzaban su mente se le antojaban una respuesta a sus preguntas, un bálsamo a su herida: desde alguna parte Gregorio la protegía y la esperaba para unirse con ella hasta la eternidad. Aunque el drama vivido la había alejado de la religión, Matilde creía sinceramente que las almas de los muertos seguían viviendo en un incierto más allá y por eso

asistía a reuniones de espiritismo. El ánima de Gregorio se manifestaba con frecuencia
suplicándole mantenerse fiel a su recuerdo. Después de cada sesión Matilde se sentía reconfortada, pero durante dos o tres días perdía el apetito y para sostenerse debía llevar al trabajo un termo con agua de panela. Ningún hombre, sin embargo, había intentado hacerle la corte: su vestido negro y su aspecto desencamado como el de una monja envejecida prematuramente en una celda suscitaban más piedad que deseo, y a los cuarenta años sólo conocía del amor el ligero beso cambiado con Gregorio el día de su compromiso.

En esas Eliana volvió a la ciudad a pasar vacaciones, enérgica y feliz, convertida, gracias a su tercer matrimonio, en la propietaria de una fábrica de cosméticos. Su negocio la hacía viajar mucho y conocer personas interesantes. Se tuteaba con todos los directores de revistas de moda del continente y les regalaba sus productos de belleza a las actrices norteamericanas de renombre. Había logrado establecer las relaciones necesarias para triunfar en su carrera. Su vida misma era un símbolo de éxito en esos años de liberación y acceso de las mujeres a puestos de responsabilidad. Rodeada de gentes ricas y dominantes, Eliana difícilmente podía concebir la desdicha. Así, cuando le conté la historia de Matilde, su lindo rostro se contrajo como si viera salir de mis labios una araña. La idea de que Matilde sufriera de aquel modo por un hombre que una hora antes de morir la había traicionado le parecía demente, un delirio del romanticismo latinoamericano que conducía a las mujeres a convertirse siempre en víctimas. Pero dentro de la lógica de Eliana, Matilde no estaba perdida del todo. A los cuarenta años podía comenzar una vida nueva alejándose de sus recuerdos sombríos. Le bastaba dejar la ciudad e instalarse en Miami, por ejemplo, en uno de sus almacenes de cosméticos donde le sería posible salir adelante.

Eliana, que ni siquiera la conocía, quería ayudarla por compasión. Quizás en aquel momento le vino la idea de revelarle a Matilde la verdad. Sin sospechar su reacción, yo le había dado el nombre del almacén donde trabajaba y nada le era más fácil que ir a buscarla a la salida y hablarle de lo ocurrido el día del censo. Así lo hizo. Eliana me contó después cómo Matilde abrió los ojos incrédula, ojos que gradualmente se fueron llenando de lágrimas y de cólera. Le dijo a Eliana que mentía, con voz sofocada, pero algo en mi prima, su manera de mirarla derecho, con lealtad, su diáfana seriedad de gringa incapaz de decir nada distinto de lo que pensaba, la fueron desarmando. Entonces, a pesar de las lágrimas, como el sol que aparece a través de la lluvia, Matilde empezó a reír. Suavemente, primero; luego su risa se volvió dura, estridente, casi con una nota de histeria. Dijo que había sido una tonta, una ingenua, que ahora todo iba a cambiar. Y cuando Eliana le habló de un trabajo en Miami, lo aceptó de inmediato, hizo planes, habló de aprender a ser otra, una nueva Matilde que nadie iba a reconocer.

Tres días después Matilde moría. El médico no pudo determinar la causa de su muerte y, con toda inocencia, Eliana me acompañó a su entierro. Era diciembre y ya se sentía el soplo de las primeras brisas.

LA SOMBRA

A *Jacques*

Y de pronto soy aspirada del hueco profundo de la noche. Un dolor terrible me acongoja. Tengo la impresión de haber

pasado mucho tiempo extraviada en el silencio. Serpenteo el río, giro entre los árboles, las palabras estallan en mi memoria. No sé de dónde vengo ni adónde voy, pero me siento ligera y fluida para enredarme en las lianas y balancear las grandes hojas de las palmeras. Rozo un samán y una lechuza asustada levanta el vuelo; paso a un caobo y sus ramas muertas empiezan a desprenderse. En torbellinos remonto al cielo, mi dolor se calma, en ráfagas desciende hasta la orilla sacudiendo matorrales y breñas secas. Agito los arbustos, remuevo el fango donde se pudren los mangles. Corro erizando las aguas de la ciénaga. Traigo en mí el sabor del mar y toda la arena arrancada a las islas del Caribe. Conmigo cantarán los pájaros y con reflejos de nácar brillarán las mariposas. Quiero quedarme oscilando entre el polvo, pero algo me lleva y me trae, me empuja y me envuelve como si en alguna parte me esperara una memoria.

Junto a mí pasa una garza volando hacia el mar. Trato de acceder a su mente. Me rehúye, la alcanzo. Sus alas cortan el aire con una lenta y rítmica pulsación. Sólo percibe la luz del amanecer como líneas plateadas que se quiebran bifurcándose a su encuentro. Me deja atrás y se pierde, majestuosa y serena, en los confines del río. Un olor antiguo me devuelve a la ciénaga, vuelvo a deslizarme entre los árboles, escucho un instante el murmullo de sus hojas, los oscuros sonidos que salen de sus troncos. Y otra vez avanzo hacia el caño sacudiendo las aguas mientras a lo lejos se perfila la silueta de una ciudad. Mi dolor renace. ¿Por qué la tristeza me invade así? Yo no quisiera planear sobre este mercado de sórdido aspecto, ni contemplar los tejados de esos sucios edificios, pero sigo volando contra mi deseo, y bajo y subo, y de repente y con asombro me descubro en la plaza de San Nicolás. Ahora sé quién soy: fui Ana María Alvarado, esposa de Fernando Casola; fui la madre de Cristina, mi hija querida, cuánto la lloré. Nada ni nadie

pudieron consolarme de su pérdida, y arrastré su luto hasta el fin de mis días: oculto, replegado en el fondo de mi corazón: para cumplir la promesa que me arrancó muriendo: que su hija no conociera jamás la nostalgia de su ausencia. Busco la mansión donde se apagó Cristina, la casa de su marido, el doctor Peredes. Recorriendo los barrios pobres, subo la Avenida de Olaya Herrera y al llegar al Hotel del Prado la diviso: ligera como un suspiro sin eco, como una queja olvidada irrumpo en sus galerías. Ahora empiezo a saber quién pensó en mí: mi nieta Adriana, esa jamás me olvidará.

Entro en su cuarto y la Lulú advierte mi presencia. La veo dormida, la cabeza ladeada sobre la almohada, con esa expresión que tenía de niña cuando se adormecía entre mis brazos. Me acerco a ella: le tiembla un párpado como si una pesadilla le maltratara el alma. Penetro en su sueño: construye de nuevo esa mansión extraña, rodeada de seres invisibles que obedecen a sus órdenes levantando muros, formando lagos, creando de la nada flores de colores inauditos. Siempre me hablaba de esos colores venidos de otros mundos y de la casa que estaba en escombros cuando la encontró en su sueño por primera vez. Ahora todo se halla limpio, los pisos encerados, el jardín crepitando de almendros y acacias que elevan sus hojas verdes y brillantes hasta el cielo. De pronto un muro se desploma, peregrinos caminan sin advertir que han olvidado a alguien. Como formada por puntos de luz aparece la figura de una muchacha agitando los brazos en la playa: su angustia pasa a Adriana: todos la han abandonado, salvo la Lulú, cuyo calor siente contra su cuerpo. Aún dormida coloca una mano sobre el hocico de la perra. Salgo de su sueño y de su cuarto agitando ligeramente las cortinas.

Cuán desierta parece la casa, cuán abandonada a la buena de Dios. Sobre los muros la humedad ha dejado manchas verdes, del cielo raso avanzan las líneas negras del comején. Aquí

nadie ha sacudido el polvo desde hace mucho tiempo ni pasado una mano de pintura. Quieta está la mecedora de mimbre en la cual el doctor Peredes se sentaba cada amanecer a imaginar los capítulos del libro que nunca escribió. Inmóvil está, y vacío su cuarto de eremita. Sólo su biblioteca, frente a la austera cama de lona, ha sido limpiada por añoranza. Ahí veo sus autores griegos alineados en riguroso orden y esa enciclopedia inglesa que alguna vez le regalé. Los heléchos del patio interior han crecido hasta agrietar las materas, un murciélago vuela huyendo de la luz y, buscando el sol, las primeras lagartijas se aventuran por las baldosas. En las dependencias del servicio encuentro a Dionisia planchando un delantal blanco. Respira con dificultad. Mi pobre Dionisia, qué cansada se ve, ya no está para tantos trajines y emociones. Ruedo a su espíritu y corro los velos de su dolor: recuerda la mal iluminada terraza del jardín, el punto rojo de un cigarrillo en la oscuridad y de pronto, como un flash, le llega la imagen de Adriana llorando sobre su hombro. Gotas de láudano le puso anoche en el jugo de tamarindo. Ojalá que a mi nieta no me la envenene.

A mí estuvo a punto de matarme con sus filtros, pero me trajo a la razón. Diez días pasé durmiendo y atontados quedaron los demonios de mi delirio. Loca estuve cuando murió Cristina, loca me volví. Lloré sin parar acurrucada como un feto, rechazando esa verdad intolerable hasta arrancarla de mi memoria, hasta regresar a la época en que Cristina era muy niña y nunca había danzado. Qué alegría poder verla otra vez, jugar con ella. De mi felicidad me sacaron los menjurjes de Dionisia: apenas me despertaba y antes de hacerme beber una nueva pócima, oía su voz murmurando en mi oído la misma letanía: Cristina se fue, usted debe ocuparse de su nieta. Vencida, terminé admitiendo que mi dolor formaba parte de mi destino. Me había casado con Femando a sabiendas de que estaba enfermo y de que sólo aceptaba vivir en Europa. Y, en

realidad, Cristina fue más su hija que la mía.

El destino: nunca hallé palabras para definirlo. Yo simplemente adivinaba una relación ineluctable entre los hechos, el pasado explicaba el presente y el presente contenía en sí el futuro. Frente a un acontecimiento cualquiera me bastaba cerrar los ojos y acordarme: una imagen venida por aquí, una frase captada por allá, y poco a poco se perfilaban las causas que lo habían determinado como convergen en el centro los radios de una rueda. El problema es que los radios son rectos, y si ese orden de líneas bien trazadas me convenía a mí, Fernando y Cristina daban la impresión de trascenderlo, alcanzando una comprensión de las cosas muy distinta de la mía. Nunca me lo dijeron, naturalmente, pero ¿cómo explicar la complicidad que se creó entre ambos y de la cual yo fui excluida? Ellos tenían un universo común, poblado de sombras y matices, y parecían guardar la memoria de un pasado muy remoto. Eran hijos de la noche, sacerdotes de dioses olvidados, mensajeros de mundos desconocidos. Eran ajenos a la vida e indiferentes a todo cuanto yo podía ofrecerles. En esa pulsación de sensaciones no había nada recto, la línea recta es invención del hombre. Sí, mi destino quedó sellado cuando me enamoré de Fernando. De lo contrario Cristina habría nacido diferente y por nada del mundo yo me hubiese ido a Europa a soportar los fríos de esos días tan oscuros, de esas gentes incapaces de reír.

Cristina tampoco sabía reír. Iba a buscarla a la ópera cada día temiendo que me hubiera olvidado, que durante esas horas de trabajo intenso, de ejercicios repetidos una y mil veces, mi imagen hubiese huido de su memoria. Tenía miedo de que al salir a la calle, con su diminuto abrigo y su manguito blanco, pasara a mi lado sin reconocerme. La muerte de Femando la había vuelto distante, el ballet la alejaba de mí. Hubo un tiempo en el cual me escuchaba interesada, sondeando mi

espíritu para captar lo que él podía darle, mis anécdotas y reflexiones expresadas en un idioma que ya no era el suyo. Después, y a pesar de su infinita cortesía, dejó de prestarles atención a mis historias. Un día me di cuenta: adivinaba mis frases antes de oírmelas formular, comprendía mis pensamientos cuando yo no había logrado todavía ordenarlos en mi mente. A medida que crecía su inteligencia, la separaba de mí y para no causarme pena intentaba ocultármelo. En el fondo me quería. Así lo sentí, así lo acepté. Tenía el ballet, sus triunfos, su consagración. Nadie había interpretado mejor a Giselle cuando danzó como primera bailarina de la ópera de París. Había en sus movimientos la ligereza de un ave subiendo al cielo para convertirse en nube, el fugitivo estremecimiento de aguas rozadas por una lluvia invisible. Como yo, los espectadores se sintieron en presencia del milagro. Estallaron en aplausos de veneración y reconocimiento. Con sus manos de alga y su cuerpo de encaje, Cristina les había ofrecido la efímera expresión de la belleza. Al día siguiente conoció al doctor Peredes y empezó mi calvario. Ella, tan fina y sensible, se dejó enredar en los espejismos del amor sin advertir el terrible egoísmo que habitaba el corazón de ese hombre. Llamaba pasión a sus celos; su vanidad le parecía altivez. Y de una concesión a otra se fue despojando de su ambición hasta casarse con él y renunciar a su carrera. No me oyó, no quiso escucharme. Se la sentía embriagada de felicidad. Creía haber atrapado el mundo en el justo momento en que acababa de perderlo. Aquí nos instalamos, en esta ciudad de pesadumbre. Aquí se despertó de su sueño. Pero ya era tarde. Tres años de sumisión y desidia le habían quebrado la voluntad. En el vértigo del fracaso se negó a volver a Europa para recomenzar una carrera que había dejado a la deriva. Y entonces se enfermó. Una noche entré en su cuarto y la encontré volando de fiebre, terriblemente cansada. La acompañé a visitar al

médico y me quedé en la sala de espera combatiendo el terror como un gladiador desarmado a quien sólo le queda un escudo para defenderse. Nada me dijo, ni a mí ni a nadie. Hacía mucho tiempo que me había vedado el acceso a los secretos de su alma. Vine a conocer el nombre de su enfermedad cuando nació Adriana, la hija que tuvo a sabiendas de que engendrar la vida le causaría la muerte. Pero yo, ¿por qué no pensó en mí? Yo la quería tanto, yo iba a desgarrarme de dolor, ay, Cristina, ni siquiera tu hija pudo remplazarte en mi corazón.

Regreso al cuarto donde Adriana duerme y rasguño las puertas de su memoria. Anoche lloró. Giro entre las serpentinas del tiempo y la veo recibiendo un diploma con la garganta anudada de angustia. La cara de un hombre comienza a precisarse. Tiene el cabello rubio y la exaltada mirada de los eternos adolescentes. Se pretende poeta, pero escribe poco y habla con profusión de teorías filosóficas cuyo contenido no ha asimilado. Adriana lo sabe. Más de mil veces ha oído sus enfáticos discursos sin atreverse a intervenir ni a hacerle notar que le atribuye a Kierkegaard una noción de Heidegger. Teme su agresividad, tiene miedo de perderlo. ¿Cómo es posible que Adriana se haya apocado tanto? Yo misma la eduqué, yo seleccioné sus lecturas hasta hacerle comprender la complejidad de la vida y cuán inútiles son los esfuerzos de limitarla a conceptos encerrados en botellas de vidrio. Le enseñé el respeto de sí misma, le di aire para que respirara a fondo y fuera lejos. El hombre de los cabellos rubios es un niño mimado, un señorito estéril. Anoche la puso ante el dilema de casarse con él, abandonando sus proyectos de trabajo, o quedarse sola.

Adriana no debe perder su rumbo. Qué de penas me procuró de niña, qué difícil me resultó desprenderla de ese mundo disparatado en el cual se extraviaba viajando por el caleidoscopio del tiempo hasta robarle sus secretos al pasado.

Cuántas veces encontré su cuerpo yerto, sus pupilas vacías de expresión y corrí a buscar una manta para cubrirla. Cuántas veces me habló de dos lunas girando aire-
dedor de un planeta, de multitudes aterradas contemplando un cielo encendido en llamas y arrojando piedras de fuego que sembraban la desolación. Me describía acontecimientos ocurridos en otros universos, conocía la posición de estrellas imposibles de descubrir con la vista. Mucho me costó desbaratar sus visiones, limitarla a la simple experiencia humana, a esa lógica que ahora expresa construyendo en sus sueños una casa y cuya cohesión mantendrá mientras se aferre a la realidad y tenga un oficio que la ocupe.

Entre el sueño y la vigilia hay un tiempo en que dos pájaros vuelan en direcciones opuestas dejándole paso a la lucidez. Espero su aparición escondida en el espíritu de Adriana. Cuando llega subo por los hilos de su pensamiento y le proyecto la imagen de lo que podría ser ella misma dentro de veinte años. Aun dormida la siento estremecerse: al final de un camino en el que todas las piedras son iguales, una mujer anestesiada y un poco triste, que exalta la maternidad y se aburre en silencio, ha perdido sus ilusiones y a duras penas se reconoce una identidad. Ya no lee, ni piensa, ni tiene argumentos para discutirle al hombre de los cabellos rubios. Adriana se acuerda de mis recuerdos y adivina que su madre la trajo al mundo para morir. Se despierta con sobresalto, pero un momento después se calma pensando en sus libros de derecho, en el despacho y los clientes que heredó de su padre y, poco a poco, siente que una paz interior le invade el alma.

La brisa me recupera, me empuja hacia los salones, recorro terrazas y galerías, salgo a la calle por la hendija de una puerta. El sol ha secado las gotas de rocío y los arbustos se agitan sacudiéndose el polvo, ofuscados de calor. Un resplandor dorado ilumina el cielo. Acaricio los rojos pétalos de las

cayenas, me sumerjo en las flores blancas de un alhelí. Oigo un toque de clarines y ruido de camiones. Rondo por el jardín encrespando coquitos y malas hierbas. Dos caracoles avanzan por las rugosas piedras de la paredilla, hormigas negras se afanan transportando diminutas hojas verdes. No sé muy bien quién soy, pero me dejo llevar por el aire y convertida en granos de arena busco refugio entre las ramas del caobo que sembré cuando vine a vivir aquí. Las sombras me protegen, la oscuridad regresa, creo que alguna vez lloré la muerte de alguien y quedé para siempre envuelta en brumas de nostalgia.

EL PERRITO

A Jacques

El perrito lo miró a través de la vitrina del almacén, alzó las orejas, agitó la cola. Saltando de alegría torció el cuello hacia atrás y dio una vuelta entera. Feliz de su hazaña, quiso repetir el movimiento, pero las paticas le fallaron y cayó al suelo. Se levantó sacudiendo la cabeza como si estuviera pringado de agua. Brincó otra vez y haciendo una pirueta vino a pegar su hociquillo sobre el vidrio. Volvió a mirarlo.

Desde el sardinel, Esteban Henríquez lo observaba divertido. No era muy dado a la introspección, pero tenía conciencia de que hacía mucho tiempo no había sentido tanta simpatía por alguien. Los ojos del cachorro, vivaces y cándidos, le recordaban los de su perra Nona, el único animal que tuvo en su infancia. Nona era lanuda y se acostaba a sus pies mientras hacía sus tareas. Le parecía verla de nuevo, una mancha blanca sobre el piso mugriento. Con el billete que su tío Rafael le daba los domingos, le compraba golosinas. Cada día gastaba diez

centavos en bombones que guardaba en el bolsillo del uniforme vacilando entre comérselos, porque vivía acosado por el hambre, o llevárselos a Nona al atardecer. Regresando del colegio cortaba los bombones en pedacitos que luego colocaba sobre el suelo en línea recta: un trozo para él, otro para ella. Y Nona sabía perfectamente cuándo le tocaba el turno de comerse su porción: si él se demoraba a propósito en coger su parte, gemía pasándose la lengua por el hocico. Era su mejor amigo, casi su confidente. Más de una vez había llorado hundiendo la cabeza en su pelaje.

Esteban Henríquez sintió una ligera crispación bajo el párpado izquierdo. Detestaba evocar su infancia. Odiaba más aún acordarse del día en que al llegar del colegio encontró la casa vacía: su madre había botado a Nona. Sin advertirle, sin darle explicaciones, sin decir siquiera dónde la había abandonado. Eso nunca se lo perdonó. Todavía ahora, cuarenta años después, no encontraba excusa a su comportamiento. Su madre era áspera, con la expresión obtusa de una María Luisa de Goya. Creía que tenía sobre él todos los derechos del mundo. Pero se liberó de ella. Y en buena parte para liberarse de ella y olvidarse del pasado había venido a París, se había convertido en un pintor célebre, el más importante de su generación.

Esteban Henríquez respiró hondo el aire frío de la mañana. Un camión de carga pasaba lentamente por la calle de la Tombe Issoire. Al frente de la acera estaba el laboratorio de radiografías de donde había salido unos minutos antes contento de saber que su columna vertebral se encontraba en buen estado. Se trataba de un examen de rutina, ordenado por su médico de siempre, el mismo que lo atendía desde años atrás sin cobrarle mayor cosa, cuando era un pobre pintor recién llegado a París y lavaba los pisos de la Samaritana para poderse comprar lienzos y pinceles. En realidad le tenía más confianza

al famoso especialista que veía en Nueva York, pero los consejos del doctor Ducroix se revelaban eficaces y los terribles dolores que lo tumbaban a la cama no le habían vuelto desde hacía años.

Así, pues, todo estaba bien y esa noche saldría con Beatrice, la bonita mujer que había conocido el domingo anterior en la mansión de los d'Aubreil. Era la primera vez que lo invitaban y la primera vez, creyó entender, que recibían a un latinoamericano. No le sorprendía. Los d'Aubreil no pertenecían a esa nobleza salida del Imperio que toleraba a los artistas de moda y que se mantenía a flote gracias a alianzas matrimoniales con herederos de industriales ricos, pero de orígenes dudosos. No. Los d'Aubreil eran duques y pares de Francia y tenían una fortuna considerable constituida por hectáreas de bosques que lograron preservar de los desafueros revolucionarios. Se había sentido muy bien en aquella residencia suntuosa de Saint- Ger- main-en-Laye. Había un cuadro suyo en e] gran comedor, una naturaleza muerta de su época figurativa. A lo mejor los d'Aubreil lo habían colgado la víspera en su honor, porque eran absolutamente encantadores. Pero algo le había hecho sentirse incómodo, ajeno a ese mundo. Fue cuando un grupo de jóvenes entró al salón en compañía de tres perros, con el aire despreocupado y feliz de las personas que saben que el mundo les pertenece. Entonces la conversación cambió de rumbo. De catedrales y monumentos románicos empezaron a hablar de cacería. Uno de los perros tenía una pata vendada, se había herido persiguiendo a un ciervo, le dijeron. De repente había vuelto a abrirse el abismo que lo separaba a él de los d'Aubreil. Pues no sabía nada de partidas de caza, ni de bosques, ni de fusiles. Guardó un silencio precavido prometiéndose comprar libros que trataran del asunto. Algún día cazaría con los d'Aubreil y nada le disgustaba tanto como pasar por ignorante.

El perrito seguía mirándolo del otro lado de la vitrina. Cuando advirtió que se fijaba en él, batió la cola y con una pata arañó el vidrio. Movido por un impulso incomprensible, Esteban Henriquez entró en el almacén y encontró la cara redonda y sonriente del propietario. Al instante se sintió incómodo, pues le pareció que aquel hombre había estado esperando su reacción desde el principio, como si el perrito fuera un anzuelo. Pero ahora no podía retroceder.

—¿Es un sabueso? —preguntó cohibido a su pesar.

—El señor es un experto en la materia —dijo el hombre sin dejar de sonreír—. Aquí tiene usted a un Bleu de Gascogne —añadió sacando al perrito de la jaula y ofreciéndoselo.

Esteban Henríquez lo tomó entre sus manos y se sintió invadido por una cálida impresión de bienestar. Aquel perrito de manchas grises y ojos brillantes era suyo. Le agradó saber que costaba cinco mil francos y tenía un importante linaje. Es hijo de un campeón, le dijo el hombre de la cara redonda mostrándole un documento verde en el cual figuraban los nombres de los antepasados del cachorro.

Cuando regresó a su apartamento, Esteban Henríquez estaba seguro de que había sido un acierto haberlo comprado. Se levantaría temprano para sacarlo de paseo y así haría un poco de ejercicio. Viajarían juntos. Irían a cazar con los d'Aubreil. Pero esas consideraciones se extraviaban en el secreto sentimiento de felicidad que experimentaba viendo correr al perrito de un lado a otro sobre los tapices o acercándose a él para pedirle una caricia. Era una impresión nueva, de estar acompañado, de compartir el tiempo, que vagamente le recordaba lo que sentía cuando vivía con Isabel. Entonces eran pobres e Isabel trabajaba como sirvienta a cambio del cuartucho donde habitaban; y le posaba a él en sus horas libres; y se ocupaba de las faenas domésticas. Esperaban el milagro: que su talento fuera reconocido y sus telas se vendieran. Se

había prometido a sí mismo que algún día le daría el mundo entero. Pero cuando el milagro ocurrió, dejó de amarla. Lentamente una perpleja frialdad se fue deslizando en su corazón. No tenía necesidad de ella, una sirvienta podía remplazaría. Le parecía tonto seguir viviendo a su lado si tantas mujeres bellas se le ofrecían. Además Isabel, aunque de buena familia, desdeñaba la vida mundana y se reía de sus deseos de frecuentar a los aristócratas europeos y a la gente del *jet-set.* Eso lo ponía a él de mal humor. Como le disgustaba verla tan mal vestida en las fiestas que empezaban a ofrecer en honor suyo. Siempre con el mismo sastre marrón que él le había comprado en Rodier aprovechando una temporada de rebajas. Años después, descubriendo cuánto le costaba vestir a sus amantes, comprendió que Isabel no había tenido los medios de lucir mejor. Pero ya era tarde. Se había desembarazado de ella regalándole dos cuadros para que se pudiera instalar en Bogotá. De todos modos, aun si le hubiese dado dinero Isabel nunca habría estado a la altura de las otras. Desconocía el arte de la seducción y los encantos del artificio. Con su manía de trenzarse el cabello parecía horriblemente latinoamericana. A él le resultaba incómodo presentarla a sus nuevos amigos cuando asistía a sus exposiciones. Un día no pudo aguantarla más y la puso en la calle, literalmente la botó a la calle con cien dólares, los dos cuadros y un pasaje de avión. Y todo fue diferente. A los seis meses compraba el magnífico apartamento en el que ahora vivía y su pintura se volvió abstracta. Le pasó, creyó entonces, lo peor que podía ocurrirle a un pintor. Dejó de interesarse en los objetos, en los volúmenes, en las formas. Allí donde antes veía un hombre, percibía una línea, y lo que era un fruto se convertía en curva. Ya no le importaban los juegos de la perspectiva ni los matices de la luz, sólo el color. Tenía miedo de que sus galeristas lo abandonaran y los críticos le cayeran encima descubriendo su impotencia. Pero fue todo lo

contrario. Hablaron de evolución maravillosa, de la creación de un mágico sistema de signos que le daba un orden al universo. Hablaron de la proyección pictórica de un mito destinado a revelar la vacuidad de la existencia, y otros utilizaron palabras cuyo sentido él desconocía y que ni siquiera consultando un diccionario pudo descifrar. En todo caso sus cuadros empezaron a venderse a precios exorbitantes y él entró de lleno en el dorado mundo de los millonarios. Debió rechazar invitaciones reforzando su disciplina de siempre y ahuyentando lagartos y periodistas insignificantes. Dejó de ver a los pintores que antes frecuentaba. Se negó a dar entrevistas. ¿Qué podía decir cuando los críticos de *Art News* comparaban sus telas con catedrales del tiempo convertidas en abstracción lírica? Nada, mejor callarse y cultivar una imagen de creador enigmático. Al principio lo hizo por miedo de revelar su ignorancia, luego descubrió que el silencio le otorgaba un aura de intelectual sumido en una reflexión profunda sobre las cosas de la vida. Pero no tenía la impresión de ser un farsante. Se entregaba de lleno a su trabajo y, salvo los fines de semana, pintaba desde el comienzo del día hasta las diez de la noche. Cualesquiera fuesen los comentarios de la prensa, los cuadros expresaban sus emociones más íntimas y el arte abstracto le permitía ir más allá de la realidad para fijar la impresión que los acontecimientos le dejaban en el alma. Era entonces demasiado emotivo y todo lo que le producía turbación terminaba estallando en colores sobre el lienzo. Fue una época maravillosa. Los críticos lo ensalzaban y él se sentía en perfecta armonía con la vida. Nunca había pintado mejor.

Con los años se fue insensibilizando. A su alrededor sólo encontraba mujeres interesadas, hombres ávidos de poder y de dinero. Ni siquiera pedía que lo quisieran. Creía que seducía porque era guapo y sabía hacer el amor cuando sus conquistas se limitaban a ver en él a un pintor célebre que podía invitarlas

a los lugares de moda, llevarlas a viajar y regalarles cosas de valor. A veces lo utilizaban como estribo para aprovecharse de sus relaciones. Sus amigos eran cínicos y pensaban que todo podía comprarse. Terminó aceptando sus juicios, compartiendo sus opiniones, y al cabo del tiempo perdió la facultad de experimentar la menor emoción. Llegó a temer que esa ausencia de sentimientos se reflejara de algún modo en su pintura, disminuyendo su calidad, pero ya había alcanzado tanta reputación y conocía tan bien el oficio que nadie advirtió el cambio. Sólo él sabía que se repetía, que sus fastuosos azules y sus líneas negras trazadas con diestras pinceladas aquí o allá no contenían ningún significado. Eran cuadros decorativos que no le exigían batallas de reflexión ni la angustia de sacar de la nada un dibujo capaz de expresar sus sensaciones. Contra lo esperado, esas telas sin alma empezaron a venderse mejor que las otras, como si la gente se sintiera más tranquila colocando en un salón un cuadro anodino, desprovisto de pasión.

También su vida se volvió una repetición continua. Después del atractivo de la conquista, las mujeres le parecían iguales en la cama. Hasta evitaba pronunciar sus nombres por temor a equivocarse. Su lasitud y un desprecio inconfesado lo llevaban a hacerles el amor de cualquier modo. Poco le importaba que se sintieran insatisfechas, otras vendrían a remplazarías. Queriendo escapar del hastío buscó emociones diferentes. Entre la nube de sus admiradoras había muchachas que necesitaban dinero para comprarse la cocaína sin la cual caerían en la desesperación. El las llevaba a Holanda, prudencia obliga, y les hacía sujetarse un falo artificial para que ellas lo penetraran. Eso lo excitaba aguijoneando su libido que sin saber por qué empezaba a adormecerse. Pero hasta eso terminó aburriéndolo.

Ahora vivía acorralado por el miedo de volverse impotente y con más frecuencia acompañaba a una mujer a su casa después

de cenar adoptando una actitud caballeresca. Ellas se desconcertaban creyendo que no habían logrado despertar su interés y lo perseguían con esquelas y llamadas telefónicas. Las más tontas lo imaginaban romántico. Corrió la voz de que era un hombre inconquistable y todas las mujeres que encontraba en las recepciones hacían lo imposible por seducirlo. A veces el mundo se le antojaba un tejido de equivocaciones. Sus cuadros carecían de verdad y los críticos se postraban a sus pies, su virilidad moría y las mujeres lo adoraban.

Hacía poco tiempo Esteban Henríquez había intentado salir de su indiferencia afectiva buscando situaciones capaces de conmoverlo. Viajó por el mundo entero y no encontró nada. Ni los niños agonizantes de Biafra, ni las pequeñas prostitutas de Bogotá, ni las multitudes famélicas de Calcuta le habían producido la menor impresión. Tampoco los magníficos paisajes descubiertos a lo largo de su viaje habían despertado su curiosidad. Pero al volver a París se enteró de que Joaquín Pizarro, su mejor fotógrafo y uno de sus pocos amigos, estaba enfermo de cáncer y corrió a verlo al hospital. Lo encontró en una sala común, macilento y sin fuerzas, un esqueleto y dos ojos desorbitados tratando ansiosamente de respirar el aire que sus pulmones carcomidos no alcanzaban a recoger. Esteban Henríquez sintió pánico. Comprendió al instante que lo mismo podía ocurrirle a él y por primera vez pensó en los horribles preámbulos de la muerte. Decidió que Joaquín no debía quedarse allí, mal atendido por enfermeras apresuradas, en medio de tanta promiscuidad, y lo hizo trasladar al Hospital Americano pagando de su propio bolsillo los gastos ocasionados por un cuarto privado con televisión y flores y un pedacito de jardín a través de la ventana. Iba a visitar a Joaquín todos los días. Con espanto comprobaba los estragos cada vez mayores provocados por la enfermedad y con secreta vergüenza descubría que su pintura recobraba la exaltación de

antes, pues el sufrimiento de Joaquín le sugería dimensiones inexploradas y un milagro de fulgurantes rojos que expresaban el paroxismo de su miedo. La lenta y atroz agonía de Joaquín le permitió realizar sesenta telas que se expusieron en la Marlborough Gallery de Nueva York y despertaron el apasionado fervor de los críticos.

Cuando Joaquín murió, el sentimiento de culpabilidad que le produjo haber utilizado su dolor volvió a darles a sus cuadros un contenido emocional. Por primera vez utilizó ocres y verdes un poco sombríos, explorando nuevos horizontes entre cascadas de curvas y un frenesí de manchas que devoraban el espacio de los lienzos. Pero al cabo del tiempo su desinterés regresó y cada nuevo cuadro volvió a ser la simple copia del anterior. Ya no inventaba nada ni les encontraba gusto a las cosas. Le interesaba vender, únicamente. Cuando alguien compraba una obra suya tenía al fin la impresión de existir. Necesitaba los elogios como Joaquín buscaba el aire, con desesperación, y se había vuelto sensible a la opinión de los críticos que antes despreciaba. Había movido cielo y tierra hasta impedir que la revista *Omega* le diera trabajo a un periodística miserable que lo trató de decadente. Para algo debía servir el poder. Pero nada lo halagaba tanto como observar la deslumbrada expresión de los coleccionistas cuando él les mostraba sus cuadros.

Esa tarde esperaba a los Van der Castel, una pareja de millonarios interesada en su obra. Llegarían hacia las seis y todo estaba ya listo para recibirlos. Su mayordomo, Antonio, serviría la champaña y las picadas encargadas a Fauchon. Había rosas amarillas en los jarrones. El apartamento se veía muy blanco. Temprano en la mañana la esposa de Antonio había limpiado a fondo y él mismo pasó el aspirador en su taller. La ceremonia se realizaría como siempre. Primero unas copas para que los Van der Castel se sintieran cómodos, y

enseguida la visita del taller donde había puesto los cuadros de cara a las paredes. El conocía de sobra a los coleccionistas. Tocaba impresionarlos, mostrarles una tela, ocultarla, enseñarles otra y así crear la expectativa sin dejarles imaginar que estaba apresurado. De ninguna manera debían sentirse en un bazar ojeando mercancías colocadas a su disposición. Cada cuadro era úpico, con su propia personalidad, y mirarlo era un privilegio. Había, también, que evitar todo cuanto pudiera distraer su atención. Entonces pensó en el perrito y se prometió encerrarlo en su cuarto apenas sonara el timbre anunciando la llegada de los Van der Castel.

Después de juguetear por el apartamento, el perrito se había dormido en el sofá. Así acostado parecía indefenso, y como era pequeñito daba la impresión de ser muy frágil y de estar a merced de los caprichos de cualquiera. Adivinando la hostilidad que despertaba en Antonio y su mujer, Esteban Henríquez los había hecho venir para decirles que si algo le ocurría al cachorro prescindiría al instante de sus servicios. Perder a un mayordomo tan eficaz y discreto como Antonio presentaba inconvenientes, pero la inocencia del perrito despertaba en Esteban Henriquez el deseo de protegerlo. Algo parecido le había ocurrido durante años con Isabel, que no tenía armas para defenderse del mundo. La menor agresión la tumbaba al suelo. Qué de veces la había encontrado llorando porque un empleado del correo la había insultado o un infeliz la había perseguido en el metro. Sin contar con las humillaciones que le infligía la mujer a quien le limpiaba el apartamento por el cuartico donde vivían y donde él podía pintar. Una noche la mujer ofreció una comida y a Isabel le tocó servir la mesa con un delantal. Regresó con lágrimas. No le importó atender a los invitados, pero verse obligada a ponerse un delantal y soportar la arrogancia de la mujer, contenta de mostrar a su sirvienta, la hizo sentir desdichada. Y

todo eso lo había aguantado por él, porque lo amaba y quería ayudarlo a salir adelante. Ahora Isabel residía en un barrio pobre de Bogotá, con un empleo que a duras penas le permitía vivir. De repente Esteban Henríquez tuvo la impresión de haber sido, si no injusto, al menos desagradecido. Y eso lo molestó. Pensó en lo que dirían sus biógrafos cuando comentaran el período de Isabel. Sin embargo, todavía tenía tiempo de hacer algo por ella: comprarle un apartamento decente, por ejemplo, y hasta un automóvil. En un directorio había anotado su número de teléfono, que alguna vez Joaquín le había dado. La llamaría a las siete de la noche, cuando los Van der Castel se hubieran ido y antes de la llegada de Beatrice. Oprimió el timbre interior y enseguida apareció Antonio. Recuérdeme llamar a las siete a Bogotá, le dijo. Al momento se sintió mejor, como si una nube se alejara de su mente, y seguido del perrito entró en su taller.

La víspera había comenzado a trabajar una tela que de sólo mirarla se le antojó caótica y sin contenido. Cubrió el lienzo de azul. Al instante visualizó mentalmente un conjunto de líneas a través de las cuales se reflejaba la paz interior que ahora invadía su espíritu. Pintó con energía y dos horas después el cuadro estaba terminado. Estornudando por las emanaciones de la pintura, el perrito se había echado junto a la puerta. Parecía más bien contento cuando lo siguió al salón, justo en el momento en que el timbre anunció la visita de los Van der Castel. Esteban Henríquez se apresuró a meterlo en su cuarto.

Los Van der Castel poseían una importante colección de pintura moderna. Desde el principio Esteban Henríquez comprendió que era la esposa quien decidía y se puso en guardia. Las mujeres ricas tenían la ventaja de no discutir los precios, pero tardaban para decidirse y se mostraban volubles. Querían ver una y otra vez los cuadros, pensaban en el efecto que haría la tela colocada en su salón. Hacían preguntas idiotas

y lo llamaban maestro, sobre todo si habían pasado la cincuentena, como la señora Van der Castel. A esa edad se imaginaban que todo les estaba permitido. Necias, dominantes, imponiendo con secreta rabia el poder que les servía de compensación, podían dar al traste con una venta.

Pasaron al taller y Esteban Henríquez descubrió, no sin asombro, que la señora Van der Castel era menos tonta de lo que imaginaba. Observaba las telas con ojo perspicaz, haciendo comentarios amables, pero un poco reticentes. No estaba ni remotamente impresionada. Dos veces le preguntó si no tenía otros cuadros con temas diferentes, haciéndole sentirse un impostor. De pronto se fijó en el lienzo que acababa de pintar.

—Ese —dijo señalándolo—. Me gustaría comprar ese.

Esteban Henríquez hizo un esfuerzo para controlar la ira que le daba sentirse desenmascarado.

—No lo he terminado aún —dijo—. Ni siquiera está seco.

—Se lo compramos de todas maneras —intervino el señor Van der Castel—. Mientras tanto podríamos adquirir otro, el tercero que nos mostró, por ejemplo.

—Excelente idea —dijo la esposa—. ¿Le molestaría que lo viéramos de nuevo?

En ese momento el perrito empezó a aullar. Esteban Henríquez se maldijo a sí mismo por no haber cerrado la puerta que comunicaba el apartamento con el taller.

—¿Tiene usted un perrito? —preguntó la señora.

—Sí, reposa en mi cuarto —explicó Esteban Henríquez embarazado.

—A los perros no les gusta sentirse solos, sobre todo cuando son pequeños —dijo la señora Van der Castel como si le hiciera un reproche.

—Puede sacarlo —añadió el marido—. A nosotros nos encantan los animales.

Por miedo de que lo juzgaran mal, Esteban Henriquez se vio

obligado a buscar al cachorro que aullaba cada vez más fuerte. Y, por supuesto, los Van der Castel se fascinaron con el animalito. Lo acariciaron, admiraron sus monerías y se fueron sin haberle comprado ningún cuadro.

Cuando cerró la puerta tras ellos, Esteban Henriquez sintió odio por el perrito. Olía mal. Había orinado en la alfombra de su cuarto. Pero, sobre todo, le había hecho perder una venta. Llamó a Antonio y le ordenó que lo botara a la calle.

—Está tatuado —le hizo notar Antonio—. Si lo encuentran vendrán a traérselo.

—Mañana es su día de asueto. Coja el Rolls y déjelo en cualquier bosque.

Antonio sacó el perrito del apartamento decidiendo que se lo llevaría a un amigo suyo. A las siete regresó para recordarle a Esteban Henriquez la llamada a Bogotá, pero lo vio tan sombrío, tan pálido y hosco, que no se atrevió a decirle nada.

LA PEREGRINA

A Juan Goytisolo

Desde la muerte de tío Luis, un frío de mausoleo ensombrecía los salones del palacio. Ana Victoria había visto a su madre sacar las reliquias medievales compradas por sus mayores cuando en corazas relucientes recorrían el mundo para combatir al moro y defender la cristiandad. Armaduras colgaban ahora de las paredes, y en los corredores, otrora austeros, fulguraban cascos de penachos insolentes y lanzas que muchas muertes habían causado. Los Murillos de los salones se volvían más piadosos, los Velázquez más discretos, sólo los Goyas seguían expresando la desesperada lucidez de la ironía. El mundo de tío Luis, tan alegre y desenvuelto, era atacado por las corrientes religiosas que mientras él estuvo en vida permanecieron ocultas esperando la hora de surgir de conventos y viejas casas arruinadas para atacar su liberalismo de ateo en el país más católico de Europa. Ana Victoria se sentía en peligro, como si un oscuro animal venido del fondo del tiempo se preparara a arrancarle el alma. Ella era

ninfómana. Así lo decían sus conocidos, reduciendo su amor del sexo a una enfermedad. Adolescente, su madre lá llevaba a escondidas de tío Luis a ver a médicos que la hacían sufrir las peores vejaciones y permanecían pasmados de asombro y repugnancia cuando ella les aseguraba que sentía placer. Sí. Bastaba que un pájaro de fuego penetrara su joya secreta para que una explosión de gozo sacudiera su intimidad. Pero como las estrellas fugaces, el placer era breve y los hombres, ay, muy limitados. Se cansaban pronto; el esfuerzo del amor los extenuaba. Por eso ella tenía tantos amantes. No los elegía de cualquier modo, como creían los maldicientes, aunque poco le importara la apariencia física o el origen social. No, una eficaz intuición la conducía a los hombres capaces de amarla sin agresividad ni miedo.

Los primeros amores de Ana Victoria remontaban a su infancia, cuando pasaba vacaciones en el cortijo de tío Luis y de noche se escapaba de su cuarto para reunirse con sus primos y hacer travesuras. Estaba enamorada de todos al mismo tiempo. Jugaban a tú me muestras aquello y yo te enseño esto, a tú me acaricias aquí y yo te toco allá. Como eran todavía unos crios, ningún cura les había metido en la cabeza la noción del pecado. Luego, cuando esa calamidad ocurrió, siguieron retozando a pesar de todo y temiendo menos el castigo del Señor que el momento de confesarse. Ellos, no Ana Victoria, quien después de la muerte de su padre se había ido a vivir con tío Luis y era su heredera y su mejor discípula. Ambos consideraban imposible que la naturaleza hubiera inventado la sexualidad para que el hombre se avergonzara de ella. Y aunque tío Luis no creía en Dios y Ana Victoria sí, ambos veían siempre en la condenación del sexo una maniobra de la sociedad destinada a hacerlos sentir culpables.

La aparición de la píldora anticonceptiva en el mercado coincidió con el primer período de Ana Victoria. Tenía catorce

años pero parecía una mujer y conservaba todavía la virginidad. Un día fue a toros con tío Luis y vio en la barrera a un hombre alto y delgado, con una mirada distraída que al posarse sobre ella se volvió alerta, grave, como si de repente el hombre hubiese descubierto por qué el destino lo había conducido esa tarde a Madrid. Al tercer toro Ana Victoria le sonrió y, despidiéndose de tío Luis, echó a andar hacia la salida. Después todo pasó muy rápido: la mano del desconocido en la suya, el trayecto hasta el hotel. Y la llamarada entre sus piernas, y la impresión de existir latiendo al ritmo del universo. Era otra, era única, era ella. Sentía que su propia identidad le había sido revelada de golpe, que su cuerpo tenía al fin una razón de ser. ¿Cómo no repetir la experiencia?

Ana Victoria había oído decir que en ciertos individuos una sola inyección de heroína bastaba para encadenarlos a la dependencia, del mismo modo que ¡a primera mamada obliga al bebé a buscar ávidamente el pecho de su madre. Algo parecido le había ocurrido a ella con la sexualidad. Después de aquella aventura no pudo dejar de hacer el amor. A la salida del colegio se iba al Paseo de la Castellana y lo recorría de un lado a otro hasta encontrar a un hombre dispuesto a seguirla a cualquier hotel sin tratar de conocer su identidad ni agobiarla con preguntas y enamoramientos. A veces la creían prostituta y antes de salir del cuarto le dejaban pesetas sobre la mesa de noche, que ella enviaba luego por correo a las obras de caridad protegidas por su familia.

Cuando su madre se enteró de sus andanzas estuvo a punto de volverse loca. Lloró todas las lágrimas que pudo, les rezó a todos los santos de su devoción. Fue la época de los médicos que tanto amargaron a Ana Victoria. Y de los insultos, desaires y amenazas. Por fortuna tío Luis intervino y, para sacarla de aquel infierno, la mandó a Nueva York con el pretexto de que debía aprender el inglés. Tío Luis le había dado el mejor regalo

de su vida, una ciudad grande y la libertad. Nadie venía a importunarla reprochándole su conducta y tratándola de enferma. A pesar de que tenía nueve o diez aventuras por día, terminó sus estudios secundarios y obtuvo en la universidad un diploma de Historia Contemporánea, su materia favorita.

Al cabo de ocho años regresó a Madrid, en parte porque tío Luis había enfermado y su médico le prohibía los viajes, pero también, para acompañar a su madre en la vejez. Le hizo prometer, eso sí, que no volvería a molestarla y a cambio le juró que nunca se acostaría con un hombre de su mismo medio social. Nada perdía. Había turistas y extranjeros en viajes de negocios. Había albañiles, carpinteros y choferes de taxi. Había todos los abogados, ingenieros, economistas y expertos en cualquier cosa que venían de la clase media. Ana Victoria se sentía como una mariposa volando de una flor a otra. Estaba contenta de vivir y gozaba de excelente salud. Compadecía a esas primas suyas, antiguas compañeras de juegos prohibidos, que sufrían de fobias y jaquecas a través de las cuales se expresaba la frustración. Más aún, creía que si todos los habitantes del planeta actuaran como ella, habría menos guerras y sufrimientos. Apasionada lectora de Reich, aconsejaba a sus amigas la liberación y, cuando conoció al primer hombre que había oído hablar de las teorías de aquel psicoanalista, se casó con él.

Juan Miguel era un aristócrata sin fortuna que, no obstante, ganaba muy bien su vida comerciando por el mundo entero. Siempre había en un lugar un vendedor y al otro extremo un comprador. Juan Miguel se encontraba invariablemente entre ambos y con los dos anudaba relaciones de amistad, casi personales. Sabía hablar muchos idiomas y varios dialectos. Cuando se enamoró de Ana Victoria y ella le contó la verdad, le pareció divertido. A él le fascinaban las amazonas, le dijo, pero como había un juramento de por medio, lo mejor era

casarse cuanto antes y que la fiesta continuara. La ceremonia se celebró en Madrid y todos los invitados asistieron desbordantes de entusiasmo por la pareja, hasta el punto de darle a Ana Victoria la impresión de estar festejando su primera comunión. No en balde iba a heredar la fortuna y el palacio de tío Luis.

Juan Miguel quería un hijo y Ana Victoria le dio dos de seguido, aunque la maternidad no le produjese mayor interés. Sentía por ellos el mismo afecto que le inspiraba Juan Miguel, una vaga ternura asociada a la solidaridad. Fue una madre buena y, de no ser por sus amantes, habría podido ser una buena esposa. De todos modos su marido no le pedía la fidelidad, sino que estuviera disponible cuando él la deseara. Juan Miguel y ella aprendieron a conocerse y a respetarse y con el tiempo se convirtieron en los mejores amigos del mundo.

Pero la madre de Ana Victoria no se daba por vencida. Disimulaba su horror de cada día por el miedo de perderla o verse separada de sus nietos. Iba a misa por las mañanas, rezaba tres rosarios por las tardes y, cosa increíble, visitaba regularmente a una vidente. Sus hermanas y primas la ayudaban en su desolación. Había envejecido muy rápido, como si el comportamiento de Ana Victoria le quitara el deseo de vivir. Fiel a su promesa, no le hacía reproches, pero a Ana Victoria le bastaba ver sus ojos cuando regresaba de la calle para saber que había estado esperándola con la angustia y la vergüenza de tener como hija a una libertina. Su educación cristiana la conducía a preguntarse con desesperación qué pecado habría cometido para merecer un castigo semejante. Y casi todas las noches, a la hora de la cena, tenía los párpados enrojecidos de llorar.

La muerte de tío Luis pareció animarla. Fue entonces cuando sacó del olvido lanzas y reliquias y comenzó a invitar al palacio a su confesor y a su parentela de mojigatas. El confesor

se mostraba amable con Ana Victoria y hacía gala de una erudición poco común sobre las causas de las dos últimas guerras mundiales. Conversaban horas enteras. De vez en cuando él deslizaba comentarios relativos al comportamiento irracional de las masas y de sus dirigentes. Creía en la realidad de un inconsciente incontrolable que se llevaba de cuajo las barreras creadas por el buen juicio. Equilibrio era su palabra favorita, asociada a la libertad de elección, a la posibilidad de escoger entre una cosa u otra. Su discurso, más existencialista que religioso, obligó a Ana Victoria a preguntarse por primera vez si podría o no ejercer un control sobre su erotismo. Al comprobar que le resultaba imposible se sintió angustiada y comenzó a perder la seguridad en sí misma que tantos problemas le había evitado hasta entonces. Años después pensaría que aquel cura había sido como el picador de una corrida en la cual su sexualidad representaba el toro condenado a morir.

No contenta con imponerle la influencia de su confesor, la madre de Ana Victoria buscó apoyo en el más allá. Su vidente invocaba a los muertos y un día apareció entre ellos Fabiola, joven prostituta fallecida a los veinte años de edad, que se presentaba como la penúltima reencarnación del espíritu de Ana Victoria, lo que, según su madre, explicaba en buena parte su ninfomanía. Al principio escéptica, Ana Victoria se fue interesando poco a poco en esa sombra que parecía conocer los secretos más íntimos de su vida. Fabiola le daba consejos tratando de conducirla por el buen camino. Temía particularmente la irrupción de un desconocido de quien sólo sabía que le gustaba ponerse camisas de cuadros azules. Ese hombre, decía a través de los nerviosos movimientos de la ficha sobre el abecedario de cartón, se oponía a sus exhortaciones como el blanco contradice al negro. Finalmente, Fabiola limitó sus mensajes al mismo estribillo y Ana Victoria

En realidad empezaba a aburrirse de todos, inclusive del confesor, cuando su madre se enteró de que en Trino, un pueblecito no muy lejos de Sevilla, había un santo especializado en la curación de los ninfómanas, cuyos poderes habían sido descubiertos por azar hacía poco tiempo. Era un santo caprichoso: sólo se le podía sacar en procesión un día del mes de junio y sólo entonces hacía el milagro. Como era de esperarse, su madre le suplicó que asistiera a la procesión de ese año y un poco incrédula, un poco curiosa, Ana Victoria se lo prometió con la condición de que si el prodigio no se realizaba la dejaría en paz para siempre.

Los preparativos del peregrinaje pusieron en movimiento a toda la familia. Las hermanas y primas de su madre se reunían en la capilla del palacio para rezar rosarios implorando la protección de la Virgen. Hicieron una novena. Le compraron a Ana Victoria un vestido negro y un sombrero con un velillo que le ocultaba el rostro, pues por nada del mundo los otros peregrinos debían descubrir su identidad. Enviaron a un sirviente de confianza a reservar una habitación de las dos con que contaba el único albergue de Trino. El sirviente regresó consternado. Aquella miserable posada no le parecía digna de recibir a Ana Victoria. Alguien habló de penitencia —el confesor, tal vez— y finalmente se decidió que Ana Victoria llevaría sus propias sábanas y algunas provisiones. La única persona que no estaba de acuerdo con el peregrinaje era Juan Miguel. No creía en santos ni milagros, pero temía que Ana Victoria perdiera su alegría de vivir y terminara avergonzándose de esa voluptuosidad que la hacía tan adorable.

El día del viaje el cielo resplandecía de luz y en los árboles titilaban los verdes colores de la primavera. Un calor espeso penetró en el automóvil apenas Ana Victoria abandonó la autopista para adentrarse en la polvorienta carretera que

después de atravesar muchos pueblos la condujo a Irino. Aquel lugar era realmente el fin del mundo: sólo dos calles pavimentadas, una iglesia de triste figura y el horrible albergue que el sirviente había descrito. Había, eso sí, muchos automóviles de vidrios oscuros y gentes que se disimulaban la cara con sombreros y espejuelos negros. Ana Victoria se sintió reconfortada al descubrir que tantas personas compartían su particularidad. De todos modos prefería pasar inadvertida y antes de encerrarse en su cuarto le dijo al posadero que no quería ser molestada. Puso sobre el agujereado colchón sábanas limpias, comió un bocadillo y bebió una taza de café que su madre le había guardado en el termo. Después leyó algunas páginas de la última novela de moda y de puro aburrimiento se quedó dormida.

La despertó un ruido que venía del cuarto vecino. Alguien abría un maletín y al parecer destapaba una botella. Ana Victoria no resistió la tentación de saber quién era y, como una puerta comunicaba los dos cuartos, miró por el ojo de la cerradura. Vio a un hombre no muy alto y más bien fornido, con el pecho cruzado de músculos y la cara altiva de un senador romano. Ana Victoria se sintió desfallecer: un apremiante lamento surgía de su joya secreta. Pensó que al día siguiente el santo podía desbaratarle la existencia dejándola tan frígida como las otras mujeres de su familia y se dijo que ese hombre le había sido enviado por la Providencia para cerrar con broche de oro su vida libertina.

Después de un momento de vacilación, dio dos golpecitos en la puerta y el hombre vino a abrirle. Se llamaba Pablo y era viajante de comercio. Como Ana Victoria, estaba allí esperando la procesión del santo para sanar de erotomanía. También a él le resultaba imposible abstenerse de hacer el amor. Por fortuna su profesión le permitía entregarse libremente a sus aventuras, pero ahora que la empresa para la cual trabajaba se proponía

darle un puesto de director en su ciudad natal, donde vivían su esposa muy piadosa y sus siete hijos, debía liberarse de aquellas fiebres amorosas si quería conservar su posición y la paz de su hogar.

Mientras él hablaba, Ana Victoria empezó a desvestirse lentamente, colocando sus prendas en el respaldar del único taburete del cuarto. A la vista de su cuerpo desnudo Pablo enmudeció y sus ojos relampaguearon de deseo. Se amaron. Se amaron en silencio y con voracidad, convertidos en un solo ser, en una entidad maravillada de encontrar en sí misma su plenitud. Se amaron en el cuarto de él, en el de ella, sobre el colchón sucio y las sábanas limpias, ajenos al tiempo, indiferentes al mundo,
embriagados de un placer salvaje que sólo controlaban para ir más lejos, cuando sudorosos y cansados sus corazones les latían como si fueran a estallar. Se amaron sin comer ni dormir, sin mirar siquiera el reloj. Y pasó la noche y vino el día y otro crepúsculo encendió de un fulgor bermejo las rendijas de la ventana. Se habrían podido quedar allí la vida entera, pero a los tres días descubrieron que tenían hambre y estaban exhaustos. Entonces le pidieron al posadero pan, salchichas y una botella de vino. Por él se enteraron de que la procesión había tenido lugar y el santo reposaba otra vez en la iglesia del pueblo. Sin mucha convicción, Pablo y Ana Victoria prometieron verse de nuevo el año siguiente, para la misma época, y cuando Pablo entró en su cuarto para despedirse, Ana Victoria observó divertida que llevaba puesta una camisa de cuadros azules.

A Elizabeth Burgos

A Isabel le bastó mirar los ojos inquietos de su madre para saber que algo grave había ocurrido: esas pupilas dilatadas y un poco ariscas le recordaban los peores momentos de su adolescencia, cuando su madre le anunció su divorcio, por ejemplo, o la fuga de su hermana mayor con un traficante de drogas. Además, era evidente que hacía un esfuerzo para mostrarse desenvuelta, preguntándole por su estadía en París y si la noticia de la muerte de la abuelita no le había impedido terminar de comprar el ajuar de su matrimonio. Aquellos comentarios tan banales le confirmaban a Isabel la impresión de estar a punto de enterarse de un nuevo escándalo relacionado con su familia, pues bien sabía su madre cuánto había amado ella a la abuelita Josefa y cuán poco podían interesarle viajes y compras el día mismo de sus funerales. Pero Juan Antonio, su novio y el único amor de su vida, se acercaba a ellas a cada rato —mientras sus empleados recogían

cuidadosamente los paquetes y maletas que salían bamboleándose sobre el tobogán del aeropuerto—, y en presencia de Juan Antonio ella prefería guardar reserva.

Durante el trayecto de regreso, por la siempre embotellada autopista de La Guaira, Isabel sentía la vieja angustia anudarle el corazón, cuando de niña, en la oscuridad de su cuarto, lloraba con la cabeza oculta bajo la almohada hasta dormirse. Siempre había sido así: lloraba de noche, pero de día se mantenía imperturbable, concentrándose en los cursos dictados en el colegio y, al volver a su casa, en las tareas que le daban a hacer; estudiaba tanto y tan bien que cada año recibía el premio de excelencia y las felicitaciones de las monjas. Sólo después comprendió que aquella tenacidad en el estudio había sido una muralla para defenderse: de su madre, inestable y atormentada por la culpabilidad, vacilando entre irse con su amante o seguir junto a un marido a quien amaba y detestaba al mismo tiempo; de sus hermanas mayores que, llevándose de cuajo la moral, saltaban de un amante a otro y tenían casi siempre los ojos enrojecidos por la marihuana; de una prima que quería iniciarla en el lesbianismo; de un tío demasiado insinuante. Pero gracias a la religión aprendida en el colegio se había mantenido pura, rechazando las ideas perniciosas del feminismo y la liberación sexual. Y cuando supo que podía resistir los asedios y tentaciones de una época desventurada, la paz se había instalado en su espíritu. Viajó a París a estudiar sociología en la Sorbona, encontró a Juan Antonio poco después de recibir su licenciatura y así tuvo la dicha de descubrir que al menos un hombre de su generación compartía sus convicciones y quería casarse como Dios manda, tener hijos y formar una verdadera familia. Na'da había venido a entorpecer sus planes; sin embargo, ¿por qué ahora sentía de nuevo la angustia que tanto la había hecho llorar de niña?

Sus premoniciones se agudizaron apenas entró en su casa,

donde se celebraba el velorio. Alrededor del féretro cubierto de flores entre largos cirios negros, sus primas y tías tenían el mismo aire de ansiedad que desde su llegada al aeropuerto había advertido en su madre; además, todas evitaban encontrar sus ojos, como siempre que se sentían en falta y obligadas a revelarle algún secreto. Isabel subió a su cuarto y, luego de ponerse un vestido adecuado a las circunstancias, bajó a velar a la abuelita. Le sorprendió que el féretro estuviese ya cerrado, sin la ventanilla de vidrio a través de la cual podía verse de ordinario la cara del difunto. Le sorprendió también la ausencia de olor, esa rancia exhalación que en el trópico emana de los cuerpos muertos y que a pesar de las maderas del ataúd se mezcla al perfume de las azucenas, creando un hálito casi visible que permanece en la habitación mucho después del entierro. De pronto se acordó de que en su última carta su madre le contaba cómo la abuelita estaba pasando vacaciones con tía Aura en Las Camelias, la antigua hacienda familiar donde curiosamente se empeñaba en ir cada vez que se sentía rozada por los velos de la muerte. Y al instante, como un relámpago de flash, le vino a la mente un recuerdo perdido: el gran jardín de la casa de Los Chorros, sus enormes ceibas envueltas en el sisear de las chicharras, la abuelita diciéndole a una inquietante negra con la cabeza envuelta en un turbante descolorido: “No te preocupes, yo reposaré algún día en Barlovento tal y como lo quiere tu leyenda”. Luego la negra se había volteado a mirarla y ella, Isabel, encontrando aquellos ojos brillantes y codiciosos en su cara labrada de arrugas, había experimentado una zozobra inexplicable. Su abuela, le parecía, se había interpuesto entre ambas murmurando: “Déjala en paz, es apenas una niña”. Entonces la negra había comenzado a alejarse apoyada en un bastón, pero antes le había respondido a su abuelita algo confuso, que ella, Isabel, no supo interpretar. Aquel era el recuerdo más antiguo que su memoria guardaba de

la abuelita y, tal vez, el más lejano de su propia infancia: como si su vida hubiese comenzado a partir de aquel momento, disipando las nieblas en las cuales su yo se extraviaba sin permitirle concebirse a sí misma en calidad de persona diferente de las cosas que la rodeaban. Y el miedo, pensaba ahora, había aparecido también a partir de ese momento.

De repente Isabel se sintió recorrida por un escalofrío. ¿Y si la abuelita hubiese muerto en aquella hacienda de Barlovento? A lo mejor allí había sido enterrada por razones desconocidas y allí reposaba mientras la familia se permitía el ultraje de hacerla velar en un féretro vacío. Porque de su familia, ella, Isabel, lo creía todo posible. Dos de sus tías habían llevado una vida licenciosa y, después de una parranda descomunal que pasmó a la sociedad caraqueña, se habían ido al aeropuerto donde, en señal de desafío, se quitaron los zapatos y restregaron una contra otra las suelas antes de subir al avión que felizmente las llevó para siempre a los Estados Unidos; su propia hermana María Eugenia había tenido el atrevimiento de llegar una vez a París con todos los orificios de su cuerpo rellenos de cocaína envuelta en papel celofán: a ella. Isabel, le había dado casi un síncope al verla quitarse el bluyín en su cuarto de la residencia del Sagrado Corazón y empezar a sacarse aquellos envoltorios; como había tenido una crisis de fiebre cuando supo que su tío Gabriel, a quien adoraba, se había visto en las verdes y las maduras cuando estaba de cónsul en Barcelona para impedirle a la policía franquista encerrar a su hijo en la cárcel por tráfico de marihuana. Todo eso, se repetía ahora, se llamaba decadencia, y la única mujer que había honrado a la familia con su conducta era justamente la abuelita: tratar de cualquier manera sus restos constituía una injuria imperdonable, porque entre más lo pensaba, más sentía aumentar su sospecha de que en aquel féretro nada había. Al cabo de una hora de elucubraciones resolvió averiguar la

verdad, y le hizo a su madre una seña para que la siguiera al salón vecino.

Como era de esperarse, su madre se derrumbó a la primera pregunta, echándose a llorar mientras le contaba una historia inverosímil. En efecto, la abuelita había insistido en partir a Barlovento apesar de que su estado de salud había empeorado. Viajaron a la hacienda en el Land Rover de Miguel, el esposo de tía Aura, con la abuelita sentada en el asiento de atrás en medio de sus dos nietos, muy contenta de regresar a Las Camelias y volver a ver el mar. A medida que avanzaban por la carretera polvorienta parecía recobrarse de sus achaques, y frente a una tienda de Santa María de Cariaco, mientras Miguel y los niños se bajaban a comprar cocacolas, le dijo a tía Aura algo muy curioso: que allí y sólo allí había sido feliz mucho tiempo atrás. Curioso porque la abuelita nunca hablaba de su pasado y ningún caso hacía de su felicidad: siempre vivió por los otros, su marido, sus hijos y, más tarde, sus nietos: a ella misma, Isabel, le había entregado sus últimos ahorros para que pudiera estudiar en Francia. De modo que tía Aura tuvo un mal presentimiento, pero como estaban a punto de terminar el viaje prefirió continuar hasta Las Camelias.

La abuelita murió apaciblemente aquella misma noche, en pleno sueño. Y, sin embargo, toda la noche habían retumbado los tambores madres de San Juan, y de la selva cercana surgían gritos inarticulados y salvajes como de hombres presos en el tormento de la lujuria. Y el eco de la Mina repercutía entre las paredes de la casa estremeciendo las hojas de los jazmineros, mientras los perros aullaban enloquecidos y los otros animales de la hacienda se agitaban con terror: las muías pateaban en los corrales y había sido necesario inmovilizarlas a la fuerza; las palomas picoteaban las maderas del palomar tratando de huir; los canarios se habían suicidado lanzándose contra las rejas de sus jaulas, y ninguna gallina había puesto un huevo. Sólo los

gatos permanecieron erguidos sobre la baranda de la terraza, los ojos alumbrados como luciérnagas verdes y doradas, interrogando la oscuridad. Por supuesto, tía Aura no había podido dormir un instante y, cuando a las seis de la mañana salió de su cuarto a tomar un café, descubrió que todos los peones de la hacienda habían desaparecido, salvo el capataz, nieto de un prófugo de Cayena, que había heredado de su abuelo un poco de responsabilidad y sabía que una hacienda no puede abandonarse porque ha llegado el día de San Juan. Aquella era la primera vez que tía Aura iba a Las Camelias en esa fecha, pues de ordinario prefería viajar a Miami; así que al oír el relato del capataz, apenas pudo creerlo: durante tres días y tres noches se bailaría frenéticamente en las calles del pueblo, los hombres disfrazados de mujeres y las mujeres de hombres, al son de los tambores y el tiquititá de la Mina. De esos tambores que respondían a los que resonaban en la selva, los sagrados, los que invocaban las terribles deidades negras entre samanes gigantescos y cuevas desconocidas, mientras en el pueblo, entre torbellinos de polvo y botellas de ron blanco, la gente giraba y se contorsionaba bajo el hechizo de aquella música endiablada y con risas y carcajadas las mujeres se entregaban a quien quisieran, tomando siempre la iniciativa, pues la costumbre exigía que todo se invirtiese y los hombres más procaces resistían como jovencitas remilgadas antes de dejarse seducir. Cada año el cura de la única iglesia del pueblo exhortaba a sus feligreses a no participar en una fiesta, en principio religiosa, pero transformada por el paganismo africano en diabólica bacanal. Y cada año, al escuchar el primer rugido de los tambores en la selva y los gritos de alegría que iniciaban la parranda, cerraba con llave la iglesia y, acompañado por las dos señoritas mantuanas del lugar, las Pietri, se postraba frente al altar rogándole al Señor que ninguna muerte se produjese y el diablo no se llevara una

nueva alma a los abismos del infierno. Mientras tanto la vida corriente del pueblo se paralizaba: los comerciantes no abrían sus tiendas, después de haber vendido la víspera hasta la última botella de ron; los policías se acostaban a dormir; el boticario encerraba a su mujer y a sus cuatro hijas en un cuarto antes de desaparecer en el tumulto de la fiesta, y el médico se perdía en busca de negras prietas y de cintura fina.

Tía Aura escuchó al capataz alelada, pero al descubrir a la abuelita muerta, su asombro se convirtió en horror: si no había médico, ni cura ni autoridad alguna, les sería imposible enterrar a la abuelita o llevarla a Caracas: la ley prohibía trasladar un cadáver de un estado a otro de Venezuela sin autorización legal y allí nadie podía suministrársela. Su esposo Miguel encontró la solución: partirían al instante colocando el cuerpo de la abuelita como había venido, es decir, en el asiento trasero del Land Rover, entre los niños, antes de que apretara el calor y empezara a descomponerse. Pero al cabo de unos minutos de ruta, los niños empezaron a quejarse de viajar con un cadáver y tanto lloriquearon que al final Miguel y ella decidieron poner a la abuelita entre las dos planchas de *surf* que estaban amarradas sobre el techo del vehículo. Rodaban por la carretera a gran velocidad, atravesando pueblos en pleno delirio, sin encontrar un teléfono para avisar el deceso a la familia, mientras los niños berreaban de sed y de cansancio. Al fin llegaron a Santa María de 'Cariaco y a la primera tienda abierta se bajaron todos, Miguel y los niños a refrescarse con una kolita sifón, ella a llamar por teléfono a sus hermanas. Y justo al salir de la tienda descubrieron espantados que se habían robado el Land Rover, llevándose de paso a la abuelita. Tía Aura tuvo una crisis de nervios y fue drogada con Librium cuando llegó a Caracas, donde, desgraciadamente, la prensa anunciaba ya el deceso de doña Josefa Berrifbeita y la casa empezaba a llenarse de flores. Nadie era responsable de aquella desgracia, le dijo a

Isabel su madre, todavía sollozando, y la familia había aceptado la pantomima de los funerales pensando en ella, Isabel, justamente, pues todos conocían los prejuicios de Juan Antonio y temían que un nuevo escándalo echara a pique su matrimonio.

Isabel había escuchado aquel relato en silencio y con una expresión cada vez más sombría, pero al final, viendo la palidez de su cara y el temblor que le agitaba las manos, su madre se apresuró a traerle una taza de café, que Isabel bebió a pequeños sorbos temiendo vomitarlo sobre la alfombra del salón. Maquinalmente le quitó a su madre de la boca el cigarrillo que acababa de encender y aspiró a fondo, sintiendo el humo acariciarle la garganta y relajarle un poco la tensión.

—Déjame el paquete —murmuró—, y dile a Juan Antonio que no me siento bien.

Su madre la miró sorprendida.

—Pero, tú no fumas.

-¿Y?

—A Juan Antonio no le gustará saberlo.

—He comenzado a fumar hoy y Juan Antonio no lo sabrá jamás.

Apenas lo dijo le pareció que el peso de una piedra dejaba de oprimirle el corazón: por primera vez reconocía que estaba dispuesta a mentirle a su novio. En realidad siempre le había mentido y siempre se había sentido culpable de hacerlo: porque lo amaba demasiado para correr el riesgo de perderlo contándole la verdad sobre los desafueros de su familia. Pero nombrar y aceptar el engaño era un alivio; había tenido la misma sensación una vez, cuando su médico logró descubrir su enfermedad, benigna y con la cual debería resignarse a vivir: casi había llorado de reconocimiento. Ella, Isabel, nada detestaba tanto como la incertidumbre. Deformación profesional, pensó mirando a su madre, que no terminaba de

salir de su asombro.

—¿Y qué han hecho? — le preguntó.

Su madre no dio señales de haberla comprendido.

—Digo —insistió Isabel—, ¿qué han hecho en esta casa para encontrar el cadáver de la abuelita?

—¿Encontrar? ¿Ahora? Pero, ¿te imaginas lo que diría la gente?

Isabel sintió que la cólera empezaba a invadirla.

—¿Y te imaginas a la abuelita comida por los zamuros?

—Estamos en pleno velorio —dijo su madre como excusándose—. De todos modos Miguel anda por Barlovento buscando el Land Rover.

—Mañana, apenas termine esta farsa, iré a reunirme con él.

—Pero, tú debes casarte dentro de quince días.

—No habrá matrimonio mientras no haya entierro —decidió Isabel, saliendo del salón y dispuesta a dormir hasta el día siguiente con un buen somnífero.

Ya en su cama, mientras le llegaba el sueño, se vio a sí misma sentada en un columpio de la casa de Los Chorros observando las volutas de humo que salían por una ventana. Era muy niña y quizás la escena se había repetido otras veces. ¿Cuándo se le ocurrió buscar un taburete y subirse a mirar a través de las rejas de aquella ventana? Así había descubierto que la abuelita fumaba a escondidas. Y la explicación que le había dado entonces le parecía todavía sensata: en su época, las señoras bien no fumaban y su esposo, un hombre intransigente, habría sufrido mucho de haberlo sabido. "Tú puedes hacerlo todo, Isabel", le había dicho la abuelita en voz baja, "pero en secreto, sin hacer sufrir a nadie". Ella no había comprendido el sentido de la frase, ni aquel día, ni años después, cuando la abuelita la encontró llorando porque sus padres se iban a divorciar y murmuró secándole las lágrimas con su pañuelo de batista: "El problema de tu madre, Isabel, es que no conoce las vías del secreto y la lógica de su sabiduría". Ahora, en cambio, pensó un segundo antes de dormirse, la idea le resultaba clara, tan simple y
clara como las aguas de un torrente visto alguna vez en Barlovento.

Al despertarse, Isabel escuchó un rumor de llantos y discusiones que provenía de los salones del primer piso. Eran apenas las siete de la mañana. Se bañó y se dirigió a la escalera. No había bajado todavía el primer peldaño cuando

observó que su tío Miguel se hallaba en medio del círculo de familiares, que parecían consternados. De pie, en lo alto de la escalera, Isabel los contemplaba a todos sin moverse. Poco a poco fueron sintiendo su presencia acusadora, cesaron los llantos y empezaron a retirarse hacia la puerta de salida.

—Un momento —dijo Isabel en voz alta—. De aquí no se va nadie hasta que yo sepa lo ocurrido.

Siempre le habían tenido respeto porque gracias a su conducta la identificaban oscuramente con la abuelita.

El pobre tío Miguel, que parecía haber viajado mucho y estar muy cansado, alzó los ojos y la miró de frente.

—Encontré el Land Rover, Isabel, en plena selva.

—Ajá —lo animó Isabel.

—No se habían... mejor dicho, estaba intacto.

—¿Y la abuelita?

Su tío pareció vacilar.

—Justamente, Isabel: se robaron a la abuelita.

Todos los ojos se clavaron en ella: esperaban su reacción. Y su reacción fue inmediata.

-—¡Zoquetadas! —les dijo con un desprecio feroz—. Ahora mismo me voy a Barlovento. Yo la encontraré.

Dio media vuelta y regresó a su cuarto. Si hubiera podido matar uno a uno a los miembros de su familia, lo habría hecho en el acto: se perdía el cadáver de la abuelita y sólo se les ocurría ponerse a lloriquear. Ella, por su parte, empezaba a comprender cómo se habían desarrollado los acontecimientos: alguien, probablemente un negro borracho, se había robado el Land Rover aprovechándose de que el idiota del tío Miguel no había quitado las llaves. ¿Qué pensaba el ladrón? Desmontar el Land Rover y vender las piezas. Así, pues, lo había escondido en el monte y su primer movimiento habría sido apoderarse de las planchas de *surf para* divertirse un rato en el mar con el último invento de los blancos: al descubrir entre ellas un

cadáver, horror: una cosa era robarse un automóvil y otra robarse un muerto. Por eso el vehículo estaba intacto: en medio de su terror, el negro habría enterrado el cuerpo de la abuelita lo más cerca posible y después habría puesto pies en polvorosa. Un cuerpo enterrado no huele, pensó Isabel, pero una tierra recién cavada, eso se ve, incluso en plena selva. Así que ella iría a Las Camelias y les ordenaría a los peones que buscaran en círculos concéntricos a partir del lugar donde el Land Rover había sido hallado. Más aún, decidió, se llevaría a Ladrillo, su perro.

Terminaba de cerrar su maleta cuando oyó los pasos cautelosos de su madre por el corredor. Venía como heraldo de la familia e Isabel la esperaba.

—No aceptaré lágrimas ni discusiones —le dijo apenas la vio en la puerta—. He tolerado demasiado de todos ustedes, alcohólicos, ninfómanas, droga-
dictos. La abuelita y yo vimos cómo arrastraban por el lodo el mejor apellido de Caracas. Pero esto es el *bouquet,* la cereza sobre el helado. Te recuerdo, además, que según tu religión y la mía hay que darles a los muertos cristiana sepultura. Dile pues a Gumercindo que se prepare: él, el *jeep* y el perro.

—¿Por qué Gumercindo? —alcanzó a balbucir su madre.

—Porque es negro y barloventeño: él sabrá cómo dirigirse a esos salvajes.

Su madre empezó a sollozar.

—Isabel, chica, no te metas en semejante lío. Mira, haremos todo lo posible...

—En esta casa nadie hace nada correctamente —la interrumpió—, salvo yo.

Cogió su maleta y salió del cuarto dejando a su madre en lágrimas. En el corredor encontró a una de las sirvientas de la casa y le repitió la orden relacionada con Gumercindo. Desde el rellano de la escalera volvió a ver a los miembros de su

familia, ahora a la expectativa.

—Tú, Pedro —le dijo a uno de sus primos—, ven a bajarme la maleta.

Su primo obedeció en el acto y ella descendió la escalera con la misma sensación que experimentaba al subir al estrado para recibir el premio de excelencia en el colegio. Al llegar junto al desdichado tío Miguel sacó de su cartera un mapa y un lápiz y le pidió que le señalara exactamente el lugar donde el ladrón había abandonado el Land Rover. Y después, después fue el sol, la sensación de libertad que siempre la invadía cuando iba a Barlovento. Gumercindo conducía a toda velocidad, feliz de regresar a su tierra, y Ladrillo jadeaba en el asiento posterior del *jeep* moviendo la cola de alegría. A todos les gustaba viajar a esa curiosa región donde un siglo atrás su familia había tenido la suerte de escapar a la horda enloquecida de Boves, preservando al menos uno de los grandes apellidos mantuanos. Ella hubiese querido hacer una tesis sobre Barlovento. Pero su amor por Juan Antonio había puesto fin a sus estudios. No le importaba realmente: con veinticinco años ya cumplidos mejor era casarse y tener hijos, muchos, al menos seis, y darles una buena educación.

—¿Qué va a contarle su familia al señor Juan Antonio? —oyó que le preguntaba Gumercindo.

—Que me fui a buscar las joyas de la abuelita en Las Camelias.

Gumercindo se echó a reír y ella también. Se miraron y soltaron al tiempo una gran carcajada.

—Primera vez que la veo reír, niña Isabel— comentó Gumercindo, sacudiendo su cabeza encanecida.

Aquella reflexión dejó a Isabel perpleja. Cierto, no se acordaba de haber reído nunca, o tal vez sí, muy niña, jugando en la playa con alguien que le tiraba un balón. Un muchacho alto. Le parecía volver a ver aquellas piernas fuertes y

musculosas, color cobre. ¿Cobre?, alcanzó a pensar antes de que el recuerdo se extraviara en su memoria.

A medida que avanzaban envueltos en un aire ardiente, saturado de polvo y ásperos olores de monte, se abrían de pronto a los lados de la carretera las primeras sombras de plátanos tetanizados por la hiriente luz del sol. Se oían gritos de arrendajos y unas nubes muy bajas se deslizaban sobre las montañas que iban apareciendo en el horizonte. Isabel se sentía cada vez más ligera, como si alejarse de Caracas le permitiera respirar mejor. Cerró los ojos y recordó la expresión ansiosa de Piedad, la mujer de Gumercindo, al acercarse al *jeep* para despedirlos; traía en las manos un envoltillo de empanadas de cazón que, como buena barloventeña, preparaba apenas le anunciaban un velorio. Piedad le tenía una extraña aprensión a Barlovento y era evidente que desaprobaba su decisión de irse a buscar a la abuelita y, encima de todo, cargar con su marido. Pero se había limitado a decirle: "Tenga cuidado, niña, mire que doña Josefa desapareció en pleno Malembe". Supersticiones: ella no las despreciaba, de algo le habían servido sus tres años de sociología: todas las formas de brujería en aquella región constituían para un pueblo oprimido y explotado la reconquista de su identidad. Algo así habría dicho su profesor de la Sorbona. Más aún, se arrepentía de haberlos tratado de salvajes unas horas antes. De allí a pensar que todo les estaba permitido era otra cosa: ninguna superstición, por folclórica que fuese, justificaba el robo del cadáver de una anciana.

Oscurecía cuando el *jeep* dejó atrás la calle principal de Cariaco. El aire azul hervía de insectos que bailaban en el resplandor de los faros. Lejos, tras los cocoteros, en una línea de mar quieto y brillante como lámina de metal, naufragaba el sol con resplandores de incendio. Isabel recordaba otros tiempos, lejanas vacaciones, el mar de San Juan de las

Galdonas, quebrado al anochecer por el fogonazo repentino de los peces fosforescentes. Meter las manos en el agua era como remover cascadas de estrellas.

Saliendo del pueblo vio un aglomerado de ranchos miserables y mujeres de cuerpos mustios, envejecidos prematuramente. Las conocía: sus bocas sin dientes, sus hijos raquíticos. Empezaban a parir muy jóvenes, desde la adolescencia, urgidas por la enervante voz de la sangre, y diez años después eran deshechos. Una injusticia contra la cual ella se disponía a luchar apenas pasaran los primeros meses de su matrimonio: ya había entrado en contacto con los dirigentes de la Acción Católica.

Al momento de tomar el camino de recuas que conducía a la hacienda, atravesando un caserío que no era sino un puñado de casas de mampostería junto a un río de aguas rumorosas, se oyó latir, lejano, un tambor. Gumercindo disminuyó la velocidad. Su cara tomó una expresión concentrada, tensa.

—Es la Mina —dijo.

Otros tambores empezaban a responder al llamado del primero.

—Óigalos... el Tuy... la Curbata.

—Aquí siempre suenan los tambores.

—No, no hoy. Hoy es un día corriente.

Isabel comenzaba a impacientarse. Ansiaba llegar a la hacienda lo más pronto posible y bañarse: tenía el cabello lleno de polvo, el cuerpo pegajoso de sudor. Salvo el ruido cada vez más insistente de los tambores, todo estaba en silencio.

—Anuncian su llegada, niña Isabel —dijo Gumercindo.

—No estamos en África —le respondió—. Apúrate.

Unos minutos después, Isabel vio la casa de la hacienda recortándose contra el fondo claro del anochecer, donde temblaban ya los primeros luceros. En tomo se oía el profuso palpitar de grillos y de sapos, y el aire tenía un olor de lluvia

reciente. Ladrillo brincó del *jeep* y corrió hacia el portón de la casa, donde las sirvientas se habían reunido para darle la bienvenida, acompañadas de Musió Andrés, el capataz.

—¿Quién pudo avisarles?— le preguntó a Gumercindo.

—Los tambores— le oyó responder de un modo que le pareció a la vez confidencial y sombrío.

A partir de ese momento, Isabel tuvo la impresión de haberse deslizado hacia un mundo irreal: el Musiú, un hombre comedido, que a pesar del mestizaje tenía facciones blancas y ojos muy azules, había hecho arreglar la casa para ella porque un negro salido del monte le había anunciado su llegada. Las sirvientas, todas negras o mulatas, no le quitaban los ojos de encima mientras le servían la comida. Aquellos ojos suyos eran brillantes y suspicaces como si los tambores, que no dejaban de sonar un instante, compartieran con ellas un código secreto.

Después de la comida se desgajó un aguacero que apagó momentáneamente el clamor de los grillos para no dejar en el aire otra cosa que un vasto rumor de frondas azotadas por el agua. Acostada en su cama y protegida por un mosquitero de gasa azul, Isabel no podía conciliar el sueño. Aquellos tambores la ponían nerviosa. Su oscuro frenesí, que apenas languidecía en un punto de la noche para renacer con nuevo ímpetu en otro, le parecía cargado de una intención precoz. Antiguas imágenes expulsadas de su mente a fuerza de oraciones volvían a acosarla, empujadas por el calor de la noche, por aquel latido insomne de tambores. Junto a la ventana alguien punteaba el cuatro y de vez en cuando la oscuridad era desgarrada por el ronco graznido de un búho. Isabel intentaba extraer su espíritu de la húmeda languidez en la cual dormitaba su cuerpo. Musiú no mostraba el menor entusiasmo ante la idea de prestarle sus peones un día de trabajo para ir a buscar a la abuelita; además, le había hecho notar que el lugar donde el Land Rover fue hallado se

encontraba a cinco minutos de marcha del San Juan: si el ladrón quería deshacerse del cuerpo lo habría echado al río en lugar de cavar una tumba. Más valía, según el Musiú, interrogar al negro que le anunció su llegada, justo cuando los tambores empezaron a sonar. “Es un Mandinga”, había añadido en un tono caviloso.

—¿Un brujo? Por favor, Musiú, usted estudió en la universidad.

—Si usted supiera lo que es vivir veinte años aquí —le respondió.

—¿Y dónde está ese hombre?

—Oh, no se preocupe, mandará a buscarla mañana.

Le había dicho aquello tranquilamente, sin la menor impertinencia, pero con un triste fatalismo en la voz. El fatalismo era una enfermedad de negros y por allí se asomaba el mestizaje del Musiú.

A los negros, pensó, nunca los había entendido: podían pasar del júbilo a la melancolía en un segundo. Sin embargo, ahora ella era la propietaria de la hacienda porque la abuelita se la había dejado en su testamento y tenía deberes concretos para con ellos. Aquella hacienda siempre había sido propiedad de mujeres, desde cuando los primeros de su estirpe llegaron a Barlovento; durante los tiempos de la esclavitud servía de refugio a cimarrones para escándalo de los otros propietarios, pues en Las Camelias, cuestión de principios, no se usaban cadenas ni rebenques: apenas traídos de Carúpano, se les explicaba a los negros la situación: podían huir a la selva —y muchos lo hacían— o trabajar por un salario decente. Contra todo lo esperado, Las Camelias tuvo siempre el mejor rendimiento de la región. Las decisiones de la abuelita al heredarla eran por lo demás curiosas: todo cuanto produjese la hacienda era entregado equitativamente a los peones al final del año. Ella, Isabel, pensaba en su fuero interno que de nada

había servido: en vez de mejorar sus condiciones de vida o de enviar a sus hijos a la escuela, aquellos negros perezosos preferían gastarse el dinero recibido en aguardiente y fiestas libertinas. Pero la abuelita no escuchaba razones. “Lo que sale de Las Camelias”, le había dicho un día, “es sudor y sangre de los negros; mi deber es devolvérselos sin preguntarles cómo van a utilizarlo”. Por esa y otras razones, la abuelita le había parecido siempre formidable; por eso, también, encontraba indecente que un negro, protegido de ella, quizás, hubiese tirado sus restos a un río infestado de caimanes.

Al despertarse, Isabel tuvo la impresión de haber pasado la noche en vela. Y no obstante era ya mediodía. Hacía tanto calor y sentía su cuerpo tan inerte y denso que a guisa de almuerzo se limitó a beberse un jugo de tamarindo y se recostó en una hamaca de la terraza a esperar la llegada del Mandinga. Habría podido quedarse el resto de su vida allí, pensó desalentada, escuchando entre los tambores el monótono sonido de los grillos y, a lo lejos, el ir y venir de las olas sobre la playa. A pesar de haberse frotado vigorosamente al bañarse, sus axilas despedían un olor agrio, el mismo que había respirado con fruición mucho tiempo atrás, cuando le llegó la primera regla. También su pubis estaba sudoroso y caliente, pero prefería atribuir aquella humedad al calor que envolvía el aire como una garra espesa, inalterable. Su sastre de lino blanco comprado un mes antes en París se le antojaba una mortaja y de buena gana se lo habría quitado para quedarse desnuda. ¿Qué habría pensado Juan Antonio? La primera y única vez que hicieron el amor en el apartamento que sus padres poseían en la Avenue Foch, había apagado la luz y sólo le subió su bata de noche hasta la cintura: ella había sentido un dolor terrible y mucha vergüenza. Pero ya eran novios y estaban decididos a casarse. Él también se sentía culpable y habían ido a confesarse juntos; a la salida de la iglesia le había prometido respetarla hasta su matrimonio. "Nadie ensucia el agua que se ha de beber", le había dicho. Esos detalles de Juan Antonio la conmovían, la hacían quererlo más aún, aunque a veces experimentaba una rabia absurda contra él.

Un barato olor de pachulí vino a sacarla de sus reflexiones: a su lado estaba una viejita negra mirándola fijamente.

—Vine a buscarla —dijo. Y al verla levantarse de la hamaca añadió:

—Esos zapatos, mejor se pone las botas que usaba su abuelita.

Musiú, que había aparecido en la terraza, se apresuró a decir:

—Ahora mismo se las traigo, señorita Isabel.

Y fue así como Isabel se encontró caminando detrás de la viejita en aquella selva hirsuta, de árboles añosos y culebras de aguijón mortal, donde ningún hombre blanco penetraba. Salvo la abuelita, pensaba Isabel, extrañada, observando de vez en cuando sus botas cubiertas de barro y su blanco vestido desgarrado aquí o allá por hojas semejantes a sierras. Los tambores seguían tronando sin reposo, apagando los lúgubres cantos de los aguaticaminos. La selva húmeda y caliente parecía cerrarse detrás de ellas a medida que avanzaban y, más que la fatiga, a Isabel la atormentaba la falta de luz. Entre aquella vegetación enmarañada no se distinguía ni la sombra de un camino, pero la viejita andaba con determinación y en silencio. Isabel, de ordinario serena, se sentía al borde de la desesperación: llevaban ya más de una hora de marcha, los mosquitos le asaltaban la cara y del fango y las hojas podridas subía un olor de fiebres; le aterraba perder el rastro de la viejita y encontrarse sola en la tenebrosa profundidad de la selva. Al fin llegaron a la choza del Mandinga, si esa miserable cabaña de ramas de plátano podía llamarse choza. A Isabel le pareció haberlo visto antes. Era un hombre esbelto, sin edad, de músculos trenzados con elástica firmeza bajo una piel brillante de color cacao. Al principio no dijo nada: se limitó a señalarle con un dedo la estera donde podía sentarse y continuó descuartizando el báquiro que probablemente le serviría de comida. i

—Blanca, estos montes te han cansado —dijo al cabo de unos minutos—. Allí cerca hay un arroyo —y otra vez alzó un dedo para indicarle el camino—. Báñate, nadie te verá.

—Todo lo que deseo de usted es un poco de agua potable y algunas explicaciones sobre la desaparición de mi abuelita.

—Cada cosa a su hora, blanca. Bebe agua. Ahí está el

tinajero. Ten confianza, tú. Mandinga se llama Barlovento.

—Deseo saber qué pasó con el cadáver de mi abuelita.

El Mandinga no le respondió, pero al observar su desaliento se puso de pie y empezó a sacar el agua del tinajero con un cucharón dentado y a meterla en una totuma que colocó a su lado. Después de unos instantes de vacilación, Isabel se quitó las botas y se lavó la cara con el agua fresca de la totuma. Se sentía mejor: aquel lugar debía ser una especie de claro, pues a través de las hojas de plátano que le servían de techo veía el cielo reverberante de las tres de la tarde. No había mosquitos, advirtió.

—No hay mosquitos —dijo.

—Conozco la manera de alejarlos —le respondió el hombre, ocupado ahora en salar el báquiro.

No muy lejos se secaba al sol la piel del animal,
sin el enjambre de moscas que normalmente habría debido rodearla.

Tampoco hay moscas, pensó Isabel. El hombre continuaba absorto en su trabajo y de vez en cuando se detenía como para escuchar los tambores que seguían retumbando en la selva. Era muy hermoso, según los criterios de su raza, con su pecho que parecía una coraza de músculos y sus manos de dedos largos y muy finos. Iba dejando de lado los mejores trozos del báquiro, que sazonaba con hierbas y unas pepitas rojas antes de envolverlos en hojas de plátano. Isabel volvió a decirse que su cara le era familiar.

—¿Usted trabaja en Las Camelias? — le preguntó.

—Yo no trabajo en hacienda de blancos.

Es un resentido, pensó Isabel, mirando inquieta a su alrededor. La viejita había desaparecido y ella estaba sola, en pleno monte, cercada por negros. Le parecía que los tambores se iban acercando cada vez más. Se arrepentía de haber venido y sentía miedo, tanto, que de pronto y sin quererlo se echó a

llorar. El hombre se levantó y después de lavarse las manos se acercó a ella; muy dulcemente le levantó la cabeza, que había hundido en las rodillas, y empezó a secarle las lágrimas con sus dedos.

—No debes tener miedo de nosotros —le dijo como si hubiera adivinado su pensamiento—. Nunca te haremos mal. Eres la nieta de la niña Josefa.

—¿ Y qué hicieron con ella? —le preguntó Isabel todavía sollozando.

El Mandinga había tomado otra totuma de agua y, después de revolverla con una cuchara de madera, se había sentado a su lado. Bebió un sorbo y luego se la pasó.

—Tómate esta agua —le dijo—. Te sentirás mejor.

Isabel vaciló un instante con la totuma entre las manos. Había oído hablar de bebedizos enervantes como el Sígueme Joven, pero no quería herir la susceptibilidad del Mandinga ni mostrarse desconfiada.

Apenas bebió algunos sorbos de aquella agua azulada, fría, muy leve, con un recóndito sabor a menta, como si hubiese rezumado de una planta selvática, tuvo la sensación de que toda la sorda combustión de su cuerpo era apagada igual que una llama por un soplo fresco de aire, desatando uno tras otro los nudos de su angustia. Ya no tenía ganas de llorar, sino de observar a aquel hombre férreo y tranquilo.

—Eso viene de lejos —dijo el Mandinga—, cuando la marquesa de Arimendi llegó a la hacienda. La niña Juana María Arimendi era buena, amaba a los negros. Tiempos duros. Nos traían en barcos muy grandes, con fierros que no podían romperse. ¿Has visto Carúpano?

Isabel asintió en silencio. Había sacado su paquete de cigarrillos y le ofreció uno al Mandinga. Empezaron a fumar, pasándose de vez en cuando la totuma.

—Carúpano y rebenques —continuó el hombre como si

realmente lo estuviera recordando—, métete eso en la cabeza. Carúpano y dolor. Negros sufrían, negras lloraban. Blanca eres tú, pero si mañana te pongo un collar de perro, te doy comida de perro y te azoto para que aúlles como perro, terminarás ladrando. Mandingas no eran idiotas. Mandingas sabían. Por eso huíamos. Nos llamaban cimarrones.

El hombre hizo con el brazo un movimiento circular señalando la selva.

—Todo esto —dijo—, tierra de Mandingas. Blancos no entraban. Ni capataces ni perros. Los perros caían primeritos. Mata al perro y matas la mitad del capataz. Mestizo se siente solo aquí. Tiene miedo de la macagua, de la tuna empeñosa, de la oscuridad. No, nadie entraba aquí. Ella sí.

—¿Quién? —preguntó Isabel.

—La marquesa, la niña Juana María, hembra brava, montaba a caballo como los hombres. Una esclava que quería se le había fugado con un cimarrón y vino a buscarla cuando supo que iba a parir. ¿Te das cuenta? Sólita se vino aquí. Y aquí atrapó el mal de amor.

—Pero —protestó Isabel—, eso pasó hace doscientos años.

—Y sigue pasando —dijo el Mandinga—. Vienen, aman, se van. Se van y vuelven a su hora. Así siempre ha sido, blanca.

Isabel se estremeció. Las piezas del rompecabezas se iban organizando en su mente de un modo a la vez fácil e inquietante.

—¿También mi abuelita?

—Niña Josefa también.

—Pero, ¿qué hicieron ustedes con...

—Niña Josefa está ahí mismo, con el Mandinga que la amó.

—¿Dónde?

—En el río, tranquila.

Isabel estaba en el más completo estupor. La abuelita, ¿quién iba a creerlo? No podía imaginarla joven, joven y enamorada.

—Tienes calor —dijo el Mandinga.

Era verdad: el efecto ¡refrescante del agua con sabor a menta había desaparecido y ahora sentía su cuerpo en ascuas, como si todo el calor de la selva se le hubiese metido por dentro. Le parecía que la voz del Mandinga tomaba el tono de una orden.

—Vete al arroyo.

Isabel obedeció. Se quitó dócilmente la chaqueta de su sastre, la puso sobre la estera y empezó a caminar descalza por el sendero que el hombre le había indicado. Ahora le parecía que aquellos tambores incansables latían al mismo ritmo de su sangre, vibraban en sus oídos y en su vientre. Apenas oyó el rumor del arroyo comenzó a desabotonarse la blusa. Luego se quitó los ganchillos que le sujetaban el moño. Fue desnuda y con los cabellos sueltos como entró al agua, deslizándose sobre unas piedras lisas y muy grises. Se sentía como una ninfa, frágil y graciosa. Percibía los olores y colores con más intensidad: era feliz. Aquella agua fría y ligera que adulaba su piel, parecía lavarla también de viejos temores y devolverle por primera vez una jubilosa conciencia de su propio cuerpo, de sus senos muy firmes y de la curva armoniosa de sus caderas, que se ofrecían, ahora que nadaba de espaldas, a la caricia del sol. Sí, ese cuerpo despreciado, maltratado, cobraba vida de repente.

Cuando salió del arroyo se oía el grito de los araguatos. Isabel se puso la falda y la blusa sobre
el cuerpo mojado y se encaminó hacia la choza del Mandinga.

Viniendo del resplandor del sol, el interior le pareció oscuro y fresco. En cuanto entró sintió sobre sus senos revelados por la seda mojada de la blusa, los ojos profundos del Mandinga, que estaba fumando, tendido en una hamaca, al fondo de la choza.

—Ven acá —dijo tirando el tabaco al suelo.

Apenas ella llegó a su lado, levantó de la hamaca una mano

grande y firme que le acarició los cabellos mojados y le resbaló despacio por la cara. Sintió aquellos dedos oscuros demorándose en su boca y de una manera confusa tuvo deseos de besarlos: tímidamente sacó la punta de la lengua y empezó a lamerle la palma.

—Ven —repitió él.

No supo en qué momento se levantó de la hamaca y la ayudó a quitarse la ropa. Con latidos de fiebre sintió que la hamaca acogía, oscilando, el peso de su cuerpo. Entre sus piernas, una ansiedad, espina, aguijón o burbuja de fuego, se inflamaba casi dolorosamente. Su respiración se hizo jadeante. Cerró los ojos, ahora que los labios del Mandinga le recorrían despacio el cuerpo, descendían, buscaban la espina encabritada, la exacerbaban hasta lo intolerable, antes de que las manos del hombre le apartaran suavemente las piernas para colocárselas a cada lado de la hamaca. Cuando el Mandinga entró en ella, la ardiente burbuja fue devorada por un apremio más oscuro, que ascendió al encuentro de aquello que iba hollándola con un ímpetu diestro y fulgurante, buceando entre aguas profundas como
un pez voraz, una y otra vez hasta encontrarla al fin, en el centro mismo de su ser, arrancándole de cuajo aquel espasmo iridiscente que la hizo arquearse y gritar, envolviéndola en un torbellino donde antes de ser devuelta a la verdad de la choza y de la hamaca, del hombre y de la tarde vibrante de calor, del latido de Ids tambores que seguían sonando muy cerca, supo que el pacto de su lejana bisabuela había sido renovado una vez más, que allí volvería con la muerte, a aquel rincón de la selva, al río San Juan, al lecho de tiernas algas donde, aprisionado por ellas, el Mandinga la estaría esperando hasta la eternidad.

este libro se terminó de imprimir
en julio de 1992
en los talleres de tercer mundo editores,
Santafé de Bogotá, Colombia,
apartado aéreo 4817

Oriane", el cuento que sirvió de base a la película franco venezolana del mismo nombre que en 1984 obtuvo el premio de la Cámara de Oro del Festival de Cannes.

Tres años después, una editorial española publicó su primera novela, *En diciembre llegaban las brisas* (Plaza & Janés, Barcelona, 1987), también traducida al francés y al italiano y galardonada en 1989 con el prestigioso premio literario Grimzane- Cavour. Y ahora, Marvel Moreno vuelve a sorprender a sus lectores con *El encuentro y otros relatos,* un libro en el que, una vez más, demuestra estar excepcionalmente bien dotada para asumir a plenitud, y con esa "implacable minuciosidad" que la caracteriza, el decisivo, riguroso y temerario oficio de escribir.



Marvel Moreno surge de Barranquilla, lo mismo que de allí surgieron en su tiempo José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Zamudio y Gabriel García Márquez. Se impone la referencia a los tres grandes narradores del grupo de Barranquilla porque es evidente que Marvel Moreno parte de las mismas premisas, exigiéndose en esta época lo que ellos se exigieron hace más de treinta años. Hay un trasfondo común que es el mundo costeño y un recurso a los grandes ejemplos de afuera, que se encuentran principalmente en la literatura norteamericana de este siglo.

Marvel Moreno es a plenitud una escritora costeña porque, con signos y símbolos que le son propios, reinterpreta una gran obsesión colectiva. No pertenece a ninguna escuela (salvo la hoy universal escuela de Faulkner y Virginia Woolf, y quizás podría colarse aquí, algo marginal, el nombre de Carson

McCullers), no es epígono ni seguidora de nadie. También ella inaugura el mundo.

Jacques Gilard